

## OCHO RETRATOS HISTÓRICOS

INÉDITOS

Felipe II.—Felipe III.—Felipe IV.—El Duque de Lerma.  
—El Duque de Uceda.—Fray Luis de Aliaga.—D. Juan  
de Idiáquez.—El Conde de Fuentes.

**D**OR tributo lisonjero de gratitudes á generosos encumbramientos, regalóme hace ya algún tiempo D. Eduardo de Navascués un libro de manuscritos varios que había pertenecido á su padre D. Pedro. Su lectura era muy heterogénea, y al lado de curiosísimas notas y apuntes de una persona verdaderamente erudita y de buen gusto, que debió haber vivido por los últimos años del siglo XVII y primeros del XVIII, había otros no de tan acendrado interés. Son por todo extremo apetitosos unos extractos que, con el título de *Vivezas, sales y frases de nuestra lengua castellana*, el colector hizo de los *Diálogos militares y políticos* del Capitán D. Ramón Montero de Espinosa, y del *Cathólico y marcial modelo de prudentes y valerosos soldados*, de D. Juan Baptista Gil de Velasco, arcipreste de Mena. De la aprobación del primero de estos dos libros por el R. P. M. Alonso de Heredia, dice que «es digna de estamparse en la memoria.» Respecto al texto, no todas son paradojas y frases de contradicción, como cuando dice: «Quiero que

los diablos me lleven; ¡así Dios me salve!» (fol. 1). «Unas veces hablamos como que sabemos y otras no sabemos lo que hablamos» (fol. 5); ó bien «Pues ya que sabes lo que no sabes, acuérdate de lo que ignoras;» sino que prodiga sentencias de la mayor novedad y del más hondo sentido, de que pueden ser ejemplo las siguientes: «La nota de los defectos públicos, es murmuración lícita en útil del común y sin escándalo del particular; por esta causa han tenido tan grande extensión en España los entremeses de Cristóbal de Benavente.»—«Si hablamos bien, hace poca fe nuestro voto; y si hablamos mal, hace nuestro voto mucha fe: con que será lo mejor no hablar ni bien ni mal.»—«Honrar y alimentar á quien lo merece es satisfactorio; honrar y alimentar á quien no lo merece es generosidad.»—«Para obedecer le basta al soldado la honra.»

Las frases ingeniosas no son menos frecuentes: «Huésped de todos es la fortuna; ¡cuidado de hacer la cuenta sin la huésped!» — «Menor daño es premiar el demérito que aventurar el crédito ó el servicio.»—«Tener tanto juicio es locura.» Ó bien: «Si has de seguir la guerra, no te cases, porque sigue á la bendición de la Iglesia la maldición de la milicia.» Á cuyo propósito, lozanea el colector Espinosa del ingenio con sales como las siguientes: «Pidió con memorial un soldado á su General que le concediese licencia para ir á asistir al parto de su mujer; y le salió decretado que se contentase con haberse hallado presente al tiempo del engendro.» Y en otra forma de ática censura: «El que menos murmura del soldado casado, dice:—No me espanto: que una mujer á quien vestir, cuatro niños á quien calzar y dos ollas que poner, es mucho sastre, mucha zapatería y mucha carnicería.»—Pero en cambio, si habla de la cortesía, dice: «Cualquiera oficial que tuviese qué decir á un soldado, le dirá cortésmente:—¡Ah, señor soldado!—ó incurrirá contra uno de los mandamientos militares. Hasta sus tres oficiales mayores le tratarán con el cuidado que algunos hidalgos antiguos á los títulos recientes: que por excusar la señoría y para que no disguste la merced, hacen bisagra de la impersonal con que se unen y mueven los goznes de la conversación. Cuan-

do el capitán le mande, dirá: ¡Vaya!—Cuando el alférez le busque, dirá: ¡Venga!—Y cuando el sargento le casque, dirá: ¡Tome!—Con todo, sobre asuntos de la honra militar, así se expresa: «Si al buen soldado se le da un socorro, se olvida de cien pagas, y si no se le da, le hace falta para el alivio de su miseria, mas no para el aliento del servicio; porque primero se le conoce la necesidad en la quiebra de la salud que en el ánimo, y va tan presuroso al peligro como si de cada mosquete sano le disparasen una olla podrida.»

El buen sentido y el mucho mundo de Montero de Espinosa en nada mejor se esculpe que en las siguientes líneas: «Tú sientas plaza hoy en esta compañía, y desde hoy tus camaradas tantean el amor ó aborrecimiento con que te mira el capitán para hablarle de tí, sin contradecirle á él; de modo que, aunque se alejen de la verdad, no se aparten de la conveniencia; y ésta cambia los efectos de la verdad, desmintiendo lo que se ve en esta forma. Quiero que tu natural sea de hombre sosegado, vigilante, cortés, secreto, liberal, devoto y valiente; ó al contrario, escandaloso, desvergonzado, gallina, hablador, borracho, miserable y perdido. Pues todos estos vicios te los colocarán en virtudes, ó todas las virtudes las divulgarán como vicios: que para el atributo de cada acción tiene barniz diferente la lisonja. En estando delante del que han menester, si te aborrece, si eres sosegado, dirán: ¡Qué poltrón bisoño!—Si vigilante: ¡Qué cedacico nuevo!—Si cortés: ¡Qué ceremoniática figura!—Si secreto: ¡Qué atraidorado corazón!—Si liberal: ¡Qué mal gobernada bestia!—Si devoto: ¡Qué bergante hipócrita!—Y si valiente: ¡Qué temerario loco!—Mas si fueres bien quisto del que han menester y les da oídos, si te ven desvergonzado, dirán: ¡Qué airoso despejo!—Si escandaloso: ¡Qué enemigo de escrúpulos!—Si gallina: ¡Qué apacible mozo!—Si hablador: ¡Qué feliz memoria!—Si borracho: ¡Qué voluntario compañero!—Si miserable: ¡Qué atento á que hay mañana!—Y si perdido: ¡Qué sangre tan generosa!—Mira, pues, si en cada acción hay dos vislumbres, cuando zozobra la verdad en las tropelías del que adula.»

Los extractos del libro del arcipreste de Mena, D. Juan Baptista Gil de Velasco, no son tan succulentos como los de D. Ramón Montero de Espinosa. En él no se hallan ni sentencias, como: «El pundonor de la corona es primero que el alivio del vasallo,» ni frases de ingenio como: «Quiero enojarme de burlas para reñiros de veras,» que tanto se prodigan en el del primero; pero si Montero de Espinosa al folio 115 hace los más cumplidos «elogios del Conde de Fuen-salida, gran soldado,» en Gil de Velasco, no se pueden retirar de la avaricia del discurso las páginas en que describe al gran Duque de Alba y á D. Bernardino de Mendoza, tan versados en la historia, perorando con la más escogida elocuencia «sobre si se debía salir á recibir al enemigo ó esperarle;» en que se relata la famosa retirada de D. Agustín Mejía, á vista del poderoso ejército vencedor de Enrique IV, Rey de Francia; en que se copia el elogio que el Príncipe Tomás de Saboya hacía del valor de los españoles, pues viéndolos pelear, dijo que eran más que hombres; ó se determinan los progresos del Cardenal Infante en Flandes. Con todo, de Gil y Velasco son también estas sentencias militares: «El que gobierna ha de ser mejor que sus súbditos.» «El remedio de la injuria es el olvido.» «La ciencia más fácil de aprender es hacer mal.» «Muchos amigos, ningún amigo.» «La honra se ha de merecer y después despreciar.» «Honra y pobreza, martirio sin corona.»

El colector de estos apuntes menciona las obras militares de D. Bernardino de Mendoza, del Maestre de Campo Dávila Orejón Gastón, del Gobernador Feijóo, de D. Francisco Manuel de Melo, de Bernardino de Escalante, del ciego Francisco Sebastián de Medrano, maestro de matemáticas en Bruselas, la *Milicia Indiana* de Machuca y otros libros peregrinos semejantes, escritos en castellano; pero de ellos no saca la ventaja de los anteriores. Y sin decir de dónde los toma, mas con el título de *Breve resumen de las reales prendas naturales de los Reyes Don Fhelippe II, Don Fhelippe III y Don Fhelippe IV y otras varones aventajados*, inserta ocho retratos físicos y morales de algunos hombres insignes de la época de estos dos primeros monarcas, que siendo inéditos

y hechos por persona que los trató y conoció, son por todo extremo de suma curiosidad. Así no creo inoportuno reproducirlos, porque, aunque de anónima pluma, son de superior golpe de vista y espíritu de observación, y, por lo tanto, los entendidos los estimarán como documentos preciosos de valor inapreciable.

Hélos aquí:

### I.—FELIPE II

«Don Phelippe II fué hijo del César Carlos V, glorioso Emperador del mundo, que, empezando á vencer por la fortuna que se le opuso divirtiéndole con las Comunidades, venció los Reynos, prendió los Reyes, desposeyó los Tiranos, justició los Infieles, atemorizó los Monarchas, y las desórdenes de su ejército saquearon á Roma y las libertades de Italia fueron desperdicios de su magnanimidad, y cebado en vencer á todos, se venció á sí mismo. ¡Santa ambición de victoria para Dios! Y estimando más el sabio despreciar al mundo que vencerle, á triunfar de sus afectos se retiró á Yuste, renunciando las coronas en D. Felipe II, cuya imagen se escribe.

Fué de mediana estatura, bien proporcionada: el rostro hermosamente grave, á quien la majestad armaba de respeto; las facciones elocuentes, pues con el mirar decretó muchas veces castigos reprendiendo con la vista, porque era su semblante ejecutivo en advertir descuidos. Supo entretener la mocedad; supo disimular la vejez. Trató con felicidad las armas donde hizo guerra y acompañó los soldados. Atendió á conservar lo que su padre había adquirido, y era más formidable cuando sólo trataba consigo las razones de Estado, que acompañado de armas y gentes, y con los enemigos valió por muchos ejércitos su providencia. Vigiló el mundo, y enfermo y retirado, fué árbitro de la paz y de la guerra. Favoreció en diferentes tiempos criados suyos y peligraron los que no le supieron conocer. Tuvo á su lado en su postrera edad hombres tan á su corazón, que se ocupaban tanto en imitarle como en servirle, y eran tales sus ministros, que

ninguno, para la calumnia, quedó desabrigado con su muerte, ni la novedad que siguió á sus días dejó de respetar en ellos la elección de aquel gran Rey; antes necesitó aquel ímpetu de acariciarlos y entretenerlos.

Tuvo entendimiento superior, diligente y justificado; memoria tan socorrida que servía de recuerdo á los tribunales, y era alivio de los secretarios y á veces castigo. Fué espléndido y magnífico, como lo han de ser los Reyes, no como quieren que sean los codiciosos. Daba y no vertía; premiaba méritos, no hartaba codicias. La condición tratable, pero no ocasionada á familiaridad. Fué justiciero de manera que se conocía que deseaba ser piadoso. Dejó paz en sus reinos, reputación en sus armas, amor en sus vasallos y temor en sus enemigos, porque vivió disponiendo su muerte y murió acreditando su vida.»

## II.—FELIPE III

«Don Phelippe III sucedió á D. Phelippe II, habiéndole hecho lugar D. Carlos. Fué de mediana estatura, fuerte de miembros, bien proporcionado, airoso; el rostro apacible con agrado divertido; la vista con sencillez indeterminada, sin disposición de ceño; sus facciones, antes inclinadas á la benignidad de una risa casual que á ira ó enojo. No se le conoció otro ejercicio que la obediencia, y con docilidad crédula se aplicaba á lo que querían las personas de quien se fiaba, como á la caza y al juego; y todos estos ejercicios eran inducidos, porque en su corazón asistía sólo la religión y la piedad. Fué de costumbres tan modestas y recatadas, que considerar su vida daba tanta devoción como respeto. Tan virtuoso, que podían esperar de la pureza de su espíritu tantos milagros como hazañas de su valor y poder. Hablar de su condición es procesar á los que se la descaminaron. Discurrir por sus acciones es lastimar sin culpa su santa memoria y no reverenciar sus deseos, que siempre fueron puros y colmados de toda bondad y justicia. La voluntad no la tuvo, que se la tuvieron. Tuvo el entendimiento sitiado y no obe-

decido, y la maña le supo limitar la vista y retirar los oídos. Vivió para otros y murió para Dios, habiendo acabado de restaurar á España lo que unos Reyes no se atrevieron á intentar y otros no pudieron hacer.»

### III.—FELIPE IV

«D. Phelippe IV sucedió á D. Pelippe III á los diez y siete años de su edad. Fué de rostro hermoso con majestad, juntando lo agradable de la perfección con lo severo de la compostura: airoso con desenfado; la estatura respectiva á los años, ni grande, ni pequeña, con viveza tal repartida en todas las acciones de su persona, que se conoce haber sido formadas de intento por la sabia y alta Providencia. Sus pasos y sus manos prometen otro Carlos V. En sus palabras y decretos se lee y se oye á su abuelo y en su religión resucita á su padre. Su entendimiento, elevado; su voluntad, la que no se deja adormecer de lisonjas, ni sobra de diligencias, ni vencer de ruegos, muéstrala á quien se la merece; se la sirve y no se la engaña. Quiere ser obedecido y no violentado. Busca, no sólo el consejo, sino la suficiencia de los que se le dan.

Su condición es advertida, igual, resuelta, en mandar permanente y no ocasionada. Es magnánimo; y generosamente guiados todos de él, los vemos desinteresados, sin poder admitir asomos de codicia. Favorece la lealtad, el servicio y el valor, no la ambición, ni la codicia. Su ejercicio es robusto y decente, con señas del ardor, que á grandes cosas le azora los plazos en tanta mocedad entretenidos. Su caminar es por la posta; su diversión la montería: todo ensayo de sus victorias. Amartelado remunerador de la milicia; premio y amparo de las letras y virtud; si lo que del mundo no le obedecen, fuere dichoso, será suyo; y si la fortuna tuviere seso, sosegerá á sus pies, como centro suyo.»

## IV.—PROPIEDADES DEL DUQUE DE LERMA

«D. Francisco de Sandoval y Rojas fué Marques de Denia y Duque de Lerma: gran señor, y de los más bien emparentados de los antiguos grandes y ricos hombres. Los demás títulos de su hijo y nieto han sido aumento de su padre.

Sirvió al Rey D. Phelippe II, no sin persecución, que resultó en diligencia para su buena fortuna. Hiciéronle, no merecimientos, sino recatos del príncipe, Virrey de Valencia, donde, disfrazado en gobierno, tuvo un destierro con buen nombre ilustre. Deslució el empeño y la pobreza su persona por mucho tiempo, y tuvo necesidades mal socorridas y bien murmuradas. Tuvo persona autorizada no sin gala; mocedad moderada y vejez pulida; rostro con caricia risueño y halagüeño, y mañoso más bien que entendido; voluntad imperiosa con otros y postrada para sí. No generoso, sino derramado; antes perdido que liberal, no sin advertencia y nota, pues daba de lo que recibía. Sus costumbres no fueron de las que ocasionaron estas sospechas y rumores, y consintieron aquella lisonja y la premiaron. Fué su ruina el que privó más como quiso, que como debía. Fué más atrevido que otro ningún hombre privado de Rey.

Encaminó su atrevimiento á ser dichoso, pues pareció más competir á su señor que obedecerle. Vengó de sí mismo á D. Phelippe III, dejándose poseer de valimientos de sus criados tiranamente poderosos. Fué posesión del Marqués de Siete Iglesias y de otros muchos, en quien dividida su libertad y grandeza, se le vió con desaliño desperdiciar su poder, obediente á su familia y postrado á pocos años. Desentendióse de muchos desórdenes y delitos que éstos hicieron, y permitióles licencia en todo, y así fué su familia su delito.

Hízose Cardenal, cuando el capelo pasó plaza de retraimiento y el consejo de trampa. Vióse desterrado, y el proceso y la persecución embarazada en sólo el bonete. Vió preso á su hijo, y no se supo si tuvo en ello dolor ó vengan-



za, y el durarle la vida más es prolijidad de la muerte que resistencia del valor. Mas dejando sus sucesos, vamos hablando de su hijo.»

### V.—EL DUQUE DE UCEDA

«El Duque de Uceda fué hijo mayor del Duque de Lerma, que, por su desventura, heredó la dicha de su padre en vida. Fué mediano de cuerpo, que por lo abultado se pudo llamar pequeño; el aspecto placentero; la barba, más de amenaza que de gala; el talle dejado, más ceñido por abrigo que por bien parecer; el traje y vestidos siempre ajados, y adonde puso todo su cuidado fué en disimular solamente la falta de cabello, que en el medio se descubría con nota.

Fué animoso en encargarse de comisiones odiosas; remiso y dudoso en favorecer; á la promesa precipitado, á la resolución encogido. Fué tropezón de la dicha de su padre y despeñadero de la suya. Su entendimiento fué más dichoso que grande. Su voluntad siempre adiestrada: unos se la arrebataron y otros se la vencieron, y al cabo no supo qué hacerse de ella, pues ni supo conocer á su hijo, ni obedecer á su padre, ni amarse á sí propio.

Edificó una casa, que fué distraimiento de su hacienda, nota de su juicio, descrédito de su gusto, inquietud de su poder y sospecha de su entereza, y que siempre, sin acabarse para habitarla, será persecución de cal y canto. Desayudó á su padre, estorbó á su hijo, malogróse á sí. Pudo ser con buen celo, no con buen discurso. Fué encarcelado con rigor, acusado con diligencia, sentenciado por la Justicia, absuelto por la Gracia, y ahora retirado, está dirigiendo sus arrepen- timientos perezosos.»

### VI.—LO QUE FUÉ FRAY LUIS DE ALIAGA

«Fué Fray Luis de Aliaga aragonés, hijo de padres humildes, los cuales trabajaron por disponerle á los estudios, y

le negociaron facilidad en tomar el hábito de Santo Domingo.

Fué de buena estatura, color turbio, facciones robustas, en la religión mañosas, en la privanza molestas. En su religión fué lo que le mandaron. Leyó *Theologia* en Zaragoza. Mostróse licenciado en alguna proposición y fué apartado de la ciudad con reprehensión; y este descamino le negoció la asistencia al Generalísimo de Santo Domingo, Javierre, y con título de Provincial de la Casa Santa le vino sirviendo á Madrid en la visita de la Orden.

Arribó Javierre á confesor del Rey, por la devoción del Duque de Lerma á su religión. Llevóle la grandeza de aquel Príncipe á Cardenal. Murió en el recibimiento de esta dignidad.

Era Aliaga confesor del Duque. Promovióle á la plaza de confesor del Rey; y el Aliaga, desconocido á tan grande beneficio, poseído de ambición desenfrenada, no sólo trató de apoderarse de la voluntad del Rey, mas se declaró enemigo del Duque Cardenal, previniéndole precauciones con que acreditarse, á fin de hacer sospechoso al Duque y encarcerar al Rey martirios por su servicio. Con esto descubrió confederados mal avenidos con él, y habiendo puesto confusión en la conciencia del Rey, vino á morir en Madrid sin crédito y sin remedio, quedando expuesto al aborrecimiento con un castigo invisible, sin poder disculpar lo desagradecido con la inocencia, por más que fuera solicitado.»

## VII.—ELOGIO DE DON JUAN DE IDIÁQUEZ

«D. Juan de Idiáquez fué hijo de Alonso de Idiáquez, Ministro grato al Emperador D. Carlos V, y que, entre grandes negocios en que le ocupó, le envió á tratar su casamiento en Portugal. Nació en Madrid. Crióse en la casa del Príncipe D. Carlos. Fué por Embajador á Génova, en tiempo de las revueltas de la República, hacia 1574. Pasó por Embajador á Venecia, y estando proveído para Francia, le detuvo el Rey, nuestro señor, D. Felipe II cerca de su persona,

ocupado en grandes negocios, con título del Consejo de Guerra, y con S. M. negociaba cada día con mucha confianza.

Fué después del Consejo de Estado, Comendador mayor de León, Caballerizo mayor de la Reina D.<sup>a</sup> Margarita, nuestra señora, y Presidente del Consejo de las Órdenes. Estuvo enfermo en San Lorenzo el Real, y allí se le vació un ojo. Dijo que iba á Segovia á morir en casa del Obispo, su sobrino, por tener quien mejor curase de sus cosas. Un día antes de su muerte le llegaron cuatro despachos del Rey, nuestro señor, que no se los dieron porque estaba sin pulso. Advirtióselo el Obispo, y lo oyó con mucha humildad, y dijo que no acabaría con la brevedad que los médicos decían. Finalmente, pasó de esta vida á 12 de Octubre de 1614, en edad de setenta y cinco años, con gran ejemplo de devoción y cristiandad. Dejó una carta escrita á S. M. que no se supo lo que contenía.

Fué varón religioso, modesto y desinteresado; de mucha composición é igualdad de vida y costumbres; enemigo de réplicas ni contradicciones con nadie; inclinado á su patria; excelente en ponderar materias de Estado, aunque de ingenio tardo y dudoso en resolver.»

#### VIII.—NATURALEZA Y COSTUMBRES DEL CONDE DE FUENTES

«Fué D. Pedro Henríquez, Conde de Fuentes, de nobilísima y antigua familia, hijo de D. Fadrique Henríquez, Conde de Alba. Tuvo el cuerpo grande y ágil y el ánimo alto y recto. En cuanto al senso, agudísimo, pero duro de entender por sus pocas y obscuras palabras. Fué atento y asiduo gobernador, y que con apariencia de rigor, excusaba la sangre y los delitos.

Colérico é impaciente por naturaleza, pero grandísimo sufridor por prudencia. No se dejaba vencer de ningún interés ni gusto, porque era sobremanera ambicioso de una buena y legítima historia, mediante la verdad del buen obrar. La

justicia, la milicia y la abundancia eran las máximas á que atendía, y todo lo demás le sucedía bien por consecuencia. En las cosas pequeñas era desproporcionado y tal vez erraba en ellas; pero en las grandes siempre fué su voto el de mayor primor y generosidad. La religión y la honra y el servicio de su Rey curaba casi igualmente, y aborrecía mucho la vileza de los fraudes usados con amigos y por interés, y no temía en nada á los de esta secta, aunque fuesen personas grandes.

En cuanto á la guerra, aunque se viese muy apretado, siempre atendía á la ofensiva, y á la defensiva sólo se acomodaba por grande accidente y por tiempo limitado. Siempre anteponía un fin grande y nobilísimo en sus acciones, y á él enderezaba lo universal de cuanto se hacía. En los consejos oía y no se dejaba entender hasta el tiempo del efecto.

Fué hidrópico en apetecer junto á sí hombres de valor y de efecto con prudencia, y á los tales casi obedecía. Tuvo siempre ganados muchos hombres en casa de los enemigos de su Rey, y era cosa singular cuán sutilmente y por cuán diversas vías investigaba la esencia y circunstancias de las materias. En hacer buenas elecciones imaginaba casi siempre, y en esto tuvo tal prudencia, que aun sus émulos le daban muchas alabanzas.

Alcanzó grandes y difíciles victorias, y jamás hablaba en ellas, ni sufrió que en su presencia nadie le loase. Aventajóse á todos los de su tiempo en aquellas buenas artes y honestos medios con que mantuvo justas y tremendas las armas de su Rey, y eran magníficos y generosos los medios con que sustentaba la dignidad y opinión de una nación imperante, como la española, lo cual tenía como por seguridad del imperio, y lo contrario por declinación y caída. Examinaba y disponía de tal manera las facciones y á los que las hacían, que juntando con esto un secreto y resolución notable, era casi seguro aquello en que ponía mano. En lo que era oculta la verdad, de tal manera la buscaba por verosímiles necesarios, que por lo menos siempre hallaba con qué discernir lo útil de lo dañoso.

Del valor, poder y consejo del enemigo tomaba en todas

sus cosas una notable proporción para las resoluciones. Acostumbró con los extranjeros hospedarles y hacerles grandes honores con aquella noble apariencia y crianza suya: de las cuales virtudes soy yo testigo de vista de casi todas, y él las alcanzó por vigor de un bueno y recto natural, crecido con grande práctica, pero sin precedente, ciencia ni lectura.»

---

Hasta aquí el manuscrito de que he copiado los bosquejos anteriores. Escaso interes histórico ofrecen, fuera de lo relatado, los demás trabajos que el mamotreto contiene; sin embargo, de una *Sucinta noticia de los Estados de Flandes*, que con letra de otra mano se halla más adelante, copiaré para terminar su último párrafo, concebido de la siguiente manera: «Poseyó España los Estados de Flandes hasta la muerte del Sr. Rey Carlos II; y siendo llamado á sucederle el Señor Rey Phelipe V, disputáronle la mayor parte de los Príncipes de Europa la quieta posesión de tan basta monarquía. Encendiéndose la más cruel guerra, pareció conveniente, para preservar los Países Bajos de Flandes del próximo evidente riesgo, presidar todas sus plazas de guarnición francesa, lo que se ejecutó todo en un día, en 6 de Enero de 1701. Y desde este día, por los infelices sucesos que sobrevinieron después, se puede decir que perdió España el glorioso dominio de tan hermosos países, en cuyo teatro concedió Marte tantos y repetidos triunfos á su valerosa nación.»

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.





## ¿ES EL CENTENARIO DE COLÓN?

SR. D. MARCOS JIMÉNEZ DE LA ESPADA.

Muy ilustre señor: Tolere usted que, por aficionado á las cosas de España y, por ende, amigo de estar siquiera á media correspondencia con personas de superior ilustración que pueden enseñarlas, me dirija á la suya solicitando noticias relativas al proyecto de solemnizar un centenario próximo.

No crea usted que la curiosidad sea el móvil que me lleva á distraer su atención con el envío de esta carta; pienso que el conocimiento generalizado de lo que se proponen el Gobierno y el pueblo de los Estados Unidos en celebración de fin del cuarto siglo de su historia, disculparía en cierto modo el deseo de averiguar lo que por acá se discurre por memoria de haber lanzado al mar las carabelas que aquella historia de cuatro siglos comenzaron; pero es más noble el impulso que me estimula al pedir á usted, como americanista insigne y autoridad reconocida en la materia, las noticias.

Hace algún tiempo, cuando empezó á tratarse del asunto, creí entender que se iba á festejar el aniversario centésimo cuarto del hallazgo feliz del Nuevo Mundo por los españoles; después, la constitución de una Junta titulada *Comisión del Centenario del descubrimiento de América* afirmó mi creencia, sin alterarla por de pronto el *Programa del certamen*

*internacional* que circuló esa Comisión con fecha 19 de Junio de 1889. Para adjudicar un premio, digno por cierto del estímulo de los hombres de letras, no se exigen datos nuevos ó desconocidos de las circunstancias de la vida y hechos de Cristóbal Colón, figura principal del descubrimiento; no se pide juicio del navegante, acomodado al criterio simpático que mereció siempre en esta tierra, ni siquiera que se redacte en lengua castellana el cuadro comprensivo y sinóptico de las expediciones que su genio inició. Si el libro, bastante conciso, sin ser oscuro ni seco, reúne las condiciones de esmerada obra de arte; si por el orden en el plan, la nitidez en el estilo, la rectitud del juicio y lo nutrido del pensamiento alcanza la elevación á que se presta lo vasto del argumento, optará merecidamente al lauro que ha de conceder un tribunal independiente y recto.

Cabrá, pues, sustentar opiniones de antiguo expuestas y discutidas, tales como las que disputan la prioridad del invento del continente moderno en favor de los chinos, de los irlandeses y vascongados, ó en pro de Martín Behaim, de Alonso Sánchez de Huelva ó de Amerigo Vespucci; podrá repetirse que Colón buscaba por Occidente las regiones de Marco Polo, y que murió convencido de haber llegado al Asia por las inmediaciones del Paraíso terrenal, no lejos del pezón de la pera bergamota que á su entender imitaba la figura de la tierra, con error de sus dimensiones y completa ignorancia del ser y extensión del Mar Pacífico; en una palabra, no llama el Concurso á las obras precisamente dedicadas á la apología ó panegérico del hijo eximio de Liguria. Tal pensaba: sentí, sin embargo, vacilación oyendo razonar á otros lectores del programa. La fecha 1892, decían, evidentemente recuerda el encuentro de las islas Lucayas, anuncio y etapa para llegar al continente próximo; y esto es lo que se ha de celebrar, sin que importe que en remotas edades hallaran el camino gentes que lo olvidaron antes de alcanzar resultado positivo, admitiendo que no sean fabulosas las relaciones de sus viajes. Tampoco importa que Colón buscara cosa distinta de la que encontró; el hecho es que puso el pie en un mundo nuevo que ha venido á dupli-

car el que se conocía, con ensanche consiguiente de la civilización y beneficio de la humanidad; el hecho es también que Colón, iniciador de la idea del viaje, lo llevó á cabo venturosamente y que personifica por tanto el descubrimiento. Glorificar al Almirante de las Indias es lo mismo que enaltecer el suceso de que es inseparable; atentar á la fama del caudillo equivaldría á rebajar la importancia de la empresa que dirigió. Por ello expresa el programa del Certamen que lo que ha de escribirse *no deslustrará la gloria del héroe cuyo centenario va á celebrarse.*

No obstante, seguía yo estimando que el héroe y el acontecimiento no se hallan en aquella íntima relación de persona que Newton con la gravitación universal, Franklin con el pararrayo, Watt con el vapor ó Gutenberg con la imprenta; Colón por sí sólo no inventara nada, por sólida que fuera la percepción que tenía de la esfericidad del planeta y grande la seguridad de navegar la mitad de la superficie líquida, ni su invención tiene que ver con las condiciones individuales si hemos de creer lo que de su vida se sabe.

Cuéntase que siendo experto náutico, más rico de imaginación que de dineros, propuso al Senado de Génova, su patria, el curso de un camino breve y fácil para traer las mercancías del Oriente, con que se sostenía la preponderancia de las naciones marítimas del Mediterráneo; que repitió ante el Dux de Venecia la oferta y que por tercera vez la hizo al Monarca de Portugal, por entonces inclinado á las expediciones azarosas con que extendía el dominio por la costa de África. Sábese con certeza que D. Juan II, tanto por la incertidumbre del plan como por la exorbitancia de la recompensa solicitada, rechazó al proponente, y que viniendo á la Corte de Castilla, consumió recursos y paciencia en el intento de acercarse á los Reyes y ofrecer su proyecto de nuevo.

Iba á dejar en Huelva, al cuidado de un pariente, el hijo pequeño que embarazaba el propósito de tentar á la fortuna con otros soberanos de Europa, dado que no pusieran también en duda la sania de su razón, cuando la necesidad del niño le instigó á llamar á la puerta del monasterio de la Rábida.



Encontró en el convento hospedaje, agrado y consuelo. Los monjes franciscanos no estaban al tanto de que por el sitio donde el sol se oculta en las aguas del mar pudiera irse directamente al embarcadero del oro transportado por Salomón con destino á la fábrica del templo, como el forastero afirmaba; sabían, sí, por relación y contacto frecuente con los marinos de Palos, que en el próximo reino de Portugal se habían dado cédulas y estimulado expediciones para descubrir hacia aquel lado, más allá de la Madera y las Azores, sucesivamente vistas, otras islas ó tierras diversamente designadas con los nombres de San Borondón, Hespéridas, Antilia y Siete-ciudades; tierras de cuya existencia ofrecían indicios frecuentes las olas, trayendo plantas ó maderas que Europa no produce. El plan de reconocer los horizontes por acceso á esas tierras, ni á los monjes de la Rábida ni á los marineros de Palos parecía descabellado. Animaron, por tanto, al viajero á volver á la Corte, provisto de cartas que abonaban la probabilidad, con el fundamento de la idea, y la recomendación fué allanando los obstáculos antes insuperables al pretendiente, hasta el momento dichoso de poner la firma en las singulares capitulaciones de Santa Fe.

Obstáculos quedaban, no obstante, que arrostrar, no sirviendo las cédulas por sí solas de vehículo marítimo: el extranjero, falto de autoridad y de ascendiente, no hallaba quien le siguiera en la vía de lo desconocido, ni los delegados de la Corona lograban por violencia vencer el espíritu contrario de los mareantes, ni él por halagos movía siquiera á los criminales, de que pensó valerse como último recurso. Otra vez fracasara en el empeño á no ofrecerse un hombre de corazón, prestigio, inteligencia, cuya voz y energía cambiaron las voluntades en el puerto de Palos y las sostuvieron día tras día en el Océano mientras no se llegó á la tierra apetecida.

Si todo esto es exacto, no fuera Colón descubridor faltando cualquiera de las circunstancias que concurrieron en el descubrimiento, pues siendo así, las circunstancias han de considerarse en la exaltación que del descubrimiento se haga.

El tiempo, como la distancia, borran los perfiles de los objetos, dejando ver tan sólo á lo lejos el bulto engañoso que representan. No es raro que los pueblos, maravillados con la nueva estupenda de gentes de otra raza, de aves, plantas, metales preciosos, cuya existencia no se sospechaba, de pronto encontrados, fijaran la atención en la persona que anunciaba al orbe el resultado, y á su nombre dieran el elogio y gratitud que de edad en edad se le conservan.

No es extraño que por la tradición se perpetúen la fama y gloria justamente adjudicadas al jefe de los nuevos argonautas. España, con esos otros pueblos, consagra perpetuamente á Colón la ofrenda de incomparable aprecio; mas llegada que sea la oportunidad de conmemorar la fecha, de premiar los méritos respectivos, tiene que ennoblecer á los argonautas todos, distinguiéndose de las naciones que tributan admiración al Almirante. No ha de imitar á Italia, cuyas repúblicas desoyeron la voz del hijo de su suelo; ni á Portugal, que desechó arrogante sus proposiciones; ni á Francia, Inglaterra, Alemania, pasivas espectadoras del progreso logrado con el invento; ni á los Estados Unidos, sin ser por entonces. España habrá de enaltecer entonces primero y ante todo á España, por aceptar la grande empresa, para la cual las otras carecían de aptitud y arrojo; á los Reyes Católicos, representantes de su unidad, árbitros de la iniciación del viaje; á los monjes de la Rábida y los magnates que elevaron hasta las gradas del trono al extranjero de la capa raída, zaherido de loco; á los marinos de Palos que pusieron en sus manos naves, vidas é intereses.

¿Se acomodará á estos principios el criterio de las Juntas instituídas con objeto de determinar el programa y dirigir el festejo?

El número y la calidad de las entidades que las forman ofrecen segura garantía de acierto contra las tendencias de localidad ó de exclusivismo dibujadas en las propuestas que al decir de la prensa se ofrecen sin cesar á sus deliberaciones; los documentos de carácter oficial publicados no explican, sin embargo todavía, si es, como antes digo, objetivo de su resolución el héroe ó el acontecimiento.

Las informaciones de los periódicos no nos sacan de dudas, aunque parecen inclinadas á lo primero por el epígrafe «Centenario de Colón» con que suelen encabezarlas. Con él apropiadamente han recordado las conferencias del Sr. Castelar con el Ministro de los Estados Unidos, Mr. Curry, y lo que el primero dijo ó escribió el año 1883, proponiendo que una escuadra ó reunión de escuadras de varias naciones saliera de Palos navegando por el rumbo mismo de las tres carabelas hasta dar con las islas por éstas descubiertas y mojar las anclas en los puertos, volviendo á excitar la admiración de los americanos con los portentos de la arquitectura naval moderna.

La idea tropezaría, entre no pequeñas dificultades, con la de decidir, si el eminente repúblico y antiguo catedrático de historia no lo tiene averiguado, cuál es la isla de San Salvador ó Guanahaní que vió el primero con los ojos Rodrigo de Triana, porque entre las opiniones de Navarrete, Irving, Becher, Fox, Varnhagen, Armas, Cutts, Jorin, Gibbs, Leyva, Major, Pischel y Thomas, que yo conozca, pueden elegirse entre media docena con iguales probabilidades de acierto.

Por otras propuestas, como actos permanentes de celebración solemne y digna del Centenario, se pretende la adquisición por el Estado de la casa de Valladolid en que Colón falleció, y la erección de monumentos en su honra en la misma ciudad y en las de Barcelona, Sevilla, Salamanca, Granada, Zaragoza, no contando con la publicación decidida de una bibliografía comprensiva de los papeles inéditos ó no muy conocidos referentes al genovés, que es otro monumento.

Estuvo, en efecto, el navegante durante su vida en Barcelona, en Sevilla, en Salamanca, y falleció, sin duda alguna, en Valladolid; pero estuvo también en Córdoba, en Cádiz, en Burgos, en Segovia, en Arévalo, en Medina del Campo, poblaciones que, con tanto derecho como las primeras, querrían con noble emulación significar la gloria de haber albergado al hombre ilustre, ya que de glorificarlo se trate. Con esta mira nada importaría que Madrid, Barcelona y

Cárdenas le hayan levantado anteriormente estatuas, y que no las tengan aún en parte alguna el Gran Capitán, D. Juan de Austria, con bastantes más que por muchos conceptos las merecen, sólo que, por grandes que sean los recursos de la Comisión, por grande el apoyo que el Gobierno, las Cortes, la Nación entera concedan al pensamiento y al deseo de cada pueblo, ha de rayar en lo imposible satisfacer á todos, aunque los monumentos no se ajusten á los planos del Sr. Marín Baldo, si no se acude al sistema de las montañas de Sancho.

Por otro lado, ninguno de esos pueblos, Valladolid inclusive, puede, con testimonio de verdad, marcar lugar en que dejara huella el Almirante de las Indias. ¿Qué significarían en puridad los monumentos que alzarán? Diría el de Granada que cerca, en Santa Fe, se firmaron las capitulaciones del viaje; el de Salamanca, que allí un congreso de teólogos y humanistas, según se cree, condenó las teorías expuestas confusamente por un extranjero; el de Sevilla, que bajo la bóveda en que se fabrican al presente lozas descansaron por tiempo los huesos del virrey depuesto; los de otras ciudades ó villas, que por allí pasó pretendiente, enaltecido, alegre ó enfermo, sin que se sepa cuándo, cómo ni por dónde. Una sola población, Palos de Moguer, por generosidad y espíritu ilustrado de un Príncipe acreedor al reconocimiento, mostrará en pie el monasterio de Santa María, pudiendo asegurar que allí, necesitado y afligido, se refugió el nauta de Génova; que allí aprestó las naves célebres; que allí volvió triunfante de la empresa; que allí de una vez se compendia su vida. Más: que el monasterio tiene la celda de Fray Juan Pérez, la tumba de Martín Alonso Pinzón, los poyos donde los marineros discurrían, la iglesia en que colgaron los exvotos.

¿Qué monumento inventarán las artes que compita en grandiosidad con la sencillez de ése?

¿Qué otro compilará mejor la historia del descubrimiento?

No sería mucho emplear con preferencia en su conservación y adorno espléndido los fondos que la Nación destina á la remembranza del suceso. Donde se abrieron las puertas

del Nuevo Mundo, puertas de oro mil veces más ricas que las que dan acceso al capitolio de Washington fueran poco.

Si los fondos alcanzan á más, tampoco será aplicación oportuna lo que falte.

He visto carta que un diplomático dirige á un marino, indicándolo de esta manera:

«Ahora que se trata de celebrar el *cuarto centenario del descubrimiento de América*, paréceme que, sin perjuicio de reconocer y exaltar la gloria que á Colón es debida, cabe también hacer justicia á Pinzón.

»Diríase que hay más mérito en esto último; pues en cuanto á Colón, España, Francia y América se disputan la honra de glorificarlo, mientras que de Pinzón nadie se acuerda.

»Escritores que han falseado la historia han creído á Colón infalible, y han inculpado con ligereza la conducta de su compañero. ¿No será tiempo de rehabilitar su memoria y popularizar su concepto, proponiendo que por suscripción pública se le erija un monumento en la capital de España?

»¿No cree usted que la ocasión sería propicia, ahora que un descendiente del primer Almirante de las Indias está en posición de promover ó secundar la iniciativa? Así estaría una vez más asociado el nombre de Colón al de Pinzón, y la historia registraría con júbilo este acto de justicia al brillar el sol el 12 de Octubre de 1892.»

También he visto y ha visto el público lo que un escritor inclinado á lo útil y lo bello (el pobrecito *Job*) propone al Sr. D. José de Cárdenas, ocupándose de la pasada Exposición de flores:

«La aproximación del momento en que España debe celebrar el *cuarto centenario del descubrimiento de América* por los españoles conducidos por Cristobal Colón es causa de que en estos instantes haya muchos que se ocupen en redactar los programas más sorprendentes para que estas fiestas tengan el relieve que por su excepcional importancia les pertenece. ¿No cree usted que podría ser empresa de utilidad inmensa, siéndolo de todas maneras de buen gusto, la celebración de una Exposición de plantas de los dos mundos, en

que, con estudios técnicos adecuados, consignáramos y pudiéramos de manifiesto qué vegetales llevamos nosotros de Europa al Nuevo Mundo, y cuáles exportamos del Nuevo Mundo á Europa? En esta exhibición no entrarían solamente las plantas de adorno, sino las de utilidad en la inmensa esfera del alimento, del vestido, de la medicina, del tocador, de la industria, de la construcción y del mobiliario.»

El pensamiento es delicado y patriótico, solo que este escritor, lo mismo que el diplomático de antes, presume, en contra de los indicios primeramente indicados, que no es de Colón el centenario.

¿Se equivoca?

Si así fuera, la misión de las Juntas ocupadas en la preparación de la fiesta será más fácil que en el otro caso; más fácil es siempre lo personal que lo general. Muchos habrá que ignoren la significación y aun la existencia del Cardenal de España, de Deza, Cabrero, Marchena, Beatriz de Bobadilla, Vicente Yáñez, La Cosa, Niño; mas por rareza parecerá alguno, aun entre aquellos que la estadística oficial numera en la casilla de los reñidos con el alfabeto, no familiarizado con el nombre de Cristobal Colón.

Y es natural: las aleluyas entre la infancia, las cajas de fósforos entre todas las edades y condiciones, el papel timbrado y los billetes de Banco, en círculo más reducido, propagan el conocimiento y la estimación del descubridor, que por otros lados difunden autorizadamente calles, plazas, paseos, circos, teatros, tiendas, fábricas, barcos, locomotoras, faros designados con su apelativo; no hay otro más popular ni repetido; ninguno diera á las Juntas del Centenario mayor concurso en la opinión. Lo que continuamente se gloria, ¿cómo ha de dejar un día señalado de exaltarse?

Realizándose la buena idea de Job; celebrándose la exposición, si se reconocían al descubridor de las Indias los beneficios que el descubrimiento ha reportado á la humanidad, diérase vuelo á la fama del Almirante con todas las consecuencias de la celebridad por que han pasado el gran Napoleón, Dante y Pio IX; entre ellas la de andar en frascos de olor, crocante y semejantes materiales su figura veneranda.

La gratitud de los fumadores, de los sibaritas, de los pobres y de los dolientes se traduciría en estatuas de espuma de mar, de chocolate, de fécula de patata y del salutífero guayacán; veríase en las vidrieras de las tiendas tantas figuras de Colón como torrecillas Eiffel en el año pasado, con la ventaja de que no solamente en cada pueblo, mas también en cada domicilio, hubiera monumento; en cambio los lastimados acusarían á Colón de las calamidades que han sufrido, haciéndole responsable de la fiebre amarilla y de la filoxera, presentando, á la par de los abanicos de pluma de pavo, esa ave americana que da calor á la Noche Buena, los hábitos de los hermanos de San Juan de Dios por intención de noches malas.

Estos pequeños inconvenientes se obviarían estudiando el plan de la manifestación, pudiéndola encaminar, entre tantos otros cálculos, al resultado de corregir las exageraciones; de contrarrestar el efecto de las obras *confeccionadas* por nuestros vecinos trasmontanos, diligentemente traducidas en pro de la instrucción y recreo de la juventud, enseñándola que la mayor desventura de Colón fué poner el pie en tierra española para encontrarse con el Rey Fernando V, *solapado, envidioso y ruin*; con Ministros como *el soberbio* Fonseca, *el infame* Bobadilla y *el rapaz* Ovando; con la ignorancia, el fanatismo, la insolencia y la ingratitud por *vía crucis*, á través de un pueblo inculto.

La Exposición, dedicada al conocimiento del insigne marino, podría mostrar las fábulas é invenciones con que se ha desfigurado su aspecto, abriendo secciones como éstas que de momento me ocurren:

#### RETRATOS

Haríase caso omiso de las investigaciones de Carderera, Feuillet, Ríos, Jal y Rosell. Quien dice retratos indica las representaciones gráficas circuladas en estampas sueltas, periódicos ilustrados y otras publicaciones, cuya colección, por demás curiosa é instructiva, merecería premio. Á más de reproducir obras de arte tales como los lienzos de Gisbert,

Puebla, Balaca, Muñoz, las esculturas de Valmijana, los relieves de Mérida, mostraría el vuelo de la imaginación en esos innumerables dibujos que diseñan al Almirante para satisfacción de todos los gustos, con barba y sin ella, con bigotes, guedeja, cerquillo, tupé ó rapado á semejanza de cepillo; con arnés, lechuguilla, hábito de franciscano, calzas, pieles, enaguas, ropón, capa; en actitud arrogante, respondiendo á los catedráticos de Salamanca; en actitud humilde ante el ama del príncipe D. Juan; deshaciendo trombas marinas con la espada; cabalgando entre duques, haciendo penitencia ó vendiendo huevos.

En subdivisión estarían las fotografías:

De la casa en que nació en Génova.

—	—	en Saona.
—	—	en Quinto.
—	—	en Nervi.
—	—	en Cugureo.
—	—	en Plasencia.
—	—	en Cuccaro.
—	—	en Calvi.

De la casa en que murió en Valladolid, señalada con inscripción por el Ayuntamiento.

De la casa del marinero Gil García en que también falleció en Valladolid por declaración propia, transmitida por el Sr. Barrasa.

Del calabozo en que murió envenenado al cabo de seis años de encierro, por la versión de Gregorio Leti.

#### DOCUMENTOS

Esta sección sería independiente y completamente ajena al trabajo de la Academia de la Historia en la reunión de datos exactos referentes á la vida y viajes de Cristobal Colón; lo mismo que la de retratos, trajes, edificios, estaría dedicada á reunir y clasificar los productos de la fantasía, cualquiera que sea el fin con que se han dado á los vientos; reuniría colección humorística muy estimada de los bibliófi-



los siempre que copiara y razonara, como en la sección anterior, papeles del tenor y tendencias de estos pocos que ahora recuerdo:

Fe de bautismo de Cristobal Colón encontrada en Córcega por el Sr. Giubega, anunciada al público por la *Revue de Paris* y por la *Gaceta de Madrid* de 17 de Agosto de 1841.

Fe de matrimonio con Beatriz Enríquez, realizado en Córdoba bajo el amparo de la Reina D.<sup>a</sup> Isabel la Católica, según datos de D. Baldomero de Lorenzo en su obra *LEYENDA HISTÓRICA DE CRISTÓBAL COLÓN*, Huelva, 1885.

Carta dirigida por el Rey de Francia Carlos VIII á Cristóbal Colón, invitándole á presentarse en su corte para tratar de la expedición á Occidente, citada por Mr. Paul Corbani, *Christophe Colomb Corse*, París, 1888.

Testimonio de haber comulgado en la Rábida Beatriz Enríquez con su esposo Cristóbal Colón el día que emprendió el viaje, recogido por el P. Marcelino Civezza.

Certificación de haber facilitado la dicha Beatriz Enríquez á su esposo Cristóbal Colón los fondos necesarios para complemento de la expedición, recogida por Baltasar Colombo y divulgada por el Conde Roselly de Lorgues.

Autógrafo del Almirante diciendo: «Ya no es posible resistir un día más á la borrasca. Nos hallamos entre Europa y las islas de Oriente. Si la carabela zozobra, plegue á Dios que alguien pueda hallar este documento.» Encontrado por el capitán americano d'Auberville en la costa de Marruecos el 27 de Agosto de 1851, dado á conocer el mismo año en el diario titulado *Savanna Paper*, y reproducido al año siguiente por el de Gibraltar *La Marine*.

Relación de la entrada triunfal de Colón en Barcelona, adornada por Washington Irving y Roselly de Lorgues, sin perjuicio de los dietarios de la ciudad.

Discurso que pronunció el Almirante en presencia de los Reyes Católicos, conservado por el dicho Conde Roselly.

Instrucciones secretas dadas por el Rey D. Fernando á los que habían de acompañar al Virrey en el segundo viaje, descubiertas por el referido Conde.

Testimonio de haber dicho la primera misa en el Nuevo

Mundo, en presencia de Colón, *Fr. Juan Antonio Pérez de Marchena*, por el mismo Conde, el P. Civezza y varias otras autoridades.

Codicilo escrito por el Almirante, *more militare*, en la guarda de un libro de horas, legando á la República de Génova la dignidad y ovenciones del Almirantazgo, encontrado en Roma.

Otro codicilo del descubridor en que se lee: «Y digo yo, Cristóbal Colón, que hallándome en trance de muerte, sin más testigos de mi última hora que el marinero Gil García, en cuya casa de limosna me hallo, nombro por herederos de los cuantiosos bienes que los Reyes Católicos me prometieron.....» publicado por D. Aureliano García Barrasa en *La Ilustración Española y Americana* de Madrid, en Mayo de 1875.

Sentencia de muerte dictada por el Comendador Bobadilla en Santo Domingo, comunicada por Mr. Heumann.

Fe de defunción del Almirante, contenida en el número 2.256 de *El Norte de Castilla*.

Calendario de Valladolid para el año 1506, donde se vea que la fiesta de la Ascensión del Señor, en que murió Cristóbal Colón, cayó á 20 de Mayo.

#### OBJETOS

No menos interesante podrá ser la colección de reliquias y memorias que del grande hombre subsisten al decir de las gentes. El referido Conde de Roselly por sí solo daría brillo á la colección con sólo hacer lista de las que menciona en sus libros, empezando por la receta del perfume con que purificaba Colón la atmósfera en el camarote.

Figurarían con aprecio:

El estuche de marfil destinado á guardar joyas que la Reina Isabel regaló al marino genovés al emprender el viaje, valorado en Nueva York recientemente en mil ciento veinticinco pesos fuertes, por nueva de *El Imparcial* en su número de 4 de Abril del año corriente.

Este cofre, de gran valor histórico, podrá servir de modelo

á los artistas que, como Vilches, Muñoz y Mélida, quieran dar nuevas formas monumentales al objeto y aun servir de motivo á la reunión á su lado de las inspiraciones del Duque de Rivas, Trueba y tantos cantores de las joyas.

El coco en que anduvo flotando cuatro siglos el pergami- no escrito con mano firme por Colón, á punto de naufragar, hasta encontrarlo el capitán d'Auberville, de Boston, cita- do al tratar del documento. Por estuche de tan inapreciable reliquia, participa de su estimación y debería acompañarse de la oda de Meléndez Valdés *El deseo de gloria*.

Un perro corso disecado, de la especie que ha servido al P. Peretti para su cumplida prueba de ser Colón hijo de Cal- vi. Anexa la monografía del Barón de Juras Reales sobre los perros de Colón.

La bandera que tomó á los moros D. Cristóbal en el asal- to de Málaga, por declaración de Mr Corbani.

El huevo que puso de punta sobre la mesa del Cardenal Mendoza, visto por historiadores de crédito.

El morado pendón de Castilla que arboló en la isla de San Salvador, pintado y descrito por los artistas.

El sextante y el reloj de á bordo de que se sirvió, según el Conde Roselly.

La hamaca de Anacaona, presente ofrecido por la hermo- sa princesa, Flor de Oro al jefe de los españoles, actualmen- te en el Museo de Barnum.

Los grillos que el malvado cocinero remachó por orden de Bobadilla, y que por haberse puesto en el féretro del Vi- rrey se conservan. Los acompañará el poema del caballero de Langeac, *Colomb dans les fers*. Item: el soneto de don Manuel del Palacio, que acaba:

Y del genio sufriendo la condena,  
En tu pálida frente, una corona,  
Y en tus llagados pies, una cadena.

La caja de plomo con letreros por dentro y por fuera, prodigiosamente encontrada en la catedral de Santo Do- mingo. Traería por auténtica la pastoral de Mons. Rocco Cocchia.

La planchita de plata atornillada en la misma caja, con inscripciones por ambos lados.

La bala histórica, oculta entre los músculos del descubridor desde su juventud hasta que la parca los deshizo.

Una redomita con alguna ceniza verdadera del glorificado. Vista la generosidad con que el Cabildo de Santo Domingo las ha distribuído, no será mucho pretender que una más luzca en ocasión tan solemne.

Y basta. Paréceme con esto explicado cómo una exposición sin precedentes pueda servir, lo mismo que todas, de enseñanza y diversión, y corroborado el juicio con que Job sostiene que son muchos los medios que ocurrirán á los que de los festejos se ocupan.

Puesto que en la Cartuja de las Cuevas, y en la capilla misma en que reposó temporalmente el Virrey de las Indias, se fabrica porcelana, no dejaría de tener originalidad la idea de encargarse para el momento fausto, como premios, cierto número de vasos, de honor y utilidad al mismo tiempo, dedicados á los literatos extranjeros que han prestado á España el gran servicio de dar á conocer al mundo lo que nuestros cronistas y escritores diversos no supieron entender ni menos decir; demostraría el homenaje que si fueron ingratos los españoles con el que les daba un mundo, no es la ingratitud herencia. Diríalo la inscripción y la fecha, puestas en el fondo del respectivo vaso para que, distinguiéndose más que en la forma de los de Sevres, tuvieran alguna relación con la urna de las cenizas de Santo Domingo é hicieran patente el respeto á la voluntad del que mandó escribir en el interior de la caja su nombre, el de *América*, sus títulos y alabanzas, imitando, á ser posible, aquellas letras góticas alemanas, que gracias á la buena estrella del signor Billini han salido de la oscuridad del sepulcro.

Empero, ante todo, importa saber (que bien mirado, éste es el objeto de la carta): ¿qué es lo que vamos á conmemorar en 1892?

Muy reconocido quedaré si se sirve usted decírmelo, y en todo caso, á lo que, señor, usted mandare, servidor indigno.

F. HARDT.



# DEL ORIGEN DEL LENGUAJE

POR

M. MARIUS MICHEL (1)

(CONCLUSIÓN)

«Las lenguas son organismos vivos y lo prueban modificándose y engrandeciéndose cada día» (2).

Para formarse una opinión acerca del origen de estos organismos, es preciso buscar cuál es entre los diferentes modos de propagación el que ha prevalecido desde el principio. Se puede ensayar y esperar el determinarlo «fijando las relaciones cronológicas de ese modo con aquellos cuya aparición es posterior;» esto es, yendo de lo conocido á lo desconocido, y teniendo en cuenta la sucesión psicológica y cronológica de los procedimientos, ó en otros términos, de los progresos del espíritu humano y de la civilización.

Nuestras actuales lenguas, y especialmente el francés (3),

---

(1) Este artículo y el precedente (núm. 349 de la REVISTA CONTEMPORÁNEA) han sido tomados de *L'Instruction Primaire*, importante revista de educación práctica publicada por la casa Belin frères, de París.

(2) P. Regnaud, *Origine du langage*, p. 141. (Librería Fischbacher, 33, rue de Seine, París.)

(3) Siendo en España el estudio del francés, y en general el de lenguas extranjeras (francés, italiano, inglés y alemán), bastante considerado entre las personas cultas, de las cuales la mayor parte traducen correctamente el francés, creemos inútil aplicar directamente estas teorías al castellano, ni aun traducir ó

se enriquecen (dejando á un lado las palabras absolutamente modernas) de tres maneras diferentes (1):

1.º Por la formación de palabras compuestas sacadas del francés moderno; v. gr.: *tournebroche*, *portefaix*; ó tomadas de lenguas sabias dándoles terminación francesa; v. gr.: *phonographe*, *thermomètre*, etc.

2.º Por la introducción de palabras extranjeras (2) con su forma nacional; v. gr.: *steamer*, *wagon*, *piano*, etc.

3.º Por analogía (3); esto es, por medio de la unión á un radical empleado ya en otras terminaciones de una designación que implica un matiz significativo particular; v. gr.: *positiviste*, *présidentiel*, *forgeur*, *maîtresse*.

Ninguno de estos medios de formación es primitivo, pues las palabras compuestas no pueden ser creadas más que con ayuda de voces simples ya existentes, y si se toman de lenguas extranjeras, es que se ha podido probar que el desarrollo de una lengua por sí misma es insuficiente.

En cuanto á los vocablos formados por analogía ó separación analógica, «suponen que los dos elementos de que se componen existían antes necesariamente en palabras autorizadas por el uso.»

Si fuésemos más lejos en el examen de los materiales que componen las lenguas indo-europeas, notaríamos la existencia y presencia de variantes fonéticas á las cuales llaman los gramáticos franceses *dobletes* (4), formas dobles que no se presentan más que al principio de la formación de cada lengua. Son el resultado de la evolución fonética y factores im-

---

buscar ejemplos análogos á los citados por el autor, pues de este modo se ve con claridad la aplicación filológica ó lingüística, conformándonos así al espíritu que domina en este estudio.—(Nota del traductor.)

(1) P. Regnaud, *Origine du langage*, p. 143.

(2) *Notions élémentaires de grammaire historique*. (Librería Eugène Belin.)

(3) P. Regnaud, *Essais de linguistique évolutionniste*. Los factores de las formas del lenguaje, p. 90.—La separación analógica se efectúa por el mismo procedimiento, pero tiene más bien por efecto dar ampliación á una palabra usada fonéticamente que crearlas con nuevo sentido.

(4) A. Darmestetter, *La vie des mots*, p. 142.

portantes del lenguaje; v. gr.: *hôtel, hôpital, métier, ministère, champ, camp*, etc. (1).

Estas dobles formas se encuentran en mayor número en los dialectos salidos de una misma lengua y demuestran «que la evolución fonética es no tan sólo un antiguo factor del lenguaje en el interior de cada idioma particular, sino también la causa principal ó tal vez única de la divergencia respectiva de los diferentes dialectos derivados de una misma lengua madre» (2).

¿Cuáles son las condiciones psicológicas que determinaron esta evolución, la cual va hasta los períodos de desarrollo lingüístico más antiguos? Hélos aquí (3):

1.º «La adquisición progresiva de los sonidos, á partir del período del sonido puro y simple con sus raras modulaciones, hasta la del lenguaje articulado que posee el hombre desde los tiempos históricos, y cuya riqueza fónica va aumentando siempre.»

2.º «La influencia de los sonidos adquiridos unos sobre otros.» La ley de la asimilación es manifestación evidente de ello (4).

3.º «La mutación regular y espontánea de los sonidos adquiridos» ó modificaciones (5) de las vocales y consonantes en el paso de una palabra de una lengua á otra.

4.º «La extinción de los sonidos por contracción» (6).

Estos tres últimos casos de evolución se han confundido en la ley de debilitamiento ó de menor acción. Los efectos de esta ley dependen sobre todo de la extensión de formas

(1) *Notions élémentaires de grammaire historique*, p. 19 y siguientes. «Ejemplos sacados del latín probarían mejor esta doctrina, porque en esta lengua no son jamás *de origen sabio*. Hé aquí algunos de ellos: *tenuis, tener* (delgado, tierno); *facultas, facilitas* (poder, facilidad); *calor, color*; *certus, cretus*; *luna, lucina*; *villus, vellus*; *supremus, sublimus*; *vertex, vortex*; *fluo, pluo*; *virago, virgo*; *duellum, bellum*.»—(Nota de M. Regnaud.)

(2) P. Regnaud, *Orig. du lang.*, p. 147.

(3) *Id. ibid.*, p. 148.

(4) *Not. él. de gram. hist.*, p. 37.

(5) *Id.*, p. 27.

(6) *Notions élémentaires de grammaire historique*, p. 24, 25, 39 y 40.

por analogía y composición, por las cuales, al alargar una palabra y aumentar por consiguiente el esfuerzo necesario para pronunciarla, se ha hecho resaltar una parte á expensas de la otra, quedando entonces bajo la influencia del acento tónico; luego es cuestión de equilibrio (1). También dependen de la producción de sonidos nuevos, debidos á las mismas causas, como sucede con la reduplicación de la sílaba *ska* (*skaska*), pues determinando cierto movimiento orgánico, ha creado sonidos palatales, dentales, etc.

Al despojar una palabra de todas las sílabas características de los modos, tiempos y casos, esto es, de los afijos, vemos que queda una parte constitutiva común á toda la serie de formación analógica, la cual ha creado la familia á que pertenece la palabra. Esta parte común se llama *raíz*, la cual expresa una idea general del modo más abstracto, sin indicación accesoria de tiempo, lugar, persona ó número.

¿Cuál es el origen de esta sílaba ó de esta raíz?

Mr. Regnaud rechaza las teorías adoptadas hasta la fecha: porque para él la raíz fué al principio un adjetivo ó sustantivo con sentido concreto y preciso, de donde toma su origen el desarrollo analógico de todos los derivados.

Manifiesta desde luego un punto con el que está conforme todo el mundo, cual es que las raíces se hallan, por la mayor parte, en el estado de variantes fonéticas, evidentes unas con relación á otras; véanse si no las largas series que presenta en su obra. El número considerable de estas raíces sinónimas «implica la posibilidad teórica que, bajo el punto de vista de la forma, *todas* las raíces pueden referirse fonéticamente unas á otras, ó, mejor dicho, descender por vía de evolución fonética á un solo tipo primitivo» (2).

---

(1) «El acento no es otra cosa en el origen más que la conservación de la tonalidad primitiva, puesta de relieve por el abajamiento de la tonalidad de las sílabas vecinas; y este hecho da cuenta de la simultaneidad primitiva de su posición y de la presencia del estado fuerte. Es de notar, por lo demás, que generalmente en una misma palabra, cuanto más fuerte se conserva una parte, tanto más se han debilitado las antiguas.»—(P. Regnaud, *Orig. du lang.*, p. 150 y 151.)

(2) P. Regnaud, *Orig. du lang.*, p. 178.



Si ha cesado casi completamente en nuestros días el fenómeno de la multiplicación de las formas del lenguaje por evolución fonética—sobre todo en las lenguas muertas (no es menester decirlo),—es «que ha comenzado á detenerlo la tradición, á fijarlo la literatura y á estacionarlo por completo la redacción de reglas gramaticales.»

La comparación del desgaste de las formas del sánscrito, griego y latín, conservadas en documentos antiguos, con el de las formas del gótico, paleoslavo y antiguos dialectos célticos, atestigua dicha imposibilidad entre la fonética y la gramática, así como la formación del romance, y luego la del francés, nos muestra, casi en nuestra época, que «no estando sostenido por obras literarias y estudios gramaticales, ha caído el latín bajo el poder de influencias psicológicas que le han hecho sufrir en unos doscientos años transformaciones más profundas que en los siete ú ocho siglos de cultura literaria que se cuentan desde la promulgación de las leyes de las Doce Tablas hasta las obras de la decadencia latina.»

Además, la sinonimia de las raíces (1) es una de las causas que han producido y favorecido la evolución fonética, pues proceden unas de otras y resultan simples variantes en los *sonidos*, como cuando la *r* se vuelve *l*, se debilita una aspirada, ó se suaviza una fuerte; en el *sentido*, sobre todo con motivo del paso de lo indefinido á lo finito ó del sentido general á los varios sentidos particulares. De aquí viene el origen de numerosas variantes de la misma raíz, salidas manifiestamente de una forma primitiva, cuya relación entre sí está caracterizada por la identidad del sentido y justificada por leyes fonéticas.

Por lo demás, estas leyes fonéticas no tienen carácter ab-

---

(1) El sánscrito posee más de treinta raíces que se pueden traducir por *cortar, triturar, romper, herir, separar, hender, magullar, partir*, etc.; por consiguiente, mientras que todas estas raíces son sinónimas entre sí, los verbos franceses—ó castellanos—que les corresponden por el sentido expresan ideas que no tienen unas con otras más que relaciones de semejanza ó vecindad, pero no de identidad.—(P. Regnaud, *Essais de linguistique évolutionniste*, p. 298, nota sobre el desarrollo fonético é ideológico del lenguaje, y p. 352. Observaciones sobre las variantes de las raíces indo-europeas.)

soluto de inflexibilidad, y, en cierto número de casos, se pueden reconocer dos desarrollos paralelos del mismo sonido (1). «Si siguen generalmente los sonidos una marcha constante en las modificaciones que experimentan en la boca de los hombres, sobre todo si pertenecen á un mismo grupo social y pasan invariablemente de entonaciones rudas á sonidos suaves, ese gran movimiento de conjunto implica una infinidad de grados y matices variados» (2).

Estas alteraciones fonéticas de la raíz, esto es, esos cambios bajo el punto de vista de la forma se coordinan a menudo en un cambio de sentidos; «los *dobletes* fonéticos tienden á transformarse en *dobletes* significativos.» Un matiz significativo especial se refiere á la nueva forma, v. gr., *camp*, *champ*; *table*, *tôle*; *créance*, *croyance*, *crédence*; *bougette*, *budget*; *tonnel*, *tunnel*. Se puede decir, pues, que el sentido de las palabras se ha desarrollado á consecuencia y por medio del desarrollo de su forma (3).

---

(1) Mr. Regnaud insiste sobre esta idea, la cual ha sostenido ya varias veces: «En el seno de una sociedad primitiva más ó menos extensa puede producirse una modificación fonética en los sonidos emitidos por un individuo, sin que la forma nueva que resulta sea adoptada por otras personas más que por sus hijos, los cuales imitarán al padre, ya sea por la fuerza del ejemplo, ya sea por costumbre fisiológica hereditaria, mientras que el resto de la tribu permanecerá fiel á la antigua forma. Pero, por un lado el desarrollo de la familia del innovador, y por otro el olvido de la variante traída por el tiempo, coneluye por darle derecho de ciudadanía en el vocabulario de la tribu.» (*Essais de linguistique évolutionniste*, p. 382.)—«Las leyes fonéticas son verdaderas leyes..... pero no son generales más que en el sentido de que siguen una pendiente común que conduce á la suavidad de los sonidos, manifestándose en particular de un modo independiente, y cada hombre puede tener las suyas; de donde se deduce la posibilidad de un número indefinido de variantes fonéticas en el seno de un mismo dialecto.»—(*Orig. du lang.*, p. 187, note.)

(2) *Orig. du lang.*, p. 184.

(3) El examen de cierto número de raíces sanscritas viene en apoyo á esta opinión. La raíz que indica *brillar* ha llegado, á causa de una serie de metáforas, á la de *quemar*, después á la de *cocer*, *secar*, *endurecer*, *tener sed*, *padecer*, *estar irritado*, *excitar* física y moralmente, *estar alegre*, *agitar* y *agitarse*. Á esta idea de *brillar* se refiere la de *belleza*, *color*, *vista*, *semejanza*, *conocimiento*, *pensamiento*, *estudio*, *imaginación*.—(P. Regnaud *L'évolution de l'idée de «briller» en sanscrit, en grec et en latin; Ess. de ling. évol*, p. 139-184.)—

La conclusión de todo esto es que una sola forma y una sola idea han podido originar estas series por vía de evolución fonética y significativa. Se nota además, con Mr. Renan, que el desarrollo significativo del lenguaje se ha efectuado por sucesión de metáforas encadenándose más á otras y sirviendo la misma idea de punto de partida á varias metáforas ó *transiciones*.

Á estas raíces se juntan luego los afijos, los cuales no son, por la mayor parte, más que antiguas raíces que, en un período en el cual la lengua estaba sólo compuesta de palabras-raíces, se han soldado á otras dando nacimiento á formas complejas (*temas*) destinadas á recibir desinencias casuales y personales. No son más bien, en el origen, y aquí citaremos todavía los propios terminos de Mr. Regnaud (1) á fin de exponer claramente su teoría, «la parte final de raíces reduplicadas primitivamente en las cuales ha adquirido esta parte, poco á poco, valor gramatical. Una vez que el principio de analogía hubo pasado al estado de hábito intelectual, se le tornó instintivamente á la forma en que había nacido para reunirle á otras formas radicales á las que se les dió por esto mismo la atribución gramatical de que era signo.» Nada autoriza en las lenguas indo-europeas de primera formación la hipótesis de la aglutinación de los afijos; todos los esfuerzos hechos hasta la fecha para identificar un afijo cualquiera de estas lenguas con una raíz ó palabra empleada aisladamente, han sido inútiles.

Las palabras formadas de una raíz sola, ó de una raíz aumentada con afijos, y empleadas aisladamente, ¿constituyen los rudimientos del lenguaje primitivo, ó bien se

---

Véase también el prefacio de estos *Essais*, p. VIII, IX: «Las variantes fonéticas multiplicadas hasta lo infinito forman por decir así, la simiente del lenguaje, no tan sólo por la extensión gradual de la clave vocal, sino también por la combinación recíproca de los sonidos: desarrollándose con la abundancia con que lo hace la naturaleza en los vástagos primitivos..... Se han vuelto naturalmente y *à posteriori* eco de variantes ideológicas ó significativas correspondientes.»

(1) *Origine du langage*, p. 220.

constituyó la frase al principio definitivamente por medio de estas palabras reunidas?

Si se observa la naturaleza, se ve que el niño empieza á hablar empleando palabras aisladas, y, que sólo después de mucho tiempo comienza á componer frases, primero de dos palabras, luego de tres, cuatro ó cinco, etc. (1); esto debiera haber bastado á observadores como Humboldt, Sayce y varios otros para impedirles concluir que la frase es la base del lenguaje y que la palabra, conjunto de sílabas y letras, ó más bien de sonidos animales, no puede tener aisladamente otro valor que el de una simple interjección. En contradicción con este hecho, los mismos autores de esta teoría reconocen que la frase está compuesta de palabras: entonces, ¿cómo podrían llegar á ser «el vestido del lenguaje,» y expresar un juicio, estas palabras, simples conjuntos de sonidos animales?

Las palabras tuvieron primitivamente un valor determinativo ó designativo, que corresponde, en efecto, á nuestra frase actual; de modo que tuvieron al principio el sentido de una proposición entera, tal como sucede con las exclamaciones: ¡fuego! ¡cuidado! Rousseau (2) lo comprendió muy bien, y tanto fué así, que su modo de ver ha sido confirmado por los progresos de la ciencia. Si una exclamación brusca, acompañada de un gesto indicador, fué la primera manifestación del lenguaje, y puede ser considerada como ascendiente del pronombre demostrativo, las primeras formas del lenguaje se aplicaron sobre todo á objetos puramente exteriores, comprendidos bajo el dominio de los sentidos.

Hasta más adelante, por tanto, no designaron cosas abstractas. Con adjetivos transformados en sustantivos se empezó á indicar las cosas exteriores; *la tierra era la seca, el sol el brillante, el caballo el rápido*, etc. Asimismo la mayor parte de los nombres propios son antiguos adjetivos (3): *Camus, Leroux, Lebègne, Leborgne, Lebeau*, etc.

(1) Preyer, *L'ame de l'enfant*, p. 405 y 412.

(2) *Discours sur l'origine et les fondements de l'inégalité parmi les hommes*.

(3) El verdadero nombre propio originario es complejo y se compone

Excepto los nombres propios, los sustantivos no designan más que géneros y especies, y estos nombres comunes deben haber sido precedidos de otros que no indicaban tan claramente los géneros y confundían varios que han sido distinguidos después. Tiene razón Rousseau cuando dice que para dividir los seres en sus diferentes especies y géneros, hubiera sido preciso tener más luces y más experiencia que pudieron tener los hombres primitivos. «Si hoy mismo, añade, se descubren aún nuevas especies que se habían escapado hasta aquí á la observación, puede imaginarse cuántas se ocultarían á hombres que no juzgaban las cosas más que bajo el primer aspecto.»

Además, cuando se considera al sol como lo brillante y á la tierra como lo seco, el sustantivo se ha identificado con una cualidad dominante del objeto percibido, el cual no exige, en realidad, abstracción psicológica para llegar á ser el signo.

Verdaderamente, cierto número de adjetivos no son más que antiguos nombres de géneros más extensos. El género representado por la palabra *brillante*, habiendo desaparecido ante la multiplicidad de los objetos á los cuales puede aplicarse, *sol*, *estrellas*, etc., se ha convertido en el nombre de la cualidad común á cada uno de los nuevos géneros.

La causa de que la facultad de hablar haya principiado por designar el género más extenso, para pasar luego á otros géneros más extensos y á géneros propiamente dichos, no consiste en la impotencia del espíritu humano para distinguir los géneros anteriores á aquélla, sino en la excesiva pobreza del lenguaje en un principio. «Sólo después que la evolución fonética hubo multiplicado la *primera palabra*, se pudieron

---

de un nombre que indica el género y la especie, y de uno ó varios adjetivos que distinguen al individuo en la especie: así *Camus*, significa romo, chato; *Leroux*, quiere decir *l'homme roux* (el hombre rojo); *Lebègne*, *l'homme bègne* (el tartamudo); *Leborgne*, *l'homme borgne* (el tuerto); *Lebeau*, *l'homme beau* (el hermoso ó el bello), etc. Asimismo en castellano existen apellidos tales como Blanco, Moreno, Rubio, Franco, Guerrero, Malo, Manso, etc., en los que se sobrentiende el hombre.—(Nota del traductor.)

establecer en la *expresión* de las ideas las divisiones correspondientes.»

La idea de los géneros es independiente del lenguaje. Una prueba, entre otras, es que muchas gentes que no conocen los nombres de las plantas, no por eso distinguen menos las especies, del mismo modo que los niños dicen *papá* (1) para designar á un hombre cualquiera, ó como los hombres primitivos y aun los mismos niños han dicho *esto*, *aquello*, especificando por medio del gesto cuando querían designar un objeto cualquiera, para lo cual no tenían otra palabra. Es que el hombre ha debido elevarse gradualmente al discernimiento actual, y la evolución del lenguaje ha reproducido en todas sus fases las de la educación intelectual adquirida anteriormente. Las metáforas son una prueba de que la inteligencia es, bajo ciertos aspectos, madre y no hija del lenguaje. «Para que una palabra ó las variantes de una misma palabra hayan podido recibir diferentes significados que se unan entre sí por lógico encadenamiento, es preciso que las ideas á que correspondan estas significaciones sean anteriores á las formas que han revestido» (2).

Los primeros hombres han generalizado así como lo hacen los niños, esto es, por incapacidad de análisis. «Á medida que notaron diferencias genéricas entre los objetos que consideraban desde luego como idénticos, les dieron nombres diferentes, correspondiendo á las nuevas categorías que establecía gradualmente la experiencia entre las cosas que el espíritu no distinguía al principio unas de otras, de un modo durable» (3).

¿Cuáles son los nombres que han aparecido los primeros? ¿Se comenzó designando á los individuos ó á los géneros? Ó en otros términos, ¿han precedido los nombres propios á los nombres comunes?

Sin duda alguna, los primeros hombres empezaron por

---

(1) Si se quieren más ejemplos, consúltese *Origine du langage*, p. 239, nota.

(2) *Orig. du lang.*, p. 239, note.

(3) *Orig. du lang.*, p. 244, note.

designar cosas individuales, pero no se desprende de ello que les hayan dado nombres propios. Aunque llamamos á los individuos de cada género con un nombre particular á este género, v. gr., *el árbol*, *la nube*, no quiere decir esto que *árbol* y *nube* puedan ser considerados como nombres propios.

El vocabulario de las tribus salvajes de nuestros días es mucho más limitado que el nuestro, y esto nos hace comprender cuál fué el de nuestros antepasados más lejanos, en el que los mismos términos genéricos debían aplicarse á muchos más individuos. Este vocabulario rudimentario aumentó poco á poco á medida que la inteligencia humana pasaba de lo indefinido á lo definido; por consiguiente, los nombres propios son posteriores á los nombres comunes.

En el orden cronológico de la aparición de las partes del lenguaje, los pronombres demostrativos son las primeras apelaciones, luego vienen los adjetivos primitivos designando los géneros más extensos, y por fin, los sustantivos ó nombres de géneros.

Desde luego, estos primeros signos vocales se distinguen apenas del grito de que han salido; se aplican al conjunto de las cosas, luego á cada cosa en particular: «Las primeras palabras han designado todos los objetos, porque siendo dadas en dicha época la constitución mental del hombre y la pobreza de su vocabulario, no podían indicar otra cosa» (1). Además, estas primeras denominaciones estaban acompañadas probablemente de un gesto indicador (2).

Á medida que se multiplicaron las primeras formas del

(1) Regnaud, *Orig. du lang*, p. 251.

(2) Diríase que los antiguos gramáticos supusieron esta alianza: cuando decimos «vos,» hacemos con la boca cierto movimiento que concuerda con el valor demostrativo de la palabra; dirigimos los labios, el aliento y el espíritu hacia aquellos á quien nos referimos; por el contrario, cuando decimos «nosotros,» retiramos, por decirlo así, en nosotros mismos el aliento y los labios. El mismo fenómeno se produce al decir «tú, yo, á ti, á mí;» pues del mismo modo que diciendo *sí* ó *no*, hacemos con la cabeza ó con los ojos un signo conforme con nuestras palabras; así, para esas palabras hay naturalmente cierto gesto de la boca y del aliento.» (Nigidio citado por Aulo-Gellio en sus *Noctes Atticæ*, liv. X, c. IV.)

lenguaje por las variantes fónicas y que se fortaleció, ejerció y volvió capaz de distinguir nuevos géneros la inteligencia, se hicieron posibles, necesarias y naturales nuevas denominaciones. Una palabra que designaba desde luego las cosas brillantes en general, y particularmente las luminosas después con exclusión de las demás, se hizo calificativo de estas cosas luminosas en general, dando origen más tarde á las voces que designan el sol, la luna y las estrellas (1). Así sucedió con los demás adjetivos primitivos, con exclusión, por supuesto, de los adjetivos de más reciente formación, salidos á su vez de los sustantivos: *color* (lo que brilla), el color, colorado; *calor* (lo que quema), el calor, caluroso.

Después de haber designado primeramente un objeto luminoso, caliente ó blanco, estas palabras *luminoso*, *caliente* y *blanco* fueron tomadas no tan sólo como significativas de un objeto, sino también como indicando la cualidad distintiva considerada en sí misma separadamente del objeto, esto es, se dió nacimiento desde luego á las palabras *concretas* y después á las palabras *abstractas*: lo luminoso ó la luz, lo blanco ó la blancura, lo caliente ó el calor. Una palabra abstracta, ó casi abstracta, como la latina *patria* (la patria), es propiamente un adjetivo salido de *pater* (padre), relacionado con un sustantivo sobreentendido, *terra*, tierra; *patria*, es la tierra de los padres (2). «Este progreso gramatical de las palabras abstractas está en perfecta armonía con su valor lógico; estas voces expresan, en efecto, como antiguos adjetivos, la cualidad generalizada y considerada en sí de un ser ó de una serie de seres concretos» (3).

---

(1) Esta teoría se prueba en francés perfectamente, pues hay sustantivos que se ve han salido de adjetivos: un *sanglier* (jabalí), (un puerco *sanglier*, *singularis*, solitario), *un solitaire*, *un général*, *un bouchier*, *un coursier*, *un domestique*. (*Notions de gramm. hist.*, p. 73.)—El antiguo griego daba el valor de un sustantivo abstracto á la forma neutra de un adjetivo precedido del artículo, exactamente como en francés: *le chaud*, *le froid*, *le vert*, *le bleu*, etc. En castellano pertenecen al género neutro los adjetivos sustantivados de significación indefinida ó vaga.—(Nota del traductor.)

(2) Esto no impide al adjetivo *patrius*, de donde viene *patria*, conservar su valor individual y calificar á otras palabras.

(3) P. Regnaud, *Essais de ling. évol.*, p. 450.



Además, cada parte de cada género, es decir, cada uno de los objetos ó seres designados genéricamente por una cualidad saliente, común al género entero, tenía caracteres distintivos que podían hallarse en individuos de un género diferente; v. gr.: el caballo pardo, el árbol verde. Lo cual hizo definir á los individuos por el género propio y por la diferencia específica.

El artículo es un antiguo pronombre demostrativo (1), y el pronombre relativo no es más que una variante de los pronombres demostrativos. En cuanto á los pronombres personales no se distinguen del pronombre demostrativo, excepto el de la primera persona, cuyo origen es demasiado obscuro.

Nos queda por estudiar el origen de las desinencias casuales en los nombres y las relaciones que expresan. Sabemos que en latín, por ejemplo, reviste el nombre diferentes terminaciones, según el papel que desempeña en la oración, ya sea como sujeto, ya como complemento. Pero esta cuestión es muy difícil de dilucidar, pues sin duda alguna estas desinencias se remontan á la mayor antigüedad. ¿Son variantes finales que la alteración fonética ha desarrollado en limitado número de formas primitivas, de donde las ha sacado la analogía después que hubieron adquirido cierto valor significativo inferior? ¿Son verdaderas formaciones adjetivadas con relación al nominativo ó caso del sujeto? Después de haber adoptado la primera opinión, Mr. Regnaud se declara partidario de la segunda (2).

El uso de estas desinencias es naturalmente anterior á la invención de la frase; pues sin desinencias casuales, ¿con qué razón se habría introducido posteriormente el uso de casos? En las lenguas analíticas el orden de las palabras indica las relaciones que las desinencias marcan en las sintéticas, síntesis facilitada por dichas desinencias; sin ellas no podría

---

(1) *Notions élémentaires de gramm. hist.*, p. 68.

(2) Consúltese el artículo que acaba de publicar Mr. Regnaud en la *Revue philosophique de la France et de l'étranger* del mes de Junio de 1890, y cuyo título es *L'origine et la valeur des fonctions casuelles dans la déclinaison indo-européenne*.

nacer la frase, y la analogía ha conservado este sistema de desinencias desde los más remotos tiempos hasta el alemán moderno. No tan sólo existen vestigios en el romance, sino también en el francés actual (1).

La distinción de los géneros remonta á los pronombres y se ha obrado naturalmente. Tal variante demostrativa ha sido empleada para indicar los individuos machos, tal otra para los individuos del sexo femenino y tal otra para los objetos inanimados, siendo éste el origen del género neutro (2).

En cuanto á la extensión de tal ó cual género á palabras que designan objetos que parecen no tener ninguno, v. gr., *patria, mesa, mueble*, recuérdese que los substantivos fueron anteriormente adjetivos que calificaban á otros substantivos ó pronombres. El procedimiento sube sin duda hasta muy alta antigüedad, y así explicamos con facilidad las anomalías que presenta amenudo en los substantivos la relación del género y del sentido.

Todos los sufijos que han originado las formas de los casos en los substantivos, pronombres y adjetivos resultan de modificaciones fonéticas de una misma y única forma, mientras que las formas personales de los verbos consisten en la unión de un pronombre personal á un tema adjetivo, substantivo.

Así el sanscrito *asmi*, soy, está compuesto de la raíz *as*, que indica existencia, y de *mi*, forma atenuada de *ma*, pronombre de la primera persona, que es *me* en griego, latín y francés (3). Dicho *asmi* se ha vuelto en griego *esmi* y luego *eimi*; en el latín arcaico *esum* (por *esumi*) á causa de la contracción de *i*, de la atenuación de *a* y de haberse intercalado una vocal de apoyo y enlace, *u*; *esum* se ha transformado en *sum* en el latín clásico por eféresis de *e*, dando *sui* en romance y *suis* en el francés actual (4).

(1) *Not. élém. de gram. hist.*, p. 57 y siguientes.

(2) Esta última opinión cunde también entre los gramáticos más sabios de España, cuyo idioma da, sin embargo, otro papel ó definición al género neutro. Véase la *Gramática de la lengua castellana* por D. Francisco A. Commele-rán, cuarta edición, Madrid, 1888, p. 26.—(Nota del traductor.)

(3-4) Por lo que se refiere al castellano, consúltese la importantísima obra

Según Mr. Regnaud, puede considerarse al verbo, no como parte de la oración que tiene por objeto afirmar, puesto que los primeros demostrativos, sobre todo cuando acompañan á un sustantivo, representan el mismo papel, sino como reunión pura y sencilla, bajo un mismo acento, de un adjetivo y de una palabra que éste califica, ó si se quiere: «el verbo es la combinación de un calificativo, cuyo momento de calificación está determinado por el calificado; ó, en otros términos, la de un adjetivo que implica, independientemente de su sentido propio, una noción de tiempo, con un pronombre que representa la persona ó el objeto á los cuales se refiere lógicamente el adjetivo» (1). Si se refiere á la composición del sanscrito *asmi*, soy, vemos que *asmi* significa propiamente «ser yo,» siendo opuesto á la etimología el que los tratados de análisis lógico lo descompongan en «yo soy siendo.»

Este procedimiento de descomposición se ve en las demás lenguas; sobra con citar los compuestos franceses *prud'homme*, *gendarme*, en que cada palabra componente ha perdido su valor individual. Luego, por vía de analogía, una sola serie de formas primitivas ha originado las formas posteriores semejantes; pero este desarrollo completo ha sido muy lento y progresivo; se elaboraron, alteraron y fueron empleados sucesivamente y por analogía ciertos tipos y cada una de las formas primitivas así elaboradas sufrió transformaciones sucesivas, dando origen á esa multiplicidad de formas que debe llevarse, sin embargo, á combinaciones únicas para cada una de las tres personas.

---

filológica, ó sea *Gramática comparada de las lenguas castellana y latina*, de don Francisco A. Commelerán.—Madrid, 1889, 1.<sup>a</sup> parte, p. 74 y 97.—(Nota del traductor.)

(1) *Orig. du lang.*, p. 279.

—La *Gramática de la lengua castellana*, por la Real Academia Española, p. 72, dice lo siguiente: «Verbo es una parte de la oración que designa acción ó estado, casi siempre con expresión de tiempo y de persona.»

En la *Gramática comparada de las lenguas latina y castellana* por F. A. Commelerán, p. 86, se halla también definido el verbo de un modo que nos parece no alejarse de la teoría de Mr. Regnaud.—(Nota del traductor.)

Todo verbo primitivo debió ser neutro desde luego, puesto que procede del adjetivo cuyo sentido es subjetivo por su naturaleza, después medio (sentido reflexivo), pasivo y, por fin, activo á causa de la adjunción de complementos á este verbo.

Ejemplo: Forma activa, sentido neutro: *El fuego quema* (cualidad del fuego); forma activa, sentido medio ó pasivo: *La casa se quema* (es quemada); forma activa, sentido activo: *El fuego quema la casa*.

Las modificaciones fónicas han correspondido poco á poco á las diversas necesidades de la expresión; todas las formas de modos y tiempos se han desarrollado como una serie de variantes, ó si se quiere, de variaciones sobre un tema común producidas casi paralelamente, organizándose á medida que se fortalecía el desarrollo intelectual. En un principio debió desarrollarse el indicativo al mismo tiempo que el participio y el infinitivo. Fué el imperativo, por decirlo así, un vocativo del verbo; reemplazado amenudo por el subjuntivo, éste, á causa de su sentido dubitativo, ha servido para marcar estados condicionales. Nota el perfecto, como todavía se ve en griego, la continuidad de los efectos de una acción y era, á no dudarlo, idéntico en forma al presente. etc.; curiosos pormenores sobre los que no podemos más que formar conjeturas justificadas por la cronología del desarrollo de estas formas y el conocimiento de sus orígenes.

Lo mismo sucede con las palabras invariables. La mayor parte de los adverbios no son sino antiguos casos de sustantivos; y habiendo sido éstos, desde luego, adjetivos, puede decirse que los adverbios son voces abstractas que sirven de régimen. Los de lugar y tiempo, salidos de pronombres demostrativos, son los antepasados de las preposiciones, así como la conjunción, que no es en rigor más que una de las formas del pronombre relativo ó conjuntivo (1).

---

(1) Una frase francesa, tal como «J'aime qu'il chante,» supone una forma anterior no elíptica: «J'aime cela (á saber) qu'il chante,» y muestra con suma claridad la función primitiva y las condiciones de origen, en todos los casos análogos de la conjunción *que*.—(P. Regnaud, *Origine du langage*, p. 310.)

La interjección no era sino una especie de grito, anterior probablemente al lenguaje articulado, al cual ha subsistido paralelamente. «Es el signo de una emoción cuya naturaleza es tan sólo distinguida por la entonación que la acompaña.» Indica el estado del sujeto que la deja escapar sin designar objeto determinado. Es de toda evidencia que no hablamos más que de exclamaciones puras provocadas por la alegría, el dolor, etc.

Si partimos de la idea de que el lenguaje fué sobre todo demostrativo en un principio, puede representarse el desarrollo de la frase de la manera siguiente: *este...*; *este hombre...*; *este hombre alto y rubio en movimiento hacia mí...*; *este hombre alto y rubio avanza hacia mí...*; desarrollo que se lleva, como último análisis, á la determinación del género (hombre) y de la cosa designada por atributos (alto, rubio, en movimiento hacia mí) individuales.

En otros términos, el lenguaje en general y la frase en particular tienen por objeto *especificar*, y la frase alcanza esto multiplicando las *especificaciones* que *individualizan* la persona ó la cosa de que se trata.

Por consiguiente, las palabras han llegado á reunirse en frases por desarrollos del atributo, esto es, de una idea objetiva cuyo oficio es determinar el sujeto de un modo más completo y preciso, pasando de lo general á lo particular.

Se acumularon desde luego los atributos necesarios para especificar ó determinar un objeto ó sujeto. Indicáronse con precisión las consecuencias y medios de la acción implicada por el adjetivo y expresada por el verbo. El orden con que se disponían las palabras cuyas desinencias casuales indicaban el papel en el pensamiento, daba gran libertad de construcción, la cual desapareció tras la pérdida de los característicos gramaticales.

En resumen, «las primeras formas del lenguaje articulado salieron de un pequeño número de monosílabos que se diversificaron indefinidamente por efecto de la reduplicación y alteración fonética, auxiliado luego por la analogía. Esta evolución de formas fué acompañada de una evolución del sentido, la cual, partiendo del pronombre, formó sucesivamente el

adjetivo y el sustantivo, creando al mismo tiempo el verbo por medio de la reunión del adjetivo con el pronombre (1).

Podemos concluir de este largo estudio que el lenguaje no salió formado del cerebro del hombre, ni éste le poseyó en un principio con los múltiples resortes que lo componen. «No debe su origen ni á la revelación, ni á la invención ó convención, ni tampoco á la imitación» (2); pero es el ejercicio espontáneo de la facultad de hablar, facultad única en el hombre, así como las demás facultades intelectuales, ejercicio espontáneo como el de la vista, oído, etc.

Esta facultad, bajo el imperio de su propia fuerza, puesta en movimiento en circunstancias diversas, ha permitido al hombre formular instintivamente en un principio, y voluntariamente, con ayuda de la reflexión y de la observación más tarde, sonidos significativos, que combinándose, yuxtaponiéndose, penetrándose y diversificándose poco á poco, según la variedad renaciente, sin cesar, de sentimientos y sensaciones, llegaron á formar en su conjunto á manera de un todo organizado, el cual, en las manifestaciones de su existencia y en sucesivas evoluciones, ha seguido la marcha de la civilización y los progresos psicológicos de la humanidad.

«Moldeada al espíritu humano, lleva la lengua el sello de sus distintas fases, y por esto mismo traza la historia, así como da á conocer la fisonomía en cierto modo progresiva (3)..... La lengua ha constituido así un medio de comunicación entre los hombres y el instrumento más favorable al desarrollo de la inteligencia, de la que es espejo é imagen á la vez» (4). Si ha podido decirse que son las lenguas organismos vivos, lo cual prueban modificándose y acrecentándose cada día (5), se puede decir también que el idioma de una nación revela la vida de ésta con su variedad y contrastes. «Á él debe el espíritu humano el tener con-

---

(1) *Orig. du lang.*, p. 316.

(2) *Orig. du lang.*, p. 328.

(3) *Orig. du lang.*, p. 342.

(4) P. Regnaud, *Orig. du lang.*, p. 329.

(5) *Ídem íd.*, p. 142.

ciencia de sí mismo. Los progresos de la palabra y del pensamiento son mayormente solidarios unos de otros: á medida que la palabra, figura del pensamiento, representó los rasgos de un modo más distinto, se le conoció y reflexionó mejor» (1).

«Al ver (2) la expansión ó dilatación de algunos radicales primitivos, de donde han salido, unas después de otras, las formas tan variadas y numerosas de los idiomas consumados, se puede comparar la evolución á la de la bellota transformada en roble, cuyas ramas, saliendo del mismo tronco, se extienden por todos lados y se multiplican hasta lo infinito.»

Tal es, expuesta con la mayor brevedad posible, la doctrina que ha sometido Mr. Regnaud al mundo sabio, y á la cual ha sido otorgada alta recompensa académica. No obstante, nos permitiremos dudar del argumento paleontológico citado al hablar de un estado de nuestros medios fónicos de expresión intermediaria entre el grito y el lenguaje articulado. Dicha citación es un pasaje de Mr. de Montillet sobre la constitución física del hombre cuaternario, según el cual parece ser que el hombre primitivo no pudo articular más que con suma dificultad, y por lo tanto, le fué imposible hablar. La tesis de Mr. Regnaud se halla establecida con gran solidez, apoyándose en pruebas dispuestas sabiamente para no atrevernos á exponer una simple conjetura. Por más rudimentario que haya sido el lenguaje del hombre, no puede decirse que hubo un momento en que no existiese. Esto sería contradictorio con ese empleo natural de nuestras facultades, cuyo admirable cuadro nos expone Mr. Regnaud.

En cuanto á lo demás, tiene cuidado él mismo (3) de decirnos que si supusiéramos absolutamente mudo al hombre, aunque fuese provisto de los órganos de la voz, sería suponerle inferior á los animales.

Hecha la reserva precedente, no podemos menos de ad-

---

(1) P. Regnaud, *Orig. du lang.*, p. 329.

(2) Ídem íd., p. 331.

(3) Ídem íd., p. 105.

mirar el ingenioso talento con que nos guía en la historia de la formación del lenguaje, haciéndonos reconocer los estadios sucesivos de su evolución. ¡Vida intensa! ¡desarrollo maravilloso! pues de unos sonidos roncós y monosilábicos, lanzados por el temor, el dolor ó la alegría, en medio de las selvas de los primeros siglos de la época cuaternaria, en el fondo de las grutas disputadas por nuestros antepasados á las fieras (1), ha formado esas *voces aladas*, según la expresión del poeta, esos idiomas armoniosos que hicieron inmortales Homero, Sófocles, Virgilio, Cervantes, Calderón, Camoens, Dante, Víctor Hugo, Lamartine! Como se comprende que Platón, á la vista de ese fenómeno que puede llamarse la expansión del alma humana, y del que no podía, sin embargo, en su época más que sospechar la intensidad, no pudiese menos de admirar y decir: «¡Sentaré por principio que es un arte verdaderamente divino el que es factor de la palabra!

Ἰθήσω τὰ μὲν λεγόμενα ποιεῖσθαι θεία τέχνη!»

Por la traducción,

JOSÉ M. B. MARECA,

*Profesor del Liceo de Agen.*

---

(1) «Semejantes á los fantasmas de ensueños, vivían siglos hacía, confundiendo confusamente todo. No sabían servirse ni de ladrillos ni de madera para construir casas alumbradas por el sol; del mismo modo que ágiles hormigas, vivían bajo tierra en hondas cavernas en donde no entraba jamás el sol.»—(Esquilo, *Prometeo encadenado*, vers. 446-453.)





## RELACIÓN

QUE HIZO DE SU VIAJE POR ESPAÑA LA SEÑORA CONDESA D'AULNOY

EN 1679

CONTINUACIÓN (I)

Doña Teresa me habló muy bien de Portugal. Díjome que un brazo de mar, subiendo por el Tajo, hace posible que naveguen en sus aguas las mayores embarcaciones que cruzan el Océano; que la ciudad de Lisboa está sobre una ladera de colina empinada, por la cual extiéndese hasta la orilla del río, desde el cual se ven á un tiempo todas las casas de la ciudad asomando unas por encima de otras, presentando así una vista muy agradable. Las antiguas fortificaciones de que la rodearon los moros aún existen. Hay cuatro murallas, construídas en diversas épocas; la última tiene seis leguas de longitud. El castillo, situado sobre una montaña, encierra particulares bellezas: palacios, iglesias, torreones, jardines, calles y plazas de armas, estando siempre ocupado por numerosa guarnición á las órdenes de un gobernador. El palacio que habita el Rey vale más todavía, si no por su solidez, por la forma de sus construcciones. Todo es en él grandioso y magnífico; sus ventanas, abriéndose so-

---

(1) Véase la pág. 37 de este tomo.

bre el mar, aumentan y realzan con la vista que ofrecen las bellezas interiores. D.<sup>a</sup> Teresa me habló después de las plazas públicas, rodeadas de soportales y formadas por grandes edificios, alrededor del convento de los Dominicos, donde la Inquisición tiene su establecimiento, que tiene delante de la puerta principal una fuente donde muchas figuras de precioso mármol blanco arrojan agua por todas partes. Añadió que la feria de Roucio tiene lugar todos los martes en un lugar que podría tomarse por un anfiteatro, porque le rodean varias montañas en las cuales hanse construído muchos palacios. Hay otro sitio á la orilla del Tajo donde se establece el mercado y donde puede hallar el gusto lo que le parezca exquisito, ya en caza y en pescado, ya en frutas y hortalizas. La Aduana se sitúa un poco más arriba, guardando riquezas infinitas y protegiéndose con algunas fortificaciones exprofeso construídas. La iglesia metropolitana sólo es notable por su antigüedad, y está dedicada á San Vicente. Súponese que después de hacer sufrir martirio á este santo negáronle sepultura, y que los cuervos guardaron su cuerpo hasta que algunas gentes piadosas lo recogieron, llevándole á Valencia (España) para hacerlo venerar; recordando tal milagro en la iglesia de San Vicente hay un cepillo, donde los devotos depositan las limosnas destinadas á comprar comida para los cuervos que acuden á la torre.—Aunque la estancia en Lisboa es muy agradable—continuó diciendo D.<sup>a</sup> Teresa,—mi familia vivía en Alcántara, pueblo situado á un cuarto de legua de la ciudad, donde tiene otro palacio el Rey, menos hermoso por sus construcciones que por su situación; vense grutas, cascadas y surtidores en sus bellísimos jardines. Cerca de allí está Belem, donde se hacen los enterramientos de los Reyes de Portugal en la iglesia de los Jerónimos, cuyos muros están recubiertos de mármol blanco, siendo de la misma preciosa piedra las columnas y las estatuas. Los sepulcros, admirablemente labrados, están distribuídos en tres capillas. Belem y algunos otros lugares alrededor de Lisboa distínguense por los muchos naranjos que allí se cultivan perfumando el aire y cubriendo el suelo con sus flores. Vense correr multitud de arroyuelos, y en el

silencio de la noche nada es tan agradable como escuchar los conciertos que forman sus variados rumores. En Belem hay grandes almacenes de naranjas dulces y agrias, de limones, cidras y limas. Cárganlas en lanchones para venderlas después en toda Europa.

Hablóme D.<sup>a</sup> Teresa de los caballeros del hábito de Cristo, menos importante que las Órdenes españolas; y de los *Condes del Reino* que disfrutaban iguales privilegios que los Grandes de España; poseen *las comarcas*, tierras pertenecientes á la Corona, y divididas en condados, que producen una renta considerable. Díjome que cuando el Rey quiere salir de palacio para ir á cualquier parte, desde muy temprano, algunos toques de trompeta dados en los sitios que debe recorrer el Monarca sirven de aviso al pueblo. Cuando ha de salir la Reina tocan un pífano y un tambor, y cuando se trata de los Infantes, un oboé. Cuando sale reunida la familia tocan á un tiempo la trompeta, el pífano, el tambor y el oboé; así advertidos, los que no entran en palacio pueden presentar al Rey sus memoriales saliéndole al encuentro. Á ocho leguas de Coimbra existe una fuente llamada Cedima, en cuyas aguas húndese todo lo que sobre su haz se posa; muchas veces hácese la experiencia con troncos de árbol que por completo desaparecen, y con caballos, que después de acercarse á la fuente necesitan ser auxiliados por grandes fuerzas para salir del agua.

Pero lo que causa mayor sorpresa es el lago de la montaña de Strella, donde se ven con frecuencia pedazos de navíos deshechos, mástiles rotos, anclas y velas, cosa difícil de comprender, ocupando el referido lago una meseta elevada y hallándose á doce leguas del mar.

Escuchaba yo muy gustosa y atentamente á D.<sup>a</sup> Teresa, cuando su marido y los demás caballeros acercáronse á interrumpirnos. D. Agustín era hombre de ingenio, y á pesar de su edad, muy campechano.—Si mi curiosidad no es indiscreta—me dijo,—indicadme, señora, qué os ha dicho para entreteneros esta niña.—Tío—exclamó ella,—podéis figuraros que hablé de Portugal.—Ya lo suponía—repuso él,—porque siempre buscas en el mismo asunto campo inagotable

para tu conversación.—¡Dios mío!—añadió ella.—Cada uno tiene aquí su manía; yo recuerdo á Portugal, pero cuando empezáis á contar historias de Méjico, no hay quien os pare.—Ya sé que habéis viajado por las Indias—dije,—y D.<sup>a</sup> Teresa me ha enseñado una serpiente que allí matasteis.—Sí, señora—dijo D. Agustín,—y os referiría con gusto lo que vi, si no hubiese llegado ya la hora de comer. Pero, como pronto he de ir á Madrid, si puede seros agradable, llevaré para que os visite á D.<sup>a</sup> Teresa, y entonces, comenzando la relación de sucesos en las Indias acaecidos, creo daros á conocer algunas cosas que os interesen. Díjele cuanto agradecía tal promesa y que no se olvidara de cumplirla, porque yo no renunciaba de ningún modo al gusto de tener en Madrid á D.<sup>a</sup> Teresa y escuchar á D. Agustín sus relaciones de Indias. Cogióme de la mano y me acompañó al salón, donde vi colocados en una mesa los cubiertos para los hombres, y en el suelo, un mantel con otros tres destinados á D.<sup>a</sup> Teresa, á mí y á mi hija.

Sorprendióme tan extraña costumbre, y aunque me parecía difícil comer agachada, no quise advertírselo antes de probar; y probé, pero en mi vida estuve más incómoda que sentada en aquellos cojines; me dolían las piernas; ya me apoyaba en el codo, ya en el brazo extendido con la mano abierta sobre el tapiz; al fin, levantéme renunciando á comer y sin que D.<sup>a</sup> Teresa reparara mi desazón, porque sin duda creía que las francesas comemos también como las españolas, en el suelo.

Pero D. Fernando de Toledo, más advertido, se levantó de la mesa, y otro tanto hizo D. Federico de Cardona, llegándose ambos á rogarme que me sentase á la mesa. Yo no quería otra cosa, pero era necesario que D.<sup>a</sup> Teresa se sentara también; pero ella no se atrevía por causa de los hombres, y no levantaba los ojos más que á hurtadillas. D. Agustín le rogó que se acercara y comiéramos juntos todos aquel día, para probarme lo muy satisfechos que con haberme recibido estaban. Pero fué cosa de risa ver cómo aquella joven española estaba en la silla no menos incómoda que yo en el suelo; confesónos con incomparable ingenuidad que hasta

entonces nunca se había sentado en una silla, y que no había imaginado nunca que llegara ocasión de hacer tal cosa. La comida fué agradable y alegre, y parecióme que nada más podía pedirse á la delicada manera que de tratarme tuvieron en aquella casa. En recuerdo di á D.<sup>a</sup> Teresa cintas, horquillas y un abanico; y tan bien le parecieron que hizo, encantada, más extremos que si hubiera recibido un valioso regalo. Sus frases de agradecimiento no eran vulgares, y nada se descubría en ellas de interesado ni fingido. Verdaderamente, hasta en las más triviales circunstancias brilla el singular ingenio de las personas en este país.

Al salir de aquella casa vimos llegar dos carrozas tiradas por seis mulas cada una, que se acercaban al galope, y más rápidamente que si briosos caballos fueran. Sin verlas no hubiera creído que las mulas anduvieran tanto, y después de haberlas visto no me sorprendió poco ver de qué modo venían los tiros. Entre las dos carrozas y las doce mulas ocupaban por lo menos un cuarto de legua en el camino. Una de las carrozas tenía seis cristales grandes y estaba construída como las francesas, excepto la imperial que resultaba muy baja y por consecuencia incómoda. En el interior había una cornisa de madera dorada tan grande como la de un aposento, y todas las partes externas estaban doradas, lo cual sólo se permite á los Embajadores y á los extranjeros. Las cortinas son de damasco forrado, y el cochero monta sobre una mula delantera, dejando vacío el asiento que le corresponde; y habiendo yo preguntado á D. Federico de Cardona el por qué de tal extrañeza, respondiíme que se había generalizado esta costumbre desde un día en que oyó el cochero del Conde-Duque de Olivares una confidencia secreta que hacía su señor á un amigo, y habiéndola revelado el cochero dió lugar á un asunto ruidoso, pues hasta descubrirse la verdad el Conde-Duque culpaba de infiel á su amigo, y después de averiguada se convino en admitir como precaución que los cocheros montaran en la primera mula. Los tiros son de seda ó de cuerda, tan sumamente largos que las mulas distan entre sí más de tres varas. Yo no comprendo cómo en tales disposiciones pueden correr tanto; bien

es verdad que si bien en campo abierto galopan, en las calles andan muy despacio, y es la cosa más aburrida del mundo ir así en coche, contando el pausado andar de las bestias. Mi parienta iba en la primera carroza con tres damas españolas. Los escuderos y los pajes iban en la otra, que no reunía las mismas condiciones, teniendo portezuelas como las nuestras antiguas, de las que se abren cayendo hacia abajo, de modo que cuando las damas quieren apearse deseando no enseñar el pie, se bajan las portezuelas hasta el suelo, permitiendo que se oculten los zapatos. Dábanle luz unos vidrios como dos veces la palma de la mano; la imperial de la carroza estaba cubierta con una funda de barragán gris con grandes cortinas de la misma tela que pendían al exterior, y prendidas abajo con grandes botones. Todo contribuye á formar un desastroso conjunto, y se va encerrado en tal vehículo como en un baúl.

Mi parienta vestía medio á la francesa medio á la española, y hablaba de un modo análogo, mezclando palabras de ambas lenguas con otras inglesas ó italianas; pero no sufre que se lo adviertan, pues abriga la convicción de que aún domina como en otros tiempos el idioma de nuestra patria, del que pudo ser maestra, y funda tan erróneo juicio en que no deja de hablar francés con sus doncellas y con los Embajadores y extranjeros, que todos lo hablan. Pero, á pesar suyo, exprésase muy mal, sin advertir que no se puede conocer bien una lengua que todos los días cambia y progresa lejos del país á que pertenece y donde continuamente se modifica.

Las damas que con ella iban parecíéronme de veras hermosas y amables. Mi parienta y yo, alegres al vernos, besámonos, y todos emprendimos el camino hacia Madrid. Antes de llegar, atravesamos una arenosa llanura de cerca de cuatro leguas, llena de baches y hoyos, donde se hundían con excesiva frecuencia las carrozas; todo el campo es árido y desnudo; apenas algún árbol se levanta sobre la seca tierra. La villa de Madrid está en Castilla la Nueva y ocupa el centro de España. Hace más de un siglo que los Reyes la eligieron para corte á causa de la pureza de su aire y la

bondad de sus aguas, que son realmente incomparables, tan exquisitas para muchos que no saben gustar otras, llegando al extremo el Cardenal-Infante, cuando estaba en los Países Bajos, de hacérsela llevar en grandes tinajas de barro bien tapadas. Los españoles atribuyen la fundación de Madrid á un Príncipe llamado *Ogno Bianco*, hijo de *Tiberino* Rey de los Latinos, y de *Menta*, que fué una Reina célebre por su saber en Astrología. Dícese que Madrid está en el corazón de Europa, porque un pueblecito muy cercano llamado Pinto llamábase antiguamente *Punctum* por ser el centro de Europa.

Desde luego noté que la villa no está rodeada de murallas ni de fosos y que las puertas no cierran el recinto, estando además algunas destruídas. No hay castillos que indiquen una ostensible defensa, ni nada que no pueda destruirse á naranjazos. Pero serían inútiles las fortificaciones, porque las montañas que rodean la villa la resguardan, pudiendo los pasos que aquéllas abren cerrarse con una roca y defenderse con cien hombres contra el más numeroso ejército. Las calles son largas, rectas y de bastante anchura, pero no las hay de peor piso en el mundo; por mucho cuidado que se tenga, el vaivén de los coches arroja el fango de los baches á los transeuntes. Los caballos llevan siempre las patas mojadas y el cuero enlodado; en las carrozas no puede transitarse tampoco si no se llevan todos los cristales cerrados ó las cortinas bajas; á pesar de las prevenciones advertidas, el agua entra muchas veces en las carrozas por las rendijas inferiores de las portezuelas, que pocas veces ajustan perfectamente.

Las puertas son bastante grandes y las casas muy bonitas, espaciosas y cómodas, pero construídas con ladrillo y tierra, siendo por lo menos tan caras como en París. Cuando se construye una casa nueva, el primer piso corresponde al Rey, quien puede alquilarlo y hasta venderlo á otro si el propietario no tiene el cuidado de adquirirlo pronto: esto produce al Monarca una renta considerable.

Hay en cada casa, generalmente, diez ó doce habitaciones para cada piso; en algunas hay hasta veinte y más. Distri-

búyense atendiendo á su situación en habitaciones de invierno y verano; con frecuencia también se reservan especiales para otoño y primavera; de manera que como á esta costumbre se une la de tener muchos criados, es preciso que se alquilen expresamente para ellos las casas vecinas.

Dos causas principalmente contribuyen á formar una muchedumbre de criados en cada casa. La primera consiste en que los españoles no les pagan más que dos reales diarios para vivir y mantenerse; y digo los españoles, porque los extranjeros les dan cuatro reales; tales estrecheces hacen á los pajes más ladrones que las urracas; pero no exceden mucho los pajes á los demás servidores, pues todos muestran la misma inclinación. El abuso es tan grande que, llevando los platos á la mesa, por el camino comen cuanto pueden, y como han de masticar las tajadas muy calientes, todos tienen la dentadura estropeada.

Aconsejé á mi parienta que se mandara construir un puchero de plata cerrado con cadena y llave como el que vimos al Arzobispo de Burgos, y me dijo que ya lo tiene, de modo que, cuando el cocinero lo ha llenado, llevan la llave al dueño, viéndose aquél obligado á observar por una estrecha rendija si la sopa cuece bien ó está ya hecha. Con este procedimiento, los pajes han de contentarse con el humo, pero antes de generalizarse, con frecuencia ocurría que al ir los dueños á comer el guisado sólo encontraban la salsilla, porque los criados habían hecho presa en las tajadas, comiéndolas vorazmente; porque necesario es advertir que los españoles, tan sobrios cuando pagan lo que consumen, lo son muy poco en cuanto viven á costa de cualquiera. He visto á personas de calidad comer como lobos en un convite dado por mi parienta, excusando su hambre con el buen sabor de los manjares condimentados á la francesa.

Casi en todas las esquinas hay vendedores que despachan comida, y la cuecen en la misma calle dentro de grandes pucheros apoyados en trébedes. Allí acuden las gentes para proporcionarse algunas habas, ajos, cebollas y un poco de cocido en cuyo caldo remojan el pan. Los escuderos y las doncellas de las mejores familias comen también así, pues



en las casas de los señores sólo se guisa para los dueños. Aquí se bebe muy poco vino; las mujeres no lo prueban y los hombres lo ahorran; el mayor ultraje que se puede hacer á un español es llamarle borracho. Ya explicada una de las razones por las cuales abundan tanto los criados, veamos la otra.

Cuando un gran señor muere, aunque tenga cien criados, el hijo no despide á ninguno, agregándolos á los que ya tenía para su servicio. Si muere la madre, sus doncellas pasan á la casa de su hija ó nuera; y esto se repite hasta la cuarta generación. Hospédanse tales gentes en casas cercanas á la que su dueño habita y se les paga el sueldo asignado, sin utilizarlas nunca, pero ellas acuden con frecuencia para justificar que viven aún, haraganeando, pues otra cosa no hacen.

En casa de la Duquesa de Osuna (muy noble y alta señora) sorprendióme ver un ejambre de doncellas y dueñas que obstruían los corredores y las antesalas. Preguntéle cuántas mujeres como aquellas pagaba, y me contestó que 300, pero algún tiempo antes 500. Si los títulos conservan tanto servicio, excusado es pensar que será mayor todavía el número de servidores del Rey. Sólo en Madrid paga 10.000 criados, para que le entorpezcan sus asuntos en lugar de facilitárselos.

Hay en palacio almacenes donde muchos van á buscar provisiones, que se ofrecen á cada uno según la calidad de sus títulos ó su empleo. Distribúyense allí hortalizas, aves de corral, caza, pescado, chocolate, frutas, hielo, carbón, aceite, pan, bujías, en una palabra, todo lo que se consume y necesita en el gasto diario. Los Embajadores tienen derecho á tales regalos y los Grandes de España también, y encargan á ciertas personas de la venta de lo que allí recogen, sin pagar impuesto alguno; lo cual les produce un ingreso considerable, porque los derechos de entrada son excesivos.

Nada más á los Embajadores y á los extranjeros se les permite que vayan acompañados por varios pajes, pues la Pragmática prohíbe á los españoles que lleven más de dos lacayos y un escudero. De modo que un gran señor sos-

tiene 500 criados para no poder servirse más que de tres. El escudero no lleva espada como los lacayos, y son los tres tan viejos, con frecuencia, que pasan de los cincuenta años y muy pocos habrá que tengan menos de treinta. Son mal fachados y macilentos y se cortan el pelo por la parte superior de la cabeza, dejándolo crecer atrás y á los lados, peinándose raras veces. Los lacayos llevan larga espada suspendida en un tahalí y oculta bajo la capa. Visten de azul ó verde y con frecuencia sus capas de paño verde están forradas de terciopelo azul; llevan mangas de terciopelo, de raso ó de damasco; con todo lo cual parece que debería resultar un traje agradable, pero no recuerdo vestimenta peor conformada que la de tales hombres, cuyo aspecto innoble deshonra la librea que los cubre. Usan valona sin cuello y no llevan en su ropa ni ribetes de cinta, ni lucidos botones, ni guarnición alguna.

Los pajes siempre van en la carroza de acompañamiento y visten de negro todo el año; en invierno de terciopelo, llevando capas largas, que cuando están de luto arrastran por el suelo. No llevan espada, pero la mayor parte sujetan un puñal á su cintura. En verano visten de tafetán ó de damasco y se cubren con una capa de tejido muy sutil.

Solamente los grandes señores y los titulados pueden servirse dentro de la ciudad de cuatro mulas y tiros largos para sus coches. Si alguien de humilde nacimiento quisiera infringir tal privilegio, por muy rico que fuese, tendría que sufrir en la calle la vergüenza de ver cortar los tiros, y veríase obligado además á satisfacer una multa no pequeña.

Aquí no basta ser rico si no se es noble. Sólo el Rey puede lucir seis mulas en su carroza y en las carrozas de su acompañamiento. No se parecen á las otras y se distinguen por estar forradas de hule verde y tener su cubierta abarquillada como las tartanas, pero no de mimbre como la de éstas. Su trabajo de talla es muy tosco y las portezuelas ábrense hacia abajo, todo lo cual sirve para darles un aspecto poco agradable. No comprendo cómo un Rey tan poderoso quiere servirse de tales carrozas, y aquí me dicen que, usándose de

aquella forma en España en tiempo del gran Carlos V, cuantos reyes han subido al trono despues de aquel famoso Emperador quisieron conservar algunas de sus costumbres. Ciertamente, será necesario que medien razones muy atendibles para que se sirvan tan altos personajes de tan malas carrozas, teniéndolas hermosísimas algunos grandes señores que traen las suyas de Francia de Italia y de otras partes. Todas las carrozas se guardan en grandes patios donde hay cocheras cerradas, y esto sucede porque la mayor parte de los edificios no tienen cuadra ni puerta para entrar los coches. De algún tiempo á esta parte van reemplazando las mulas por caballos, y los hay admirables; nada les falta; difícil había de serle á un pintor idearlos más hermosos. Es casi un crimen uncirlos á las carrozas, que pesan como casas, y hacerlos andar por un pavimento infame, donde se desgastan sus cascos en menos de dos años. Son caros y no tienen bastante fuerza para lucir tirando de una carroza, pero los he visto enganchados en pequeñas calesas muy bonitas, pintadas, doradas y con capota de fuelle como las de Holanda, y parecióronme ciervos, tanto corrían y tan erguida llevaban la cabeza. Saliendo de las puertas de la villa, cualquiera puede usar un tiro de seis caballos para su carroza. Los arneses no dejan nada que pedir, y como las crines de los caballos son muy largas, llévanlas trenzadas y recogidas con lazos de colores. Los arneses de las mulas son de cuero liso, muy anchos, hasta el punto de cubrirlas casi por completo.

Antes de ayer fuí á pasear con mi parienta, saliendo por la puerta de San Bernardino, pues allí se pasean las gentes en invierno. Vimos á D. Antonio de Toledo, hijo del Duque de Alba, que iba con el Duque de Uceda y el Conde de Altamira. Llevaba un tiro tan hermoso, que, admirada, le prodigué alabanzas cuando su carroza se acercó á la nuestra. Siguiendo la costumbre, el Duque me dijo que sus caballos estaban á mi disposición y él á mis pies; y cuando al anochecer volvimos á casa, los criados me anunciaron que un escudero preguntaba por mí; recibíle y me dijo atentamente que los seis caballos de su señor el Duque de Alba estaban

en mi patio, destinados á mi regalo. Mi parienta echóse á reir, diciendo que, como yo acababa de llegar á Madrid, no sabía que á un caballero galante como D. Antonio jamás se le puede alabar nada en su presencia; por lo cual, en vista de mi acreditada ignorancia en estos particulares y del valor excesivo del presente, le rogaba que se volviera con los caballos, dando mil veces las gracias á su señor. Pero el escudero negábase; uno de nuestros lacayos los llevó y el escudero devolviólos. Hubiéramos pasado la noche rogando y agradeciendo, y los caballos de aquí para allá, si no se determinara mi parienta á escribir á D. Antonio, explicándole lo sucedido y aun enfadándose para demostrarle que de ningún modo aceptaríamos el regalo.

Me han dicho que cuando el Rey ha montado un caballo nadie lo hace servir, llevando á tan extremado punto el respeto á las cosas reales. Sucedió que habiendo comprado el Duque de Medina de las Torres un caballo de 25.000 escudos, parecióle tan hermoso y tan noble que lo hizo retratar. El Rey Felipe IV vió el cuadro y quiso ver el original; el Duque suplicóle que lo aceptara y el Rey se negó, porque—dijo—pudiéndose pocas veces servir de tan hermosa bestia, y no montándolo nadie después de usarlo él, perdería el caballo todo su vigor.

Dedícanse jóvenes muy bellas y de familias hidalgas al servicio de aristocráticas señoras, y de ordinario se ocupan bordando en oro, plata y sedas de colores los cuellos y las mangas de camisa. Pero, si se las abandona á sus naturales inclinaciones, trabajan poco y hablan mucho. Tiénense también en las elevadas familias enanas y enanos que son muy desagradables. Ellos, sobre todo, me parecen feos hasta el punto de causarme repugnancia. Su cabeza es mayor que todo el cuerpo; ellas arrastran hasta el suelo su pelo destrenzado; llevan trajes magníficos y son las confidentes de sus amas, por cuya razón obtienen cuanto desean.

En todas las casas, á horas fijas, todo el servicio femenino acompaña á su señora á la capilla, donde rezan todas el rosario en alta voz. En general no usan libro de oraciones. El Conde de Charny, que es francés, amable, discreto y ge-

neral de la caballería en Cataluña, nombrado por el Rey de España, me contaba que, estando un día en la iglesia oyendo misa, tenía en la mano su libro de oraciones. Una vieja se acercó á él, arrebatóle su libro y, arrojándolo al suelo con indignación, le dijo: «Dejad estas cosas y coged vuestro rosario.» Es de ver el uso constante que aquí se hace del rosario. Todas las damas llevan uno suspendido de la cintura, tan largo que poco falta para que lo arrastren por el suelo. Van por las calles rezándolo, y cuando juegan al tresillo, cuando hablan y hasta cuando enamoran, murmuran ó mienten, rezan, recorriendo con sus dedos las cuentas del rosario. Figuraos cuánta será en tales circunstancias su devoción; pero aquí es la costumbre más poderosa que todo razonamiento.

(Se continuará.)





# HERNÁN PÉREZ DEL PULGAR

---

## LIGEROS APUNTES

SOBRE LA VIDA Y HECHOS HAZANOSOS DE ESTE CAUDILLO (1)

### IV

CERCO DE LOJA.—TOMA DEL CASTILLO DEL SALAR.—ES NOMBRADO PULGAR SU ALCAIDE.—LE DEFIENDE Y OBTIENE POR ELLO MERCEDES.—DESCRIPCIÓN DEL SALAR.

Después de haber verificado varias talas el Rey Católico en la vega de Granada, decidió, contra el parecer del Marqués de Cádiz, poner cerco á la ciudad de Loja, enamorado de su hermosa situación topográfica, de los encantos de su deliciosa vega, y del numeroso caudal de aguas de que disfrutaba, capaz de abastecer todo su ejército.

Y en verdad que una población edificada junto al antiguo *Singilis* (2), con una fecunda y espaciosa vega, donde nacen cuatro ríos y serpenteando por el valle van besando las murallas de dicha ciudad, donde se disfruta de una tempera-

---

(1) Véase la pág. 643 del tomo anterior.

(2) Hoy Genil. Este río primeramente fué llamado *Silingo*, más tarde *Singilis*, en tiempo de los andaluces cristianos, río de *San Gil*, y durante la dominación de los árabes en España, río *Saanil*.

tura admirable, y cuya distancia del mar y de Granada no es grande, era población que brindaba á que los conquistadores hicieran esfuerzos sobrehumanos para poseerla, teniendo en cuenta los beneficios que les podía reportar su posesión para el porvenir.

Mucho se ha discutido entre los sabios acerca del nombre de la ciudad de Loja. Quién la cree la ciudad á quien Ptolomeo llamó la *Lacivis* ó *Lasciviis*; quién asegura que en lo antiguo hallóse colocada en campo de Habro, á dos leguas de su implantación actual, y que se le llamó *Lorca*, después *Locsa*, y más tarde *Loxa*, y hoy *Loja* como se le apellida (1).

Aunque no de gran vecindario, fué población siempre muy muy visitada, siendo notable el castillo que sobre la roca se cimentaba, las cincuenta torres que la rodeaban, y la muralla con tres puertas que la circunvalaba, lo que hacía ser muy difícil el ataque en las dos épocas en que fué arrancada del poder de los moros (2).

Sus armas eran la emblemática llave que hoy sólo subsiste sobre la puerta de la Justicia de la Alhambra de Granada, cuya llave se hallaba colocada en campo azul sobre un castillo de dos cadenas que abrazan las cabezas de dos altas sierras, colocándose también allí un hermoso puente que da paso al río, con este significativo blasón: *Flor entre espinas*.

Con todas estas halagadoras perspectivas, encantados los Reyes de la hermosa vegetación de aquella vega, en las cascadas precipitadoras con que llevan al agua por el sitio denominado *El Infierno*; con la multitud de sus fuentes, que era entre todas notable la llamada Alfagüara (3); con el enérgico carácter de sus hombres, y la fascinadora belleza de sus mujeres, y la extraordinaria vegetación de todos sus campos, que hacían ofrecer un mar de ilusiones á los que poseyeran dicha ciudad, no vacilaron en el mes de Junio

---

(1) Se llamó también *Ciudad de las Losas*, por las inmensas canteras de piedra, principalmente de almendrilla rosácea, sobre que está edificada.

(2) El Rey D. Fernando III el Santo ganó á los moros por primera vez la ciudad de Loja, abandonándola por no poderla mantener en 1220.

(3) El *Hervidero*, que se cree producto de un volcán.

de 1482 en ponerle cerco, y siendo el sitio de más peligro la cuesta que los moros llamaban Santo Albohacén (1), ésta fué confiada al Maestre de Calatrava D. Rodrigo Telles de Girón, al Marqués de Cádiz, al de Villena y á otros capitanes. Defendía aquel sitio escabroso el valiente alcaide Abrahamet Aliatar, que valiéndose de estratagemas y aparentando dejar vencer á los cristianos, hizo más tarde en ellos pérdidas dolorosísimas, entre las que se contó el Maestre de Calatrava, lo que visto por el Rey, levantó el cerco, siendo seguidos por los moros hasta Río-Frío y saliendo herido también en esta escaramuza el Conde de Tendilla.

En este cerco, primero de la ciudad de Loja, no pudo estar Hernán Pérez del Pulgar, pues no llegó á Alhama, como ya hemos dicho, hasta el 26 de Agosto del mismo año, ó sea dos meses después del referido cerco.

Estuvo, sí, en el segundo, realizado en 13 de Mayo de 1486. Y no podía dejar de asistir Pulgar á tamaña empresa, porque el Rey Católico, viendo los desgraciados accidentes del primer cerco, convocó á todos sus más ilustres capitanes (entre ellos Pulgar), y de común acuerdo se decidió sitiar á Loja, no sin que antes se hubiese ganado la villa de Taja-da (2), que tanto molestaba á Alhama como socorría á Loja, gobernada por otro alcaide llamado también Aliatar, pues que su antecesor del mismo nombre fué muerto sobre Lucena en 1483, cuando el cautiverio del Rey Chico.

Comenzado el cerco en el día referido y presente el Monarca granadino, quiso D. Fernando extremar desde luego la rendición de la ciudad. y con 5.000 caballos y 12.000 infantes; siendo tal el denuedo de los cristianos y la desesperación de los moros que las acometidas se sucedían unas á otras, y Boabdil salió herido en dos partes, durando ocho horas aquel tan temible asalto, distinguiéndose en él Herman Pérez del Pulgar, según el fidedigno testimonio de Hernando del Pulgar, cronista de los Reyes Católicos.

Dignos fueron de mención en tan tremendo trance la ha-

---

(1) Donde estuvo la ermita de San Cristóbal.

(2) Pueblo destruído en las estribaciones de Sierra Tejada.



zaña de D. Francisco Enríquez (tío del Rey), pegando fuego á la torre Bermeja que tanto defendía la ciudad, y el caso de un moro de los defensores de la misma, descrito por nuestro Pulgar en una de sus obras, cuando dice que este moro durante el asalto estaba tranquilamente tejiendo en los arrabales, é instado por su mujer y amigos para que huiese ó defendiese con ellos aquellos sitios, le contestó *que quería más entonces morir con fierro, que después en fierros*. Elocuente contestación que demostraba la certeza de que los cristianos habían de poseer muy en breve la ciudad de Loja.

Así las cosas y dispuesto todo para que inmediatamente la artillería desmoronase las murallas de la ciudad y facilitase la entrada de los sitiadores, no quisieron éstos dejarle á los moros medio alguno de defensa, y como quiera que continuamente les inquietaban los moradores del castillo del *Salar*, que por su estratégica posición molestaban y mucho á los cristianos, no vaciló el Rey D. Fernando en ordenar que se ganase éste á todo trance, y comprendiendo que una orden dada á Hernán Pérez del Pulgar era tener seguro el vencimiento, mandó que fuese á ganarlo en 26 de Mayo de 1486, seguro de que poseída esta fortaleza era más fácil la comunicación con Alhama y más fáciles también todas las conquistas que se proyectaban.

Entretanto seguía el asedio de la ciudad de Loja. La artillería estaba batiendo sus muros y haciendo en ellos, después de dos días de cerco imponente, grandes portillos por donde pudiesen penetrar los sitiadores, y el incendio de las casas de la ciudad, efecto de las máquinas de guerra á ella arrojadas, ocasionaron que cundiese el desaliento entre los sitiados, y que el Rey moro, viéndose herido y muertos tres de sus principales capitanes, y el estado en que se encontraba toda la ciudad, resolviese entregarla, siempre bajo seguras condiciones que garantizasen su persona y reino, y se dieren al olvido sus pasadas deslealtades.

Eran base de estas transacciones el perdón por el quebrantamiento de su palabra, cuando fué hecho prisionero Boabdil por el alcaide de los Donceles y el Conde de Cabra,

cambio del título de Rey de Granada por el de Duque de Guadix, concesión de vidas y haciendas, tratos con los moros, entrega de cautivos, etc. Todas estas condiciones fueron aceptadas, y como prenda de ellas quedó en rehenes el alcaide de Loja y los hijos de Aliatar con otros capitanes; ciento cincuenta cautivos cristianos obtuvieron libertad, y el lunes de Pascua del Espíritu Santo, 29 de Mayo de 1486, se posesionaron los cristianos de la ciudad de Loja, quedó D. Álvaro de Luna, Señor de Fuente y Dueña, como teniente de la ciudad, y más tarde la misma Reina la visitó en persona, fundando en ella parroquias y otras iglesias que obtuvieron después la sanción Pontificia.

¿Cómo llevaba á cabo entretanto Hernán Pérez del Pulgar la conquista del Salar?

Seguro de vencer, y recordando sólo que se le había mandado *ganar el Salar*, con licencia del Rey eligió hasta 60 soldados escogidos, y hablándoles de la manera persuasiva como él sabía hacerlo, les llevó todo el camino con tales exhortaciones (1), hasta que al amanecer del 30 de Mayo de 1486

---

(1) El manuscrito de donde tomamos estos apuntes pone en boca de Pulgar, cuando iba con los suyos camino del Salar, el siguiente razonamiento á sus soldados: «Bien sabéis, amigos, que fuisteis electos por esforzados para esta invasión: que con vuestra voluntad venís á ella, por haber en esta vida gloria; y para la otra, dejarla en la memoria de vuestra virtud; haciendo larga por la fama, lo que en ésta es tan breve. Demos, pues, buena cuenta de nuestras almas á Dios, y de lo que nos encargamos á nuestro Rey, como en el valeroso combate que dimos á los arrabales de Loja. Retribuyámosle con el de este castillo las debidas gracias de haber sido, más que otros, electos para su rendimiento. Cuando admitimos la conquista presente os fué (ó debía ser) la dificultad y peligro: sin peligro ni dificultad no se vence con gloria. Tanto mayor es la de poseerlas, cuanto lo fué para conseguirlas. No sea menor nuestro ánimo para acometer, que fué nuestra palabra para admitir, ni la resolución, que la deliberación, y gozaremos el claro nombre que deseamos.

No es cobardía reconocer el riesgo, pero obedecer con él siempre es gloria. La fortaleza no se muestra en lo flaco y fácil, sino en lo fuerte y difícil. Si alargáramos las ocasiones en que la fortuna nos propone el mérito, nunca la alcanzaremos. El modo, discursasteis como soldados y valerosos; pero nos le ha de ofrecer el tiempo, el lugar, la ocasión, entonces le elegiremos, ó cercando ó asaltando, ó como nos lo dictare el cielo, con cuyo amparo nada se yerra, y yo llevo en él la esperanza de conseguir la victoria rindiendo la fortaleza.»

encontráronse al pie del castillo del Salar,<sup>5</sup> y reparando que en un ángulo había una puerta escondida por la parte del Nordeste, sellada con rastrillo, hacia ese lado decidieron encaminarse para penetrar en la fortaleza.

Sentidos de los moros, fueron recibidos por ellos con saetas que disparaban desde las troneras, y con piedras que arrojaban desde las almenas, lo que dió origen á que, enardecidos Pulgar y los suyos, dispusieran en forma el cerco, de tal modo estrecho y de tal modo violento, que los sitiados comprendieron desde luego que su perdición era irremediable, y viendo que ni venía ni podía venir socorro de Loja, y que el agua escaseaba para los hombres y para los caballos, realizóse entonces por el alcaide de aquella fortaleza, Mahomad Almandaní, un acto de valor heroico, cual fué salir del castillo con 50 caballos y algunos ballesteros, y en medio del campo, en el llano de los Bermejales, presentar batalla á los cristianos que les sitiaban. El éxito no fué dudoso; la terrible lanza de Pulgar, cual eterno remolino, víase sobre la cabeza de los moros, y los cristianos todos, imitando á su caudillo, hicieron tal destrozo en aquéllos, que huyendo y cual fieras acorraladas fueron á refugiarse en la fortaleza con su alcaide; pero todo fué en vano, pues que Pulgar, exhortando á los suyos, les decía: «Eh, amigos, sigamos á éstos, que tan abiertas nos serán las puertas si entramos matando, como ellos huyendo.» Y revueltos con los moros entraron en el castillo, no sin que una piedra de las que llovían desde la plaza de armas hiriese á Pulgar en la cabeza; pero herido y todo cogió al alcaide, le prendió, nació el desconcierto en los suyos y entregóse el castillo á 30 de Mayo de 1486, un día después de ganada Loja, teniendo Pulgar la gran satisfacción de haberle ganado sin pérdida de un solo soldado, y ocasionando la muerte de diez moros y muchos heridos, y la prisión del alcaide y la libertad de tres caudillos cristianos; ocupándose después en dar gracias á Dios por tan señalada victoria, avisando al Rey por tan feliz jornada y remitiendo á Loja al alcaide preso con las llaves de la fortaleza, con algunos de sus moros principales, quedando con él 40 de los suyos en el castillo, donde permaneció cu-

rándose de sus heridas y conservando aquella fortaleza, que era una atalaya de importancia para realizar las sucesivas conquistas.

No estaba tranquilo, ni podía estar descuidado Pulgar ni un solo momento en el castillo de Salar. Los moros de Illora, Montefrío y otros sitios cercanos procuraban continuamente molestar á los cristianos y las correrías á su alrededor se sucedían continuamente, procurando por la falta de víveres y de agua hacer que abandonasen aquella fortaleza de tan importante situación estratégica. Varios días estuvieron sosteniendo escaramuzas para poder prevenirse de agua y de lo más preciso, habiendo momentos en que hasta los más valerosos de los soldados desfallecían temiendo al hambre y á las continuas privaciones que pasaban, y teniendo Pulgar que exhortarles de la manera decidida que él sabía hacerlo (1), para alentarles y mantener vivo en ellos el espíritu de la defensa, como lo logró, favoreciéndoles la suerte de que de un gran socorro de víveres que iba para Alhama alcanzase una gran parte el Salar, con lo que, y la proyectada conquista de Illora, Montefrío y de Colomera, quedóse por algún tiempo tranquila la guarnición de Salar, de cuyo

---

(1) El manuscrito referido contiene á la letra esta enérgica alocución de Pulgar á sus soldados: «Amigos valerosos: ¿qué fruto conseguiremos de los trabajos pasados si no remitimos los presentes? Mengua será habiéndolos sufrido desamparar lo conquistado; si con ellos habemos sido ofensa del moro, seamos también ahora defensa de este muro de tanta consecuencia para esta conquista y comercio de Loja á Alhama. La prudencia se muestra; más bien que en ganar, en conservar lo adquirido. Remitir al que perdió es aumentar las glorias. La fortaleza en las cosas arduas se acrisola. El que la posee desprecia los peligros y no teme la muerte. Su menosprecio suele guardar la vida. El valor se acrecienta ó mengua á medida de la necesidad, como el eutendimiento en el aprieto. El que padecemos sino es menor, ganado como está Loja también cerca y cierto el socorro. El de nuestras vidas nos asegura lo inexpugnable del castillo, el cuidado de él á nuestro Rey le toca, y el de ellas á Dios, que no en vano ha permitido que sea de los suyos esta fortaleza. Ninguno desmaye, pues á todos importa. Yo os ruego que no sea menos vuestro ánimo en sostenerle que lo fué en conquistarlo, y que no hagamos á los enemigos de mayor fuerza enflaqueciendo la nuestra, porque donde hay continua batalla, el que sale victorioso cobra la fuerza que perdió el vencido. Estos tenemos con las nuestras, no se las demos á quien con tanto riesgo la ganamos.»

castillo hizo alcaide el Rey á Pulgar (1), que indudablemente, por atender á su cuidado y defensa, no tomaría parte en las conquistas de las fortalezas cercanas.

Este nombramiento de teniente ó alcaide del Salar tuvo acotamiento en los libros reales con su correspondiente asignación de 60.000 maravedís desde el año 1491 en que aparece consignado.

Ya en el año 1526, en la ciudad de Granada y ante la fe de Francisco de los Cobos, Secretario del Emperador Carlos V, se concedió á Pulgar por la Majestad Cesaréa la facultad de vincular todos sus bienes, facultad que fué concedida especialmente por cinco hazañas grandes realizadas por Pulgar, entre ellas la toma del Salar (2).

Todas las cédulas y cartas reales referentes á Pulgar, y en particular á aquesta hazaña, no pueden ser ni más claras ni más explícitas que éstas lo fueron. Expresándose en ellas también de una manera especial el carácter de nobleza y condición de fidalgo que ostentaba Pulgar cuando fué nombrado alcaide, pues que de otra manera, á pesar de sus merecimientos, dadas las leyes del país, no hubiera podido serlo (3).

(1) El Rey.—Por quanto vos Fernando del Pulgar, continuo de mi casa, tuvisteis el castillo de Salar desde el año 489 que se ganó de los moros, hasta el de 96, etc., y acatando los servicios que en el sostener de dicho castillo me hicisteis y considerando el peligro que en lo sostener vuestra persona muchas veces posisteis, etc., túvelo por bien.—Por la presente vos fago merced dél para que sea vuestro, etc., 15 Marzo 1500.—Fernando Zafra.

(2) Véase apropósito de esto las notas y apéndices de la obra de Martínez de la Rosa sobre H. Pérez del Pulgar, donde se citan y copian á la letra las cédulas de los Reyes Católicos y del Emperador Carlos V concediendo asignación á la tenencia del Salar, caballerías de labor en dicho pueblo y permitiéndole la vinculación de sus bienes.

(3) Las leyes 6.<sup>a</sup> y 7.<sup>a</sup>, título XVIII de la Partida 2.<sup>a</sup> dicen así: «Una dice: *debe ser de buen linaje de padre é de madre. Idá la razon casi lo fuese siempre, abrá vergüenza de facer del castillo, cosa que le esté mal ni porque sea desonestado, ni los que del descendieron.* Otra: *Debe dejar otro por alcaide en su lugar que sea Fijodalgo de Padre é de Madre é que no haya hecho traicion ni aleve, ni que venga de linaje que lo haya fecho. Sus giosas asientan lo mismo. Y es tan onorifico el puesto que es prueba de nobleza descender de Alcaide de Castillo ó Fortaleza.»*

Y en verdad que los Reyes tenían necesidad de valerse de personas de su infinita confianza para estos cargos, toda vez que el alcaide era el guarda de un castillo, y estando éstos casi siempre en la frontera de lo conquistado, se daban estas tenencias á los nobles de sangre ó de privilegio, según las circunstancias.

La hazaña del Salar no ha sido por nadie desmentida, hasta el punto que escritores no guerreros y que se ocupaban de asuntos diversos han venido haciendo el elogio de esta proeza, señalando en el caudillo de la Reconquista cualidades de virtud, valor y dignidad superiores á la mayor parte de los guerreros de su época (1).

En el castillo de Salar, á una legua de Loja, permaneció algún tiempo Hérnan Pérez del Pulgar, como fiel guardador de aquellas fortalezas, y allí á su amparo fuese estableciendo el pueblo á que más tarde dió nombre, llegando en el siglo XVII á contar 153 vecinos y á tener una iglesia bajo la advocación de la Señora Santa Ana, de la especial devoción de Pulgar, cuyos descendientes fueron y siguen siendo sus protectores y patronos.

*(Se continuará.)*

FRANCISCO VILLA-REAL.

---

(1) El licenciado Jerónimo Ramírez, maestro de gramática en la Guardia, en su poema «Al martirio de un niño,» dedicado á D. Juan Cristóbal de Guardiola, elogia con este motivo á su consorte D.<sup>a</sup> Violante del Pulgar y Sandoval, refiriendo la hazaña del Salar, entre las cuatro que asigna á su abuelo Hérnan Pérez del Pulgar.

El Reverendo Padre Maestro Fray Pedro Quesada, en la dedicatoria de su obra «Información sumaria,» menciona también esta hazaña del Salar con gran copia de datos y minucioso detalle.



## PALABRAS Y PLUMAS

### LA MUJER Y EL PATIBULO

I. Á media correspondencia.—II. Pensamientos y sentimientos.

#### I

SEÑORA DOÑA EMILIA PARDO BAZÁN



I buena y complaciente amiga: Prodújome tan profunda y tan amarga sensación la lectura de sus *Impresiones y sentimientos del día 17*, que, sin desearlo, se vuelven con frecuencia mis ojos hacia las palabras que usted con valentía escribió, y mi memoria constantemente recuerda las frases nerviosas y aceradas de aquel poema violento que á usted inspira el suplicio de una infeliz.

¡Matar una mujer! ¡Hazaña horrenda! Usted lo considera un acto monstruoso é inhumano que le despierta ideas y reflexiones como las que copio:

«La mujer es un ser débil—afirman los partidarios de nuestra inhabilitación social y política.—La debilidad de las mujeres no las escuda contra el palo. El corbatín de hierro aprieta su garganta con la misma bárbara fuerza que estruja el gáznate del hombre. Y ante la tremenda perspectiva, no se

nota que flaquee más la reo que el reo, ni que la fiebre ó la postración delatada por las pulsaciones sean mayores en aquélla que en éste. Si hay tal debilidad en la mujer, ¿puede en conciencia subir al patíbulo? Si es un ser que vive en perpetua minoría, ¿cómo no le aplica la sociedad el criterio protector á que los menores tienen derecho?

.....  
 Guardia civil, caballería, piquete de infantería, municipales..... tanta fuerza, tanto armamento, tanto bélico alarde..... todo para acabar con una mujer, personificación de la debilidad y de la gracia en la poética tradicional, algo rancia, pero vigente aún.»

Usted opina que no se mate á las mujeres (ni á los hombres) y piensa que aquéllas sufren injustamente una inhabilitación social y política. Si la mujer es un ser débil, obligado como tal á vivir en perpetua minoría, ¿por qué se le aplican las leyes y los castigos inventados para el hombre?

Perdone usted, amiga y señora, nunca bastante alabada, si me permito glosar conceptos con tal vigor apuntados.

La mujer es débil..... como el hombre fuerte. No faltan mujeres fuertes y sobran hombres débiles; la excepción no destruye la regla; veamos cómo la excepción se demuestra con un razonamiento fácil y expresivo.

Cuando una mujer es animosa, inspirada, valiente, instruída, ¿sabe usted lo primero que hace? Rodearse de un círculo de hombres y excluir á las mujeres de su intimidad; cuando alguna, por inevitable caso, por atrevimiento inaudito acércase á la diosa varonil, ¿de qué habla ésta? ¿Sostiene con la intrusa las mismas conversaciones que con los amigos? ¿Le comunica sus planes? ¿Le consulta sus decisiones? No; un momento baja de su altar y colócase al nivel de la ignorante incauta; por una condescendencia incomparable sujeta sus palabras al trivial uso femenino, y cuando queda sola vuelve á su atmósfera masculina y á su criterio elevado. ¿Hay demostración más elocuente?

Son duras, muy duras para los que determinan un caso excepcional nuestras leyes sociales; pero ¿pueden conspirar contra los más favoreciendo á las excepciones? La naturaleza nos



mide á todos con el mismo rasero: la sociedad sólo sabe atender al bien de la mayoría. ¿Es justa? ¿es injusta? Pascal dejó escrito, siguiendo á Montaigne: «La idea de lo justo cambia con los tiempos y con los climas; quinientos años ó quinientas leguas bastan para mudarla. Varían las leyes fundamentales y cada derecho tiene su época. Un meridiano, un río, una montaña limitan ésta ó la otra justicia. El robo, el incesto, el infanticidio y el parricidio eran en otros tiempos virtuosas acciones.» Siendo así, tan sólo podrán aplicar el dictado de *injusto* al falso intérprete de la ley, ó á la clemencia que, no llegando á todos, nos hace desiguales.

Ciertamente, la mujer está inhabilitada en varios conceptos; pero hace muy poco para salir de su inhabilitación. Dudo que haya siquiera una mujer famosa que no desprecie por débiles á las mujeres. Así, lo primero que hacen las elegidas es, no sólo aislarse, sino sobreponerse al sexo á que corresponden. Y no lo truecan, porque nadie ha inventado todavía la manera de hacerlo, borrando para siempre huellas profundas, que si no..... ¡Cuántas que ahora pasan al enemigo con *armas y bagajes*, pasarían abandonando bagajes y armas! Si esto no basta, consúltese la fisiología y nos dirá si las naturales funciones de la mujer la permiten desempeñar muchos empleos á que de continuo se consagra el hombre.

Pero no es preciso recurrir á estas razones, demostrando que los músculos de la *bella mitad* no son tan poderosos como los del *sexo fuerte*; que sus partes, mejor conformadas, están para otras luchas imprescindibles que para resistir duros esfuerzos; que su naturaleza la condena en determinados períodos á sufrimientos que no la permiten ocuparse más que de sí, cuando no reclaman, además, cuidadoso auxilio; porque no es ahora oportuno tratar estas cuestiones extensamente, ni es necesario hacer mención de la sorpresa que causarían y los desastres á que pudieran hacer camino sucesos inevitables como los expresados en estas noticias..... que recortamos de un periódico del porvenir y se refieren á la política bisexual futura:

«El Ministro de Marina contrajo ayer matrimonio con la señora presidenta del Congreso.» «El ejército divisionario re-

clama con urgencia nuevos envíos de nodrizas.» «El Director general de Contribuciones ha dado á luz un proyecto de reforma, y el de Agricultura un robusto infante. Á uno y otro cordialmente felicitamos,» etc., etc. Porque no se me juzgue desleal viéndome usar una terrible arma que debiera prohibirse, «el ridículo,» limitaréme á ofrecer un solo argumento, y elijo el más insignificante, para que nadie me atribuya obstinado deseo—que fuera en este caso descortesía—de inclinar hacia mí la razón, que cae por su peso antes de que la empuje.

Indudable parece que la minoría docta sepárase de la mayoría trivial, esencialmente femenina; pero ¿denotan las más empeño decidido por emular á las avanzadas? Muy al contrario: las vilipendian sin razón y hasta las ridiculizan sin causa, cuando las ven alejarse del sentimiento absoluto, abstraídas en filosóficas investigaciones. Por sufragio femenino jamás lograrían las mujeres el estado social que algunos para ella reclaman.

Pregunte usted á la más refinada hermosura lo que prefiere: si producir admiración en un baile, ó ganar las elecciones de Navalcarnero; veremos lo que responde sin vacilar.

Y, ciertamente: ¿para qué necesita la mujer lucir su oratoria, ni su genio, ni su ciencia, cuando todos estamos convencidos de que no hay nada tan elocuente, agradable, sublime y expresivo como las bellezas y las gracias femeniles? ¿Cómo suponen algunos que la diosa, la verdadera diosa femenil, sin más conocimientos que los aprendidos en un día mientras alcanzaba la fruta del árbol prohibido, renuncie á sus atributos, á sus encantos, para convertirse luego en hombre vulgar, secundario y achacoso?

Es preciso confesarlo y no insistir: la mujer se formó como le convino formarse y no renuncia sus privilegios; hay en su constitución social mucho adquirido á fuerza de trabajo y estudio que la idealiza, la sublima, la enaltece, algo que la inspira y la declara vencedora; y, en esas circunstancias, que parecen una inhabilitación social y política, se compone de modo que maneja con su entendimiento ligero y sutil, con su mano delicada, todos los resortes políticos y sociales.

Cuando pretenda invadir los derechos del hombre—bien lo sabe y se guarda cautamente—su oficio limitarse al de la hembra. El amor huiría de la tierra y tras él todos los goces que nos embriagan y se deben á la misteriosa coquetería; el mundo parecería un cementerio, porque la voluptuosidad es muy seria y muy breve su reinado.

Después de lo dicho, sólo me queda ya que añadir una cosa. El hombre no es tirano con la mujer; la justicia la perdona en absoluto sus crímenes, ¡y no son escasos los que á cada punto consuma! La mujer seduce y enloquece, arrastra y fascina; luego, como Pilatos, lávase las manos en el arroyo de la indiferencia. Nunca es culpable, porque su naturaleza la escuda. Con una sola mirada puede promover una tormenta, pero esa mirada se borra con una sonrisa, la sonrisa con un beso y el beso con una lágrima, que, convertida en efluvio tenue sube al cielo como una bendición.

Las mujeres para sus crímenes disponen de una química menos arriesgada que la de los sabios, y de sobra eficaz. «Nuestra ciencia—dice una mujer, personaje de un drama— sólo se refiere á las pasiones; las estudia, las combina, las hace reaccionar unas con otras, busca las causas, observa los efectos, y la intuición abrevia el camino, adivinando los resultados. Como nuestras operaciones atacan solamente á los espíritus, el Código nos respeta. Y sin embargo, muchas veces al choque de dos sensaciones por nuestras mañas producidas, estalla con el espíritu el vaso que le contiene; muchas veces esos roces sutiles de ideas y pasiones bastan para desgastar una vida, ó la violenta agitación de los deseos es suficiente para destruirla en un instante. Los venenos del químico dejan siempre un rastro, que pueden seguir el médico y la justicia: nuestras ponzoñas atacan sólo al alma; y si al ver una víctima no falta quien nos acrimine, ni el médico se atreve á delatarnos ni la justicia se decide á prendernos.»

Pero cuando la mujer, olvidando su condición, arma su mano con el veneno compuesto en la farmacia ó con el puñal del malvado, entonces, convertida en monstruo, sufre la pena de su vulgar delito. ¿Cómo podrá eximirse por débil ni

delicada la que proyecta robos y muertes y no le falta valor y energía para realizarlos? Entonces no es mujer, ni hembra siquiera, porque no hay sentimiento apasionado que atenúe su culpa; es un elemento corruptible que á la sociedad perjudica y ofende con descaro. En este concepto sube al patíbulo la miserable cuyo estrecho corazón, cuya ofuscada inteligencia hiciéronla criminal, mientras la mujer llora dolorida y repite una plegaria que Dios escucha, y que tal vez redima en otro mundo á la mártir de la impureza; repite una plegaria santa, con aquellos labios que besan á un angel tierno y brindan amor á un hombre apasionado.

.....

## II

Corre de boca en boca la noticia de un crimen sangriento, y el pueblo acude presuroso á impulsos de la piedad; horrorizado, mira el cadáver de un inocente y tiembla y gime dolorido, ruge y maldice, se apasiona y reclama de la justicia la muerte del criminal. ¡Ah! Si éste anda cerca, guárdese bien ó escóndase donde nadie le descubra; el pueblo juzga y castiga en un minuto, haciendo innecesario todo proceso; la sangre de la víctima le fascina; ve amenazados y comprometidos derechos y libertades que la sociedad le concede, y piensa que la osadía merece un suplicio y que la desventura reclama venganza.

Otro día, el pueblo se amontona, estrujándose alrededor del patíbulo. El fúnebre aparato dispuesto para exterminar una vida impregna el aire y la luz con su melancólica tristeza..... No es el tronco viejo que se desploma, es el árbol florido que se destruye; no es un malvado quien sube las gradas aterradoras, es un hombre que al fin de su breve ascensión perderá la vida.

Los humanos instintos arraiganse con más fuerza en el corazón que las sociales convicciones. El pueblo gime y se

muestra piadoso con el reo. Ante la víctima sacrificada exclamaba: «¡Matadle, sí! ¡Es nuestro enemigo!» En el cadalso grita: «¡Perdón para él! ¡Es nuestro hermano!»

Pueblo generoso que ayer proclamabas la razón de tu familia y hoy la pospones á la razón de la humanidad, esa inmensa familia cuyo cariño recuerdas. Tú dices á cada hora lo que debes decir, porque dices lo que sientes, y sientes de un modo que te honra y enaltece; pero ¡cuán malamente caminan los que procuran fijar tus improvisados juicios!

El novelista puede reproducir esos movimientos arrebatados y esas exaltaciones terribles que hacen al pueblo verdugo alguna vez y muchas le obligan á renegar de la justicia que le defiende y ampara; no así el filósofo, que no haciendo servir de seguro apoyo ninguna de tales opiniones, con frecuencia contradictorias, estudia solamente las causas que las producen y los resultados á que arrastran, haciendo deducciones equilibradas con sus invariables principios. Los que para el novelista son grandiosos cuadros, para el filósofo no pasan de ligeras notas, colores dispersos que, al fundirse más tarde á través de un prisma, pueden ofrecerse como luz purísima y deslumbradora.

---

«No confundáis el odio con la venganza—dice un personaje de Balzac,—porque son dos sentimientos muy diferentes. El uno es propio de almas pequeñas y bastardas; el otro es consecuencia de una ley á que obedecen los espíritus más elevados. Dios también se venga y, sin embargo, nunca odia.»

---

No es el cumplimiento de la justicia, sino el horrible y pavoroso espectáculo que se le ofrece, lo que al pueblo desagrade. Vedlo: no maldice al magistrado que condena, sino al verdugo que ejecuta. No reniega de la dura ley social que protege la honra y el decoro de todos, amputando el miembro corrompido, sino del hombre cruel que, á sangre fría, hiere al hombre indefenso.

---

•

Ayer, cuando el criminal se hizo acusador, todos compadecían al acusado. Aquél reía sin piedad, y éste lloraba con amargura.

Hoy, ¡cuán distinta es la suerte! Aquél sube las gradas del cadalso, y el pueblo maldice al supuesto cómplice porque ríe y canta.

Y todos muestran así la naturaleza de sus instintos. Los criminales odiando sin olvidar nunca sus traiciones; el pueblo compadeciendo siempre al más miserable.

---

El Código tiene por objeto defender el bienestar del mayor número de individuos. La moral determina la comprensión del mayor número de conciencias.

---

Dichoso el pueblo que se viera obligado á suprimir la pena de muerte porque no hallara entre sus habitantes uno solo que aceptase la plaza de verdugo.

---

Una eternidad horrible de insoportables angustias, en un día, muy largo para el sufrimiento, muy corto para la esperanza. Y amanece al fin, ¡qué temprano amanece! Ya es la hora; ya el público se apiña; ya llega el cortejo..... Claridad inaudita deslumbra los ojos irritados por el llanto, la incertidumbre y la impaciencia..... Y el juez se apiada, pero no perdona.

¡Dios mío, Dios mío! Tú le salvarás. Tú solo sabes por qué siembras junto á las rosas las ortigas; Tú sólo sabes por qué la oruga roe la hoja fresca y la dejas vivir y callas!

---

Diderot escribe: «Al ver morir á un amigo querido, á una mujer idolatrada, ¿sabríais trazar el poema de su muerte? No. ¡Desgraciado quien pueda en tales horas disponer de su imaginación!»

Cuando el tiempo dulcifica los dolores y restaña las heridas adormeciendo la exaltada sensibilidad, sólo entonces pueden

•

referirse la desgracia y las emociones violentas; sólo entonces aparecerán inspirados el cariño y la ternura, y la razón dará energía y luz al sentimiento.

Mientras abundantes lágrimas inundan los ojos, y el pecho palpita oprimido por el espanto, ¿no es más oportuno rezar ante Dios que dedicarse á escribir para los hombres?

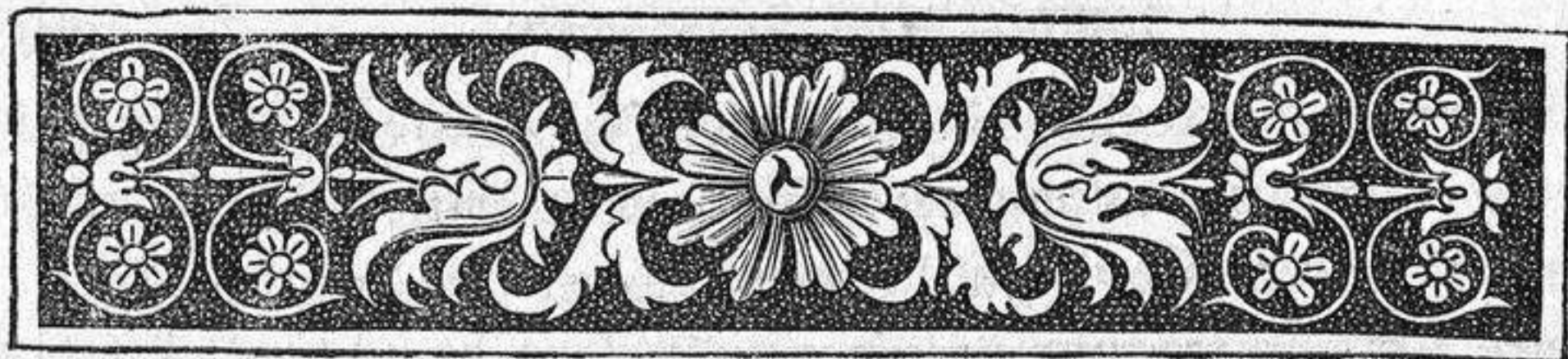
El alma del que muere, abandonando con tristeza el mundo, sin duda se reanima cuando en su camino encuentra el eco de una oración.

Dejad palabras inconvenientes que vuestro cerebro absorto con trabajo combina; dejad para más tarde los denuestos que lanzareis á la tierra, y levantad vuestro espíritu hasta el cielo.

PALMERÍN DE OLIVA.

*27 de Julio del 90.*





## COUSAS D'AS MULLERES

---

**Poema e outras poesías, por XESÚS RODRÍGUEZ LÓPEZ.**—  
Lugo, 1890. En 8.º, 208 páginas. 2 pesetas.

Dice el autor en el discreto prólogo que su obra «es de simple aficionado, sin pretensiones de ninguna clase. Recoger algunas impresiones de mi vida—añade,—pintar algunos sentimientos de mi alma y referir algunas costumbres de las aldeas de Galicia, fué mi único propósito.....» Tengo para mí que Jesús Rodríguez López, con su libro *Cousas d'as mulleres*, ha logrado bastante más de lo que se proponía. El poema, sencillo, elocuente y sentidísimo, que forma la mayor parte del precioso volumen, es la pintura fiel y animada de la vida de los honrados y laboriosos gallegos. La simple narración de los amores de *Xan* y *Rosa* da motivo al autor para trazar cuadros de hermosura y realidad incomparables. Esmaltan el libro pensamientos oportunos, toques diestramente dados, comparaciones atinadísimas; en más de una ocasión recuérdase la *manera* de Campoamor y de Núñez de Arce, ya por la dulcedumbre y languidez del verso, ya por la varonil energía de las descripciones.

No tuve la fortuna de nacer en la hermosa región gallega, por lo que segurámente se me habrán escapado muchas de las filigranas y *fioriture* del poema, escrito en un idioma que



con tanta gallardía máneja el autor. Obligado por este motivo á no hacer un examen verdaderamente crítico de la obra, que es á mi entender joya literaria de extraordinario valor, copiaré algunos fragmentos de aquélla—no tantos como quisiera—para que juzguen los lectores.

Hé aquí cómo describe el autor el momento de ponerse á rezar el rosario:

«En dempoixas qu'acabaron  
d'acomodar a facenda,  
mentras que Rosa partía  
nabos sobr'unha caldeira,  
qu'habían de cocer logo  
pra dar ôs porcos d'a ceba,  
fóronse poñendo todos  
de xinollos n-a lareira  
pra comenzar o Rosario,  
porqu'alí sempre se reza  
de car'á unha cruz de pau  
encravada n-a lacena,  
que c'o fume e c'o charrizo  
está com'un carbón negra.  
Aquela noit'o Rosario  
rezouse d'esta maneira:  
O tiu Guergorio dirixe,  
a Rosa n-os nabos sega,  
mais responde ô mesmo tempo;  
a tía Sabel toquea,  
repar'o gand'o criado,  
pero de rezar non deixa;  
Ramón atizall'ô lume,  
e de paso, co-a mau dreita,  
dalle voltas ô asadoiro  
pra qu'as castañas esteñan;  
e Pepe, por facer algo,  
tamen xoga co-a cadela,  
porque non pode estar quedo  
nin un instante siquiera.»

Rosa es la doncella más garrida de toda la comarca, á la que pretenden enamorar Roque Casanova, hijo de padres bien acomodados, y *Xan*, tan pobre de fortuna como rico de fe y entusiasmo. Cuando éste nota que el rival suyo, acompañado de su padre, penetra en casa de Rosa, quizás para pedir la mano de la codiciada joven, pega el oído á la puerta de la calle, ansioso de escuchar lo que allí se habla; no consigue oír nada, y lleno de zozobra, márchase triste y acongojado; tropieza con su buen amigo Farruco, y éste, en su deseo de consolarle, hácele, entre otras, las fundadas reflexiones siguientes:

«A ninguén se ll'escapa  
 que a muller sempre é algo vanidosa  
 con tal que sea guapa,  
 por muy boa que sea e virtuosa;  
 por eso non m'estraña  
 qu'ela á veces che poña muy boa cara.  
 Porque é muy vella a maña,  
 aind'hoxe n-as rapazas nada rara,  
 d'enredar co-a mirada ôs que as pretenden,  
 porque sinten pracer en ser queridas.  
 Eu non sey cómo fan. Aló se entenden;  
 mais mirando de frente ou á escondidas,  
 fanlle encher a cabeza á un de vento  
 si é incauto e se fía d'o momento.  
 Penso, *Xan*, pois, que vives enganado,  
 co-ese mesmo cariño qu'en tí arde,  
 porque téñoche xa experimentado  
 qu'a muller cando quer non é cobarde.»

Los cantos que siguen, intitulados *Amor de madre*, *¡Qué noche!*, *Rosa y Juan*, principalmente este último, son dignos de especial aplauso. Las pérfidas intenciones de Tomasa, que se finge amiga devotísima de Rosa; la entrevista de ésta con *Xan* en la fuente, en la cual entrevista el amante trata de convencer á su amada de lo mucho que siempre la ha querido, y la descripción de la fiesta y romería de la al-

dea, encantan y deleitan al lector. Se resuelve Rosa, recordando que el médico le dijo en una enfermedad que anteriormente tuviera que podría serle fatal el matrimonio, á hacerse hermana de la Caridad. Y al saberlo libran rudo combate en el corazón de *Xan* el amor que tiene á su madre y el que siente por Rosa. Triunfa éste y se decide á hacerse soldado y marchar á Cuba para combatir en la terrible manigua.

Dirígese á casa del cura á fin de que le proporcione copia de su fe de bautismo; encuentra allí al médico, quien por causa parecida fué á buscar consuelo á sus penas en tierra extraña, y al recordar al mancebo la historia de sus viejos infortunios amorosos, dice:

«O pirmeiro paseinas..... ¡pro moy gordas!  
Cand'o barco pr'a Amérecas iba andando  
n'o corazón tamen sentía as cordas  
pouquiñ'a pouco irse desgarrando,  
porqu'a muller qu'amaba  
pol-o outro cabo aquí m'as amarraba.»

*Xan* da un último adiós á su país y se embarca.

Concluye la narración con un *Epílogo*, que por sí solo bastaría para acreditar á Jesús Rodríguez López de poeta de grandes alientos.

Pelea *Xan* tan bizarramente que llega á capitán de nuestro ejército, apagados los rojos colores de sus mejillas, tostadas por el sol de los trópicos y ahumadas por la pólvora. Cae gravemente herido en fiero combate, y por una de esas casualidades, más frecuentes de lo que muchos creen, le asiste en el lecho del dolor, que para él será lecho de muerte, la dueña de su albedrío, Rosa, hermana de la Caridad. Hácele delirar la fiebre, y en su delirio repite el solemne juramento de su amada, cuando le prometió que, «ó se casaría con él, ó entraría en un convento.» Despejado el juicio del bravo militar, reánimase al escuchar la voz de la mujer adorada, entreabre los ojos,

«e con cara entre leda y-angusteosa  
con fixeza quedou pr'ela mirando.»

N'unhos cantos istantes  
 miráronse con ánsa fito á fito  
 aqueles dous amantes,  
 y-anqu'o mirars'así era un delito  
 qu'un voto condenaba,  
 o amor causaba-o e Dios o perdonaba;  
 pois fai tempo qu'en sei  
 qu'o puro e santo amor de Dios é ley.

»Xan enton foi sacando pouco á pouco  
 unha callosa mau fora d'o leito,  
 y-apertouna con forza contr'o peito,  
 contêndo o corazón qu'estaba louco.  
 Quixo pôrse sentado,  
 mais falláronll'as forzas, e n'a cama  
 caeuse despromado.  
 Enton á Rosa chama,  
 e con voz que parece agunizando,  
 dixo:

—Fai o favor de perdonarme.....

Rosa, estouch'acabando.....

O vert'hoxe acabou d'arrematarme.

—Xan, valor; non te morras;  
 quero que Dios a tua vida garde.

—Tardoum'o teu amor; por mais que corras  
 pra darm'a vida co-él, xa chegas tarde.

—¡Sempre te quixen, Xan!.....

—Send'eso certo,

¿por qué tantos dolores me causache  
 podendo ver n'a terra o ceo aberto?

¿Por qué nunca tan craro me falache?.....»

Magnífica es la exclamación de Rosa *¡Siempre te quise, Juan!*; pero no son menos grandilocuentes las reconvenciones del desdichado amante, á las puertas ya de la sepultura.

Con esto el autor ha planteado la eterna cuestión: ¿Por qué la mujer ha de ocultar cuidadosamente su cariño tantas veces? ¿Por qué ha de reprimir los impulsos de su corazón, fingiendo una indiferencia que no siente? «Amad; ése es e

único bien que hay en la vida,» dijo Mad. Staël; y Jesucristo, cuando se arrojó á sus pies la pobre Magdalena, exclamó: «Yo te perdono, porque amaste mucho.» ¿Qué otra cosa sino el amor movió á Dios á redimir de su pecado original al género humano? Si, pues, no hay nada tan grato á los ojos del Creador como la fusión de las almas animadas por un mismo sentimiento, ¿á qué combatir y callar las amorosas inclinaciones cuando no son afeadas por la impureza de los apetitos materiales, y como materiales perecederos?

\*  
\* \*

No es posible que quien, como Jesús Rodríguez López, acierta á penetrar en el fondo de las almas, deje de tener, cual Dante, su Beatriz, y bien lo confirma el dulce y suave soneto que inaugura la segunda parte del libro, *Bágoas e risas*, compuesta de seis bellas composiciones. Hélo aquí:

### Á MARÍA

Perdóname, María, s'é que canto,  
 aunque con debre voz, a tua hermosura,  
 a tua formalidá y-a tua finura  
 y esas tuas graceas qu'eu adoro tanto.

Eres, María, d'a miñ'alma encanto  
 donde de cote vexo a tua figura;  
 en tí tan sólo podo hachar ventura,  
 sólo á tí quero con cariño santo.

Mais véndote tan chea de primores,  
 vend'a pura bondá que en tí resalta  
 por concederche Dios tantas favores,

¡ay, María! parésceme tan alta  
 que, sólo con contarch'os meus amores,  
 xa penso que cometo unha gran falta.

Hermosa joven ha de ser la que tan fervoroso culto y acendrado rendimiento inspira. ¡Ojalá recompense con el

tesoro de su cariño los desvelos del poeta! ¡Ojalá no se empañe nunca el cielo azul de su dicha, ni trame la envidia, en acecho siempre para hacer el mal, una de esas arteras emboscadas que imposibilitan la ventura; la ventura ¡ay! que sólo pasa una vez á nuestro lado durante nuestra peregrinación por este engañoso mundo!

ZARAVEL.

*21 de Julio.*





## CRÓNICA POLÍTICA

### INTERIOR

**T**RES son en realidad los acontecimientos extraordinarios que han preocupado y preocupan todavía la atención pública en España: las huelgas, es decir, las cuestiones sociales en toda su trascendencia y desnudez, los sangrientos desmanes de los insubordinados rifeños en Melilla, y finalmente las manifestaciones de los prohombres de la política ante la nueva situación en que se encuentran aquí los partidos.

Tres puntos que bien merecen tres capítulos aparte.

\*  
\* \*

La cuestión social, dígase lo que se quiera, es una amenaza permanente y viva contra el *statu quo* de la política predominante en todas las naciones más cultas del mundo. Es una mala herencia, preñada de sinsabores y conflictos, que legamos desgraciadamente á nuestros hijos, sin que valgan para destruir sus tristes efectos ó contener sus pavorosas amenazas, en un porvenir no muy lejano, ni las ilusiones liberales de una democracia al uso de la defendida por elementos de la clase media, enriquecida ó encumbrada á la sombra de los principios de 1789, ni tampoco los recur-

sos de un autoritarismo sólo posible en circunstancias anormales.

Las revoluciones políticas no satisfacen ya al proletariado, que pide revoluciones sociales y que, aleccionado por la experiencia, sabe perfectamente que nada puede esperar de los *soi-disant* republicanos. Éstos sólo anhelan siempre un cambio de decoración en provecho propio; y aquéllos se preocupan ya muy poco de que el Jefe del Estado se llame Napoleón ó Carnot, decididos defensores ambos de los intereses de la mesocracia.

El problema habría tenido una solución fácil si no se hubiese trabajado un siglo entero en extraviar los sentimientos de las muchedumbres, desarraigando del alma las ideas religiosas y los sentimientos cristianos. Consuelan todavía las frases del profundo cariño que, en circunstancias críticas, salen de los labios de Obispos tan celosos como el de Vich, al dirigirse á sus diocesanos con una unción evangélica que casi no se comprende en nuestros descreídos días.

«Queridos manresanos—les dice,—pruebas tenéis de que os amo, razón por la que mi voz no podrá pareceros sospechosa; he pasado á vuestro lado horas felices, y es imposible que deje de estar al lado vuestro en las horas tristes, angustiosas y de gran peligro por que estéis pasando; y á mi querida Manresa iré si me juzgáis útil para el bien de todos, pues se trata también del interés de vuestras almas, Pero entre tanto os ruego que escuchéis mi voz, que es la de un padre que os ama, como hijos que sois de mis entrañas en Jesucristo.

»Por la exhortación de fecha 13 de Junio próximo pasado, que todos conocéis, os manifesté la solución que ha de tener la gran cuestión que tan perturbados os tiene, y que amenaza con próximos conflictos y espantosa miseria. No queráis ser las primeras víctimas. Os he dirigido muchas veces mi voz de padre y de pastor: Fabricantes, ricos, ¡caridad! Trabajadores, ¡paciencia! La solución no ha de buscarse en la revolución, sino en la evolución ó cambio que se operará con el concurso de todos los que, teniendo fe en la Divina Providencia, que da á cada tiempo y á cada uno lo que con-



viene, sepan esperar el momento oportuno. Que ni amos ni trabajadores extremen sus derechos en estos momentos de efervescencia, y esperen, para hacerlos valer, los tiempos de tranquilidad; eviten, sobre todo, los procedimientos de fuerza y de violencia; tal dicen vuestros verdaderos amigos de todas las opiniones políticas, y os lo dicen á vosotros, principalmente á vosotros los obreros, personas que no pueden ser sospechosas, y que con sus consejos dan prueba de grandes virtudes cívicas.

»Fabricantes, ¿no sería posible, sin abdicar ninguno de vuestros derechos, y hasta si queréis con el bien entendido de no renunciar á ninguno de ellos en cuanto sea necesario, ceder momentáneamente de vuestra actitud en bien de la paz? Obreros, si después que hayáis apurado inútilmente los medios legales para lograr vuestro objeto, no os espera otra cosa que el hambre y la miseria, ¿no es preferible acudir al trabajo y tratar después de conseguir, mientras vais trabajando, aquello que deseáis?

»No queremos entrar en el fondo de la cuestión: amamos de corazón á patronos y trabajadores, y, sobre todo, amamos á la patria, á nuestra muy querida Cataluña, que, al fin y al cabo es la que sufre las consecuencias de esta lastimosa desavenencia; hagamos un supremo esfuerzo, sobrepóngase la razón á la fuerza, dominen la prudencia y la caridad.

»Amos y obreros, reconocemos, con vosotros, que ha de darse solución acertada, estable y permanente á la cuestión obrera y social que nos ocupa, solución difícil, pero no imposible: Cristo la da por todas, *solutio omnium difficultatum Christus*, y tenemos bastante confianza en Dios, en las autoridades, en las muchísimas personas de valer y de buen corazón, en los fabricantes y obreros, para que renunciemos fácilmente á la esperanza de encontrar el camino de aquella satisfactoria solución con el concurso de todos; pero después que se haya abandonado la actitud belicosa que hoy domina en esta para mi tan querida ciudad, por tantos títulos digna de felicidad y ventura.

»Que haya, pues, tregua; y de la tregua, creedme, ha de resultar la paz en beneficio de todos; todos somos hermanos

en Jesucristo, somos hijos de una misma madre, la patria, á la que por igual amamos; tenemos tan ligados los intereses, que es imposible perjudicar los de unos sin menoscabo de los de los demás; que domine, pues, la prudencia, la caridad y el propio interés; obedeced y tened confianza en Dios y en las dignísimas autoridades que velan por vuestro bien, y los derechos legítimos de todos quedarán satisfechos. Tal desea, mientras os bendice de corazón, vuestro afectísimo padre y prelado, *José, Obispo de Vich.*»

Pero estas exhortaciones, estas palabras de salvadora doctrina casi se pierden en el vacío, ó por lo menos no tienen todo el eco que alcanzarían si los grandes talleres no estuviesen corrompidos por las lecturas insanas que hace años vienen siendo el único pasto intelectual de los pobres explotados por una política sin alma, cuando no por asociaciones anárquicas.

\*  
\* \* \*

La historia de lo sucedido últimamente en Melilla debe consignarse y es la siguiente:

El domingo 20 de Julio, á las cinco de la tarde, salió de la plaza al campo una sección de caballería de cazadores de Melilla, al mando del teniente D. Juan Muñoz Arias. Haciendo la ronda, notaron nuestros soldados que había unos cuantos moros que guardaban ganado vacuno que estaba pastando en los maizales pertenecientes á la Sociedad de Terrenos, de que es gerente D. Salvador Bueno. Se adelantó un soldado, intimando á los seis moros que guardaban el ganado para que salieran de los maizales. Los moros se negaron á obedecer, tomando una actitud agresiva. Sin darle tiempo á defenderse, los moros asestaron al soldado un golpe con la gumía en el pecho. Defendióse el soldado con el caballo, mas otro moro se echó el fusil á la cara disparando, librándose el agredido de una muerte segura porque otro soldado descargó un sablazo al moro, que le hizo desviar el fusil. Los soldados apresaron al moro, y aquélla fué la señal de una acalorada lucha. Á las voces del preso, por todas

partes comenzaron á brotar moros, que debían estar en acecho de lo que iba á suceder y de cualquier modo animados para reñir. Después de cargar los soldados, batiéndose con arrojo, se retiraron con perfecto orden hacia el fuerte de San Lorenzo, advirtiéndose entonces que había dos soldados heridos y un paisano que lo fué al regresar de su trabajo. Había además cinco caballos de la fuerza española también heridos y uno muerto quedó en el campo.

Enviado aviso al Gobernador militar, General Mirelis, dispuso éste la salida de 150 hombres del batallón Disciplinario y del regimiento de Málaga, mandados por el teniente coronel del primero, D. Antonio Díaz. La orden que dió fué que se obrase con prudencia. Momentos después se presentó en la plaza el nuevo Bajá nombrado por el Sultán, diciendo podía hacerse fuego contra aquellas kábilas, porque estaban insubordinadas.

Siguiendo las órdenes recibidas, el teniente coronel señor Díaz dispuso que la fuerza formase en guerrillas, adelantándose hasta 300 metros de los fuertes y á la misma distancia de la vanguardia de los moros. Formaban éstos varias líneas y grupos compactos, hallándose dentro del territorio español y preparados para la defensa; y el General Mirelis, que desde el torreón vigía seguía los movimientos del enemigo, observando que éste disponía de una fuerza diez veces superior á la que había salido de la plaza, envió á su ayudante el teniente coronel D. Luis Molina para comunicar al Sr. Díaz la orden de retirarse cautelosamente bajo la línea de los fuertes de San Lorenzo y Camellos, replegándose y dejando el campo libre para que pudiese hacer fuego la artillería.

Ejecutóse el movimiento de retirada, empezando en seguida el fuego de artillería. El primer cañonazo se disparó desde el torreón de Cabrerías. Contestaron los moros con una descarga de fusilería, y envalentonados con el número, intentaron penetrar en los fuertes de San Lorenzo y Camellos, de donde se les rechazó con grandes bajas. Desde el torreón de Cabrerías, el capitán de artillería Sr. Robert disparó el cañón Armstrong, enviando una granada al campo moro. La granada estalló en un sitio próximo á la mezquita

de la kábila de Mesusan, donde los que se hallaban á bordo del vapor *Sevilla* pudieron observar un grupo de unos 800 moros. Aquella bomba debió de causar muchas bajas en ellos, pues hubo un momento en que, poseídos de terror, se desbandaron en todas direcciones. También fueron muy certeros otros disparos de cañón.

El fuego duró media hora, cesando al anochecer, hora en que las tropas se retiraron, quedando guarnecidos los fuertes y en expectativa de un nuevo ataque. En efecto, en la mañana del 21 los moros de las inmediaciones, que habían sido avisados por medio de hogueras, se reunieron en número de más de 6.000 entre infantes y jinetes. Todos venían armados de fusiles; mas aunque por orden del Gobernador de la plaza salió de ella á recorrer el campo el regimiento de Málaga, no encontró á los moros porque éstos se mantuvieron fuera de la línea de nuestro territorio y de la línea neutra. Faltando la agresión no se repitió el combate. Acaso contribuyó al cambio de actitud de los moros la circunstancia de que el día anterior el General Mirelis logró detener á un hijo del antiguo Califa Mohatar y á dos de sus parientes, á los que retuvo en la plaza como rehenes.

El origen de los sucesos reconoce por causa las disensiones entre las kábilas amigas de Mohatar y las que obedecen al Bajá Sidi Bohamed Ben-El-Arbi, nombrado por el Sultán de Marruecos. Las aseveraciones más atinadas afirman que las kábilas de Mazuca y Mezquita, que obedecen á Mohatar, son las más guerreras de la comarca. Mohatar tiene probado en sus largos y épicos años de engrandecimiento que es hombre de empuje; en cambio, la kábila de Frajana es más agrícola que guerrera y el Bajá viene precedido de fama de hombre diplomático y de talento, pero no se le conocen hechos de armas. La kábila de Benisica sí es aguerrida, y ha medido en muchas ocasiones sus armas con Mazuca y con otras kábilas limítrofes.

En esa acción, pues, que se libraba en las horas del crepúsculo de la tarde del 20, está, ó la solución de una de las fases del conflicto, ó la mayor complicación del mismo. Porque si el Bajá ha podido tomar las posiciones de Mezquita,

á estas horas Mohatar no existe, y sus kábilas habrán sido pasadas á cuchillo. Pero si Mohatar ha rechazado al Bajá, las kábilas de Frajana y Benisica habrán sido arrasadas, y el Bajá habrá quedado tendido en el campo ó habrá vuelto á refugiarse dentro de los muros de Melilla. El Bajá triunfante representa una probabilidad de tranquilidad en lo futuro para los moradores de la plaza. El triunfo de Mohatar es la agravación del conflicto pendiente, porque es el ataque continuo á los moradores del campo de Melilla y la agresión á las fuerzas de la guarnición. El triunfo de Mohatar, en estas circunstancias, es casi seguro que haría necesaria la intervención de nuestro ejército.

El recinto interior de Melilla, limitado por la primera línea de defensa, se compone de unos 80 edificios, la mayor parte de un solo piso, formando 14 calles estrechas y tortuosas, cerrado todo por un paseo encima de la muralla, que abriga la ciudad por Levante. Dos ó tres plazoletas terminan el plano interior de la misma. En el exterior hay una pradera, dos ó tres cerros escalonados y el río de Oro, y finalmente, el monte Gurgú cuyos dos picachos cierran el horizonte por este lado. Todo el valle de Oro, que se descubre desde los cerros de la pradera, es delicioso, y entre los pliegues del Gurgú, se esconde el pueblo de Frajana; allí está el misterio de lo desconocido, cubierto con un tupido velo que cuatro siglos de vecindad no han logrado descubrir aún.

Esta plaza presenta en el día, comparada con su antiguo esplendor, un aspecto pobre y abatido. En tiempo de Fernando VI dominaban el país inmediato á la plaza los españoles, mientras los moros, contenidos á gran distancia, reconocían y acataban la autoridad de nuestros Gobernadores y mantenían relaciones amistosas. La inmediata vega era entonces un jardín delicioso, que cultivaban pacíficamente los habitantes. Ahora los límites oficiales se hallan á cuatro kilómetros de las murallas, pero en realidad nuestros dominios alcanzan bastante menos, porque no siempre es prudente avanzar más allá del río.

No pierdan de vista nuestros Ministros de Estado y de la

Guerra que por centésima vez se ha roto allí el fuego contra los soldados españoles; que tratándose de las kábilas del Riff, ni aun cuando tengan la razón de su parte debe consentirse que traten de hacerla prevalecer por las armas, sino que es forzoso imponerse con el prestigio que da la fuerza, único reconocido por ellas y al que concluyen por someterse. Y al propio tiempo que tal se realiza, es de urgente necesidad la adopción de todas las medidas previsoras que en mil y mil ocasiones hemos aconsejado: el establecimiento del cable telegráfico entre aquellas costas y la Península, el refuerzo de sus guarniciones, el ensanche de las plazas, construcción de fortificaciones y muelles, aumentos del territorio sometido á nuestra acción y cuanto puede conducir á que la seguridad de tan importantes posesiones no se halle expuesta á verse comprometida á cada paso con la turbulencia de los moros vecinos. Debe también hacerse algo más. Así como los franceses en Argelia, los belgas en el Congo, los italianos en Massaua, los alemanes en Zanzíbar y los ingleses en todas partes procuran explotar el Africa á su favor, no seamos los españoles los que menos nos cuidemos de fomentar nuestras relaciones africanas. Para ello, y sin perjuicio, claro está, de repeler y castigar con energía las agresiones de kábilas, no domadas por el mismo Sultán, debe llevarse allí nuestro comercio y buscar en él la base de trato frecuente y provechoso.

Pero ni la prensa ni nuestros propios estadistas suelen ocuparse de estos dominios, ni de ningunos otros de los que posee la Corona de España, hasta que ocurren los conflictos. ¿No sucedió esto con Borneo? ¿No sucedió esto con las Carolinas, acerca de las que apenas había en España quien tuviese siquiera noción geográfica, cuanto más la de soberanía? ¿No sucedió lo mismo con las exploraciones de la costa de Guinea, sobre la que aún sostenemos un largo pleito con Francia? ¿No sucede, en general, con lo que podemos llamar, en toda su extensión, la política de España en África, esa frontera de seguridad que nuestro interés nos llama incesantemente á vigilar? Nos entretenemos en plantear y discutir incesantes reclamaciones por los repetidos desmanes de los

riffeños de Ceuta, Melilla ó Alhucemas, y entretanto, alejada España de la política esencial de África, á causa de nuestra situación impotente y bajo el pretexto de que no debemos tomar parte en ninguna cuestión de índole exterior, presenciemos los progresos que hacen, tan cerca ya de nuestras fronteras de seguridad, otros países que, aun con estar más distantes que nosotros del continente vecino y de las comarcas aptas para la dominación, se lo reparten todo, toman todas las posiciones estratégicas, y, de común acuerdo, se establecen sólidamente sobre territorios en los que su vecindad podrá producirnos alarmas en un porvenir no lejano. ¡Quién piensa aquí en nada serio!

\*  
\* \*

Nuestros políticos toman ya posiciones, disponiéndose á futuros combates, y los prohombres manifiestan planes, juicios é ideas que se comentan con pasión en la prensa, según la manera de ver ó la conveniencia particular de cada grupo. Hemos oído las lastimeras elegías de Castelar por la pérdida del malogrado discurso que dejó en cartera; hemos admirado los arranques progresistas del Sr. Sagasta, las contundentes razones del Sr. Camacho, los discreteos del Sr. Alonso Martínez, las épicas declamaciones del Sr. López Domínguez y hasta los sistemáticos contrasentidos salmeronianos; pero lo mejor faltaba.

El Sr. Martos, en una carta que dirige á sus amigos de provincia, ha realizado un acto de gran trascendencia para el porvenir de la política liberal. Llama con voz solemne alrededor suyo al antiguo partido radical y promete dirigirlo y darle sitio en las esferas gubernamentales, donde le está reservado el sitio que corresponde á la democracia monárquica.

Hé aquí el texto de la carta, notable ya por sus literarias formas:

«Mi querido amigo: Al separarnos los antiguos radicales en 1881 del partido demócrata-progresista, creíamos que la política de paz nos llevaría á reconquistar aquellas amplias

libertades y aquellas democráticas instituciones que fueron siempre el ideal á que consagramos todo nuestro esfuerzo. Así ha sucedido. Los hechos han justificado nuestra evolución. En un período de nueve años hemos visto convertido en leyes y planteado lo que era fundamental de nuestro programa.

»Habíamos llevado ese programa á la izquierda primero y después al partido liberal, y al cabo conseguimos su triunfo, logrando transformar los fuerzas y los elementos liberales del país en una grande, poderosa, reflexiva y sensata democracia. Tal es la virtud de las ideas, á cuyo poder y á cuyo influjo, ahora como siempre, lo fiamos todo.

»Por la eficacia de esa acción perseverante, decidida y resuelta, hemos alcanzado que la Monarquía histórica, vencedora en 1875, restaure la obra de la revolución de 1868, y que se funde en nuestra patria un nuevo estado de derecho, del que han de nacer una paz inalterable, un bienestar seguro y abundante copia de progresos y beneficios para el país. La aceptación de ese estado de derecho por el partido que representa todas las fuerzas conservadoras de España; la promesa solemnemente hecha de que será escrupulosamente respetado, es una prenda de paz y de confianza que corona la victoria de la democracia y aleja el temor de estériles y funestas reacciones. Aquel ideal, tan afanosamente perseguido, de una legalidad común democrática, es ya un hecho por fortuna, hecho que no ha de borrarse ni oscurecerse, merced á la prudencia y al patriotismo de todos.

»¿Qué debemos hacer ahora? Nuestra historia y nuestros antecedentes nos lo dictan. Nosotros no podemos limitarnos á afirmar, consolidar y conservar ese estado de derecho: ésa ha de ser la obra de los conservadores; ésa debe ser la obra del Gobierno actual. Nuestra función es otra: la de desenvolver esas reformas, la de extender su espíritu y su sentido á todos los órdenes de la vida social y política, á todas las esferas del Estado y de la Nación: dispongámonos á emprender y realizar esta obra necesaria, llevando á ella la prudencia y el valor que á la par necesita, de modo que ni la contemplación de los inconvenientes que por lo general ofrece



toda reforma entibie nuestro ardor en acometerla, ni turben los extremos de la pasión ó las impaciencias del interés la serenidad indispensable para que se adunen en nuestro pensamiento y en nuestra acción las necesidades requeridas por la ley del progreso y los respetos impuestos por la conveniencia y por la justicia á todas las realidades fundadas por el tiempo y autorizadas por la experiencia y por la razón.

»El sufragio universal es una vida nueva. Devuelto á la Nación entera, sin parcialidades ni exclusivismos, el poder sobre sus destinos, y por lo mismo que del ejercicio de ese poder no han de temerse, porque son legal y positivamente imposibles, injusticias accidentales ni sorpresas peligrosas y contrarias á la voluntad verdadera y permanente de la Nación, conviene que no haya nada en la Constitución, ni en las leyes, que pueda aparecer como una limitación de la soberanía nacional; y es bien que todas las instituciones sean en el derecho y en su desenvolvimiento jurídico lo que de hecho son ya, y aun puede decirse que siempre han sido: la expresión de aquella soberanía.

»Es indispensable que estos principios informen todas las manifestaciones de la vida del Estado; que con arreglo á ellos se reorganicen la administración y las instituciones locales, y que en ellos se inspiren las soluciones que deban darse al problema social; pues la democracia, á la vez que reintegra á los pueblos en el derecho que tienen á gobernarse, da las únicas soluciones capaces de atender—dentro de la justicia y manteniendo firmemente no tan sólo el derecho de propiedad, sino también las condiciones de vida, de amparo y de fomento del capital, cualesquiera que sean su organización y su forma—las reclamaciones y necesidades de los trabajadores del campo y de los obreros que pueblan nuestros centros industriales.

»La democracia ha tenido y tiene soluciones para todos los problemas: para la reorganización y reforma del ejército; para la de la enseñanza; para la de la justicia civil y criminal, á que ya han dado base la ley que establece el juicio oral y público y la que restauró el tribunal del Jurado; para la de la jurisdicción contenciosa, que debe ser la institución

que aparte de una manera definitiva la administración de la política; para la reforma de nuestro régimen ultramarino. Nosotros, los antiguos radicales, reivindicamos el derecho á sostener esas ideas, contenidas siempre en nuestro programa, que jamás hemos abandonado, y que naturalmente habían de subordinarse á la promulgación de la ley que restablece el sufragio universal.

» Aquellos de nuestros amigos que obtengan en las próximas elecciones la representación del país, afirmarán con sus propuestas, con sus votos y con sus discursos las soluciones de la democracia, y mantendrán el sentido, la dirección y la tendencia que han dado á los suyos los Diputados y Senadores radicales en la quinta legislatura de estas Cortes.

» Ellos insistirán en la necesidad de mejorar el estado económico de la Nación, mediante un sistema de grandes reducciones, obtenidas por la reorganización de los servicios, de amparo constante y de protección eficaz á los intereses materiales de los pueblos y de fomento y desarrollo de esos intereses.

» El conjunto de estas aspiraciones constituirá la empresa á que debemos consagrarnos. Conviene repetir, en resumen, lo que antes se ha dicho: afirmar, consolidar y conservar el estado de derecho fundado en las últimas conquistas políticas, será la obra del partido conservador; desenvolverlo con un sentido progresivo, con un criterio reformista y con una constante aspiración democrática, es la obra del partido radical.

» El partido radical no podría realizar esta obra unido á otros organismos; debe constituirse con entera independencia de los demás elementos políticos para cumplir la misión que su historia, sus antecedentes y sus aspiraciones le señalan. El alto que hoy hace la sociedad española en su marcha progresiva durará no más de aquello que deba durar, según al bien público convenga. Cuando haya de continuarla, al partido radical corresponderá dirigir la acción de todas las fuerzas sociales desde el Gobierno.

» Es necesario que nos preparemos para intervenir con esta representación y con este propósito en las luchas elec-

torales próximas. Por eso me dirijo á los amigos de provincias á fin de que procedan á reconstituir en aquellas localidades donde en la actualidad no existan los comités encargados de dirigir los trabajos de la contienda y de representar y acaudillar en todo tiempo á nuestros elementos. Por eso excito el celo de usted á fin de que procure que en breve término esté el partido organizado en esa provincia.

»No necesito dar á usted reglas para que conforme á ellas se verifique esta reorganización. Los partidos que tienen, como el nuestro, una larga y gloriosa historia, no han menester más que perseverar en sus tradiciones y renovar sus antiguas prácticas. Y eso es lo que hay que hacer en este caso, porque el partido radical que nosotros constituímos es aquel grande y glorioso partido radical que contribuyó á establecer la Monarquía democrática, que fundó el Jurado, que garantizó las libertades públicas y los derechos individuales como jamás se habían garantizado en parte alguna, que consultó el sufragio universal con una lealtad y una sinceridad ejemplares, y que coronó esa obra aboliendo un día, en nombre de las ideas más elevadas, humanitarias y civilizadoras, la esclavitud en Puerto Rico.

»Ese partido, con su criterio democrático, con su tendencia reformadora, con sus aspiraciones á todo lo progresivo, es el que va á reorganizarse ahora. Ese partido es el más apto para completar este movimiento afortunado, por cuya eficacia vivirán íntimamente unidos—debemos esperarlo y contribuir con todas nuestras fuerzas á que suceda—la Monarquía de D. Alfonso XIII y el sentimiento democrático de nuestro pueblo.

»Nosotros quisimos en los últimos momentos de la pasada legislatura poner á esa unión sello indestructible y solemne con una ley de amnistía. El Gobierno anterior la rechazó en los términos en que nosotros la propusimos, que eran los únicos en que podía ser eficaz. Aguardaremos á tiempos mejores para realizar nuestro deseo; y entretanto, desde ahora, nos apercibimos á sostener en las primeras Cortes que se reunan aquella misma proposición que hemos sometido á las Cortes actuales con adversa fortuna.

» Porque ya lo dije en mi discurso, y en esta carta lo repito: la amnistía es toda una política, y la amnistía, y por tanto la universal reconciliación, es el primer lema de la bandera del partido radical. Garantizados los derechos individuales, establecido el sufragio universal y enarbolada esa bandera, deben venir á congregarse á su alrededor todos los antiguos radicales. Muchos de ellos hemos venido tiempo hace á la legalidad que creó la restauración, y ahí están, patentes y notorios, los resultados de nuestro esfuerzo. Acudan los demás á ayudarnos á conseguir lo que falta, porque todo lo que falta se puede legalmente alcanzar dentro de esta Monarquía.

» Nosotros creemos que vendrá la mayor parte de los que aún no han llegado. Creemos que deben apresurarse á ocupar este puesto honroso los que, alejados de la política por la desgracia común, no sentían ya estímulo alguno para seguir peleando.

» Creemos que no deben vacilar en acudir á este llamamiento los que, alejados de la legalidad por creerla cerrada á sus aspiraciones, han podido convencerse ya de que en término breve habrán de quedar todas satisfechas. Nosotros los convocamos de nuevo. Algunos han llegado ya; otros se aperciben á venir. Á los demás los esperamos.

» Ruego á usted que tenga la bondad de expresar y difundir estas ideas entre los antiguos y consecuentes demócratas de esa provincia, y conforme á ellas, proceda de la manera más rápida y firme á la reorganización de los comités radicales, dándome cuenta de sus resultados.

» Obrando así, prestará usted un nuevo é importante servicio á la paz del país y á la causa de la democracia, que es la de la Monarquía, y que le agradecerá á usted su antiguo y afectísimo amigo, Q. B. S. M., *Cristino Martos*.—Madrid 18 de Julio de 1890.»

Esta carta es una condenación explícita de la conducta del Sr. Sagasta; y no son ciertamente aplausos los que merece el Sr. Sagasta, que se ha pasado la vida destruyendo á los radicales, para crecer á su costa; después á los izquierdistas, para seguir medrando; después á los del grupo eco-

nómico, para seguir en el disfrute del poder; después á los demócratas, para inclinarse á la derecha; todo con el propósito de ir luego resucitando á los mismos que á sus manos habían muerto. Esta política inmoral y de arte menguado le ha traído las disidencias que promovieron los Vega Armijo, los Cassola, los Gamazo, los Martos, y la separación, por fin, de personalidades tan ilustres como el General Martínez Campos, el Duque de Tetuán, el Vicealmirante Beránger, el Sr. Camacho y los amigos que les siguen.

Castigo duro, pero merecido.

A.





## REVISTA EXTRANJERA

---

**M**ANIFIESTA la prensa transpirenaica el espíritu receloso que de algunos años á esta parte viene dando carácter á todos los escritos de los publicistas franceses. Parecen motivo de inquietud los viajes del Emperador de Alemania y los propósitos políticos que los inspiran.

Un distinguido escritor, haciéndose eco de noticias y rumores recogidos en los altos círculos de Londres, cree que Guillermo II, seguro de la amistad de Austria, de Italia, de Bélgica, de Suecia y de Turquía, quiere añadir á esta lista de naciones Inglaterra y la misma Rusia, y que á este fin responden los viajes que proyecta á Osborne y Gatchina. El Emperador de Alemania, al decir de aquellos rumores, desea obtener de Inglaterra ciertas concesiones en Asia que cedería graciosamente al Czar, y por virtud de las que llegaría á reconciliar á la Gran Bretaña y Rusia. Al mismo tiempo dejaría al Imperio moscovita en libertad de obrar en los Balkanes, seguro de que Austria no diría por ello una palabra, porque entre las cláusulas secretas del tratado de la triple alianza hay una que excluye la posibilidad de una intervención de Alemania en los Balkanes. Conseguido todo esto, el Soberano alemán pensaría en la realización de lo

que para él constituye el gran ideal de su reinado, el desarme, para lo cual haría que las potencias amigas ejercieran presión sobre Francia.

Los políticos ingleses encuentran irrealizable este plan, en primer lugar, porque Inglaterra no puede hacer cesión alguna en Asia, y en segundo, porque faltando esta base de reconciliación entre la Gran Bretaña y Rusia, la idea del desarme sería puramente ilusoria. En este caso el Emperador Guillermo querría descargar su cólera sobre Francia, y de ahí que los propósitos pacíficos que se le atribuyen, lejos de ser tales, hagan creíble la posibilidad de la guerra en el período de uno ó dos años.

Lo cierto es que la visita del nieto imperial á su regia abuela tiene más carácter de familia que político, por lo cual, en vez de ir á Londres, se desenvolverá en la deliciosa isla de Wigh y en la pintoresca Escocia. Pero aun así, será una afirmación evidente de esa amistad íntima, que sin ser una alianza ofensiva ni defensiva, temida por la prensa francesa como una fuerza más dada á los pactos de la europa central, ha venido á sellar los convenios germano-británicos sobre el África, y la cesión, ya votada por el Parlamento inglés, de la isla de Heligoland al Imperio de Alemania.

Más importancia política y no menor trascendencia en los destinos de Europa tendrá el nuevo encuentro de los dos grandes Monarcas del Norte de Europa coincidiendo, como hemos dicho, con la visita á Moscou y Petherof del Archiduque Luis Víctor, ya de antiguo partidario de la mejor inteligencia entre el Austria y la Rusia. El tratado anglo-germánico sobre el África, al cual los políticos europeos, haciéndolo seguir de pactos secretos, prestan mayor importancia de la que tiene, extendiéndolo á un acuerdo sobre el Egipto, el Mediterráneo y las cuestiones de los Balkanes, no parecería el mejor preludio para que Guillermo II tuviera cordialísima acogida en Rusia. Diarios europeos que no acostumbran á lanzar todos los días fábulas de sensación á sus lectores, llegaron hace un mes á afirmar que, como contrapeso á tales pactos, se había establecido también otra inteligencia íntima, si bien secreta, entre la República francesa y el

Imperio moscovita. Mas después de insinuar que acaso el viaje imperial de Guillermo no se verificará, le quitaron toda importancia política, aseverando que no iría acompañado del nuevo Canciller del Imperio. El tiempo ha desvanecido todas estas fábulas. Á mediados de Agosto, el joven César germánico se hallará al lado de su pariente el Czar, y con él su Ministro, Barón von Caprivi, realizará el viaje á Rusia. En cuanto á alianzas entre el Imperio moscovita y la República francesa, el *Times* nos ha dicho ya cuáles eran los obstáculos que harían fracasar siempre un pacto definido, aun cuando en ciertas cuestiones de Occidente y de Oriente las dos potencias tengan intereses mutuos, que explicarían su acción concorde en determinadas eventualidades.

Después del tratado de África y de la significativa hospitalidad que Guillermo II ha encontrado cerca del Rey de Suecia, de la intimidad entre la Germania y la nación escandinava que revelan los brindis de sus Soberanos, y hasta la frase atribuída al Rey de Suecia y de Noruega, de que, «si un día los pueblos que rige saliesen de la neutralidad que su interés supremo les impone, su espada sólo se desenvainaría contra los enemigos de Alemania,» lo que no parece posible es que el sucesor de Guillermo I, sin compensaciones ventajosas, deba esperar del Czar aquella confraternidad entre los dos Monarcas y los dos imperios, que tan vivamente le recomendó en su lecho de muerte su augusto abuelo, y que parecía ser uno de los objetivos constantes de su política previsorá. Estas compensaciones se encontrarían, al parecer, en una solución de la eterna crisis búlgara, conforme á las legítimas aspiraciones de la potencia que realmente creó Bulgaria, y en cuyos destinos concedió una influencia natural á la Rusia el tratado de Berlín.

Desde el fusilamiento, impolítico y poco humano, del Mayor Panitza, y la tan comentada nota de Stambuloff conmiando casi al Sultán con la independéncia búlgara y la exención del tributo que Bulgaria está obligada por los tratados á pagar á la potencia soberana, si el Sultán no se apresura á conferir al Príncipe Fernando una investidura que no puede darle sin el asentimiento de las grandes potencias garan-



tes, no transcurre día en que la prensa europea no hable de próximos conflictos en la península de los Balkanes. Ya se anuncia la próxima proclamación de la independencia de Bulgaria. Ya se afirma que los vengadores de Panitza, cuyo tierno hijo ha sido adoptado por Alejandro de Batenberg, arrepentido tal vez de haber abandonado el trono de Sofía, y más aún de haberse enlazado á una artista húngara, trabajan para restablecer al vencedor de los servios en el principado de Bulgaria. Y mientras se supone que la Princesa Clementina, tan estrechamente ligada por parentesco á los Orleans, y el gran Duque Ernesto II, jefe de la rama de los Coburgos, han llevado á Carlsbad consejos de abdicación para evitar una catástrofe, el Príncipe Fernando, bajo la presión de Stambuloff, no ha querido oír los ecos de los palacios de Copenhague y de Cristianía, habitados por Guillermo II, de donde ha salido la versión de que el Emperador germánico ofrecerá al Czar la corona de Bulgaria y Rume-  
lia reunidas en reino para el Príncipe Waldemaro de Dinamarca, hermano de la Czarina, y que con anterioridad á Fernando de Coburgo fué proclamado Príncipe de Bulgaria por las Asambleas de Sofía y Philipópolis. Esta elección no fué aceptada por el esposo de una Princesa de Orleans, porque entonces el Czar estaba enamorado de la candidatura de un Príncipe moscovita, y el anciano Cristiano de Dinamarca temió que entre sus dos hijos, Rey el uno de Grecia y Príncipe el otro de Bulgaria, pudieran nacer conflictos á propósito de la Macedonia, que se disputan ambas naciones. La otra candidatura del Príncipe Oscar de Suecia, atribuída al Emperador de Alemania, no ha tenido fundamento.

Favorable como ha de ser Inglaterra á una solución que Guillermo II consultará con los Ministros de la Reina Victoria; deseosa Italia de no contrariar la política germánica, y hasta de hacer olvidar al Czar su actitud en Bulgaria cuando un día pudieran estrecharse vínculos entre las casas de Romanof y de Saboya; favorable Francia á la política moscovita de los Balkanes, no quedarían por vencer sino las resistencias del Austria, á la cual no sería difícil ofrecer compensaciones en Servia.

Con el título *La guerra inminente* acaba de publicarse en París un interesante volumen que suscribe Mr. Hennebert. El objeto que principalmente se propone su autor es herir las fibras del amor propio de Italia para hacer que se desligue de la alianza con los Imperios. Le conjura además con el porvenir, que le hará pagar sus faltas. El órgano más autorizado del Sr. Crispi se encarga de contestar la obra del Sr. Hennebert, á la que da gran importancia, y arroja la cuestión de Túnez entre los resentimientos de las dos potencias. «La mezquina y romántica satisfacción—dice—de proclamar á Túnez territorio francés no conduce más que á frustrar todos los titánicos esfuerzos que tantos italianos han hecho para una sincera reconciliación italo-francesa. Si existen faltas, son faltas comunes y no se sabe cuál es la mayor, pues ciertamente la amistad y la neutralidad de Italia debían valer para Francia algo más que la estéril anexión de Túnez.» Dicho periódico termina diciendo que si *la guerra es inminente*, á Francia es á quien toca resolver los dos términos de este dilema: ó la renuncia á Túnez por la amistad de Italia, ó la no reconciliación con Italia por la codicia de Túnez.

Dos palabras ahora sobre los asuntos interiores de Alemania.

Mayor sensación que causó el coloquio sostenido con un redactor de la *Franckfurter Zeitung* por el Príncipe de Bismarck han producido dos artículos publicados en estos días por *Hamburger Nachrichten*, que es en estos momentos el órgano oficioso del excanciller. Por su estilo han querido conocer algunos que, más que inspirados, han sido escritos por el mismo Príncipe. El más importante de estos artículos es el que explica la conducta del Canciller con el Emperador en la cuestión de la protección al trabajo. Que el disentiendo en que se halló entonces con su joven Soberano fué la causa de la retirada del Canciller, todo el mundo lo sabe, y no hay para qué volver sobre el asunto; pero de cualquier modo, no puede menos de ser interesante la forma en que el Príncipe de Bismarck explica el concepto del deber de un Ministro hacia su Príncipe, cuando éste no aprueba su política. «Cuando un Ministro que tiene la suprema dirección

de los negocios—dice *Hamburger Nachrichten*, con relación á Bismarck—no reputa conformes á los intereses de su país las resoluciones de su Monarca, tiene el deber de servirse de su legítima y constitucional influencia sobre la Corona para impedir que aquellas resoluciones se verifiquen. Obrando de otra manera faltaría á su deber. Impugnando con resolución é insistencia la propia opinión, presta un servicio al Monarca y al Estado. Si no logra persuadir al Monarca de la índole peligrosa de sus designios, no por esto tiene el derecho de dejar que las cosas sigan su curso camino del error. Entonces debe intentar hacer valer sus convicciones cerca de la Corona por medio de otras personas ó corporaciones, á quienes, en una cuestión determinada, el Soberano dé su confianza mejor que á su primer Ministro. Después, por medio de todos los Ministros, y si todavía no alcanza nada, antes de poner la cuestión en vías de ejecución, debe aconsejar al Monarca oír dictámenes de autoridad fuera del Ministerio.» Según esta teoría, dice *Hamburger Nachrichten*, el Príncipe de Bismarck se esforzó en influir en el ánimo de Guillermo II por medio de los Ministros, aunque sin resultado. Todavía el excanciller propuso la convocación del Consejo de Estado prusiano y una conferencia internacional; pero sin tener más fortuna. Esta manera de ver ha sido criticada por un periódico conservador, el cual dice que el Príncipe traspasó los límites de la moral en su conducta con el Emperador con sus artificios diplomáticos, engañándolo acerca del objeto con que se había de convocar el Consejo de Estado y la conferencia internacional, y tratándolo como á un joven todavía en tutela. «Para nosotros—añade el *Reichbote*—los artículos de *Hamburger Nachrichten* nos representan un Ministro que quería imponer sus ideas al Emperador, dando á la condición de ruptura el carácter de cuestión de poder á poder. El Emperador licenció bruscamente al Canciller, el cual, saliendo de palacio, decía: ¡*El Rey me llamará!* No lo creemos. De cualquier modo, con sus confidencias y confesiones á los periódicos, el Príncipe de Bismarck pone un obstáculo á su vuelta eventual á las esferas del gobierno.»

\*  
\* \*

Acontecimientos muy tristes y muy sensibles perturban hoy la América que en mejores días fué española.

Desde hace algún tiempo, los informes directos nos daban noticia de que el Salvador se hallaba en completa anarquía y que el Presidente provisional de la República, D. Carlos Ezeta, había repartido entre el pueblo algunos millares de fusiles recientemente recibidos del extranjero. Imputábase á Guatemala y á su Presidente, el General Barillas, el designio de llevar al Salvador una invasión armada, cuyo objetivo era renovar las pretensiones del desgraciado General D. Rufino Barrios, que en 1885 quiso imponer á las cuatro Repúblicas hermanas, del Salvador, Nicaragua, Honduras y Costa Rica, la fusión con Guatemala, para realizar la federación de los cinco Estados independientes de la América Central; tentativa que, como es sabido, costó la vida al General Barrios en la memorable batalla de Chalchuapa, dada el 2 de Abril del referido año, y en cuyo combate murió. El General Barillas, actual Presidente de la República de Guatemala, era entonces Vicepresidente con el General Barrios.

Los cinco Estados que forman la América Central, esa especie de gran istmo que por un extremo limita con Méjico por Guatemala, y por el otro por Costa Rica con Panamá, Estado de la República de Colombia, uniendo la América del Norte con la del Sur, aunque se dilatan por una extensión de 445.900 kilómetros cuadrados, apenas cuentan con una población de tres millones de habitantes, de los cuales Guatemala tiene millón y medio próximamente, 300.000 cada una de las Repúblicas del Salvador, Nicaragua y Honduras, y poco más de 185.000 Costa Rica. Pertenecieron desde el descubrimiento á España, de la que se emanciparon en 1821. En 1.º de Julio de 1823 se erigieron en un solo Estado republicano federativo, y así subsistieron hasta 1840, en que, roto el pacto, cada una de las cinco antiguas provincias españolas se declaró en Estado autónomo.

Su riqueza es extraordinaria, y de pocos años á esta parte había comenzado á explotarse en gran escala, siendo sus producciones minerales las más varias, abundantes y opu-

lentas, y las de su naturaleza vegetal sin competencia en el globo. Desde los primeros proyectos de canales interoceánicos, la venturosa paz que disfrutaban aquellos Estados se sintió amenazada por las codicias de sus ambiciosos vecinos. El trazado del canal de Nicaragua, en oposición al de Panamá, acabó de llevar allí la alarma de la propia seguridad. El General Barrios quiso neutralizar las grandes codicias con las grandes resoluciones de un verdadero hombre de Estado, y concibiendo y poniendo por obra el trazado del ferrocarril interoceánico, sentó la base para otros pensamientos de mayor y común defensa. Estos pensamientos tuvieron por base la tentativa de la nueva federación, en la cual, para no despojar á ninguna de las cinco Repúblicas limítrofes y hermanas de la igualdad y de sus derechos, se debía establecer que la suprema magistratura se ejerciera en lo sucesivo por un Presidente elegido entre todas, de aquella de las Repúblicas á la que por turno riguroso correspondiera presentar el candidato.

Frustrada la tentativa de 1885, que puso en conmoción toda la América que fué española, y habiendo renunciado Guatemala á sus proyectos de fusión, la paz volvió á establecerse; hasta que, después de la emulación suscitada el año pasado en Europa en la Exposición de París contra el alarde de creciente riqueza que las Repúblicas de América hicieron en el Campo de Marte, realizados los inesperados sucesos del Brasil y planteados los proyectos absorbentes de los Estados Unidos en el Congreso de Washington, de nuevo todo el continente suramericano ha vuelto á sufrir el sacudimiento de la intranquilidad, y en la América central el General D. Manuel Barillas ha restaurado las ideas aletargadas ó vencidas en 1885 con el generoso sacrificio de su amigo y maestro el General Barrios.

Los representantes de Guatemala, así en Méjico como en Europa, han venido negando, ante el estado de agitación que se había apoderado hace algún tiempo del Salvador, que el General Barillas abrigara el propósito de llevar á la hermana que aspira á sojuzgar ninguna invasión armada. No obstante, Guatemala debía contar en el interior del Sal-

vador con la inteligencia del General Menéndez y sus partidarios, que han sido los autores de las perturbaciones, contra las cuales ha sido tan poderoso el movimiento de reacción en todas las provincias y poblaciones importantes de la República.

Los representantes europeos no deben abrigar gran confianza en una próxima y conciliatoria terminación del conflicto, cuando han pedido á sus Gobiernos la presencia de fuerzas navales para proteger los intereses de sus nacionales respectivos.

Una imponente revolución acaba también de estallar en Buenos Aires, siendo las últimas noticias en extremo alarmantes.

Hace algunos meses que la República Argentina viene atravesando por una situación difícil. Se han acometido grandes empresas sin metálico. Ha sido forzoso aumentar continuamente la emisión de papel, ocasionando la elevación del precio del oro á tipos que no se habían visto jamás. Aunque el Gobierno no era el principal responsable de este estado de cosas, la opinión pública lo ha convertido en blanco de apasionada oposición. El Presidente de la República, señor Juárez Celman, ha modificado varias veces el Ministerio; pero como el mal no estaba en los hombres, sino en las cosas, no se encontraba el remedio para poner término á la crisis del país.

Aprovechando el general descontento, algunos oficiales del ejército se han pronunciado contra el Presidente de la República, pidiendo la formación de un Gobierno provisional.

Las tropas leales y la policía trataron de oponerse al movimiento, resultando una sangrienta lucha en las calles. El fuego de fusilería fué muy vivo. Todas las tiendas estaban cerradas y el comercio completamente paralizado.

El Sr. García, Ministro de Hacienda, había caído prisionero en poder de los sublevados, y el Presidente de la República, Sr. Juárez Celman, había desaparecido.

Aprenda el Brasil el estado de anarquía á que conducen esos famosos pronunciamientos militares á que tan aficionada se ha mostrado desgraciadamente nuestra raza.—S.



## BOLETÍN BIBLIOGRAFICO <sup>(1)</sup>

---

**Étude sur François Bacon, por J. BARTHÉLEMY SAINT-HILAIRE.**—*París, Félix Alcan, editor, 1890.*—*En 8.<sup>o</sup>, VIII-201 páginas. 2,50 pesetas.*

Bacon es una de las figuras más curiosas del siglo XVII; como metafísico, psicólogo, lógico, sabio, moralista y escritor, llama la atención de la posteridad. No era un innovador, puesto que creía aún en la alquimia y en la astrología y hacía de la filosofía la humilde servidora de la teología; pero como él mismo dijo, era el clarín que llama al combate é impele á los hombres á luchar con la naturaleza y á arrancarle sus secretos más fecundos. La Academia de Ciencias Morales y Políticas de París había propuesto en 1889 para el concurso del premio Bordin un estudio sobre la *Filosofía de F. Bacon*. M. Barthélemy Sant-Hilaire termina su interesante libro con la Memoria que presentó á la Academia analizando los trabajos recibidos.

\*  
\*\*

**La santé de nos enfants, por el DR. A. CORIVEAUD.**—*París, J. B. Baillière et fils, editores, 1890.*—*En 8.<sup>o</sup>, 288 páginas con 19 figuras. 3,50 pesetas.*

Forma este libro un conjunto de consejos que el autor, médico práctico, dirige á los padres cuidadosos de la salud de sus hijos; no es, por lo tanto, un tratado completo de higiene infantil. Con especial acierto ha elegido el sabio Dr. A. Coriveaud unos cuantos asuntos de práctica corriente que ofrecen

---

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al Director de esta publicación.

dificultades contra las que tropiezan las familias todos los días.

A pesar de los esfuerzos que se han practicado en estos últimos años para que penetren las sanas nociones de la higiene en el entendimiento de las gentes, la mayor parte de las madres siguen ateniéndose á la rutina, que causa amenudo graves perjuicios á los seres que desearíamos ver libres de todo sufrimiento, á los seres á quienes más amamos: á nuestros hijos.

\*  
\* \*

**Traité mathématique et pratique des opérations financières**, por LEÓN MARIE, antiguo alumno de la Escuela Politécnica.—París, Gauthier-Villars é hijos, editores, 1890.—En 4.<sup>o</sup> mayor, con grabados. 10 pesetas.

De un siglo á esta parte han alcanzado extraordinario desarrollo el comercio y la industria, cambiándose radicalmente los sistemas financieros. Para dedicarse á esta clase de operaciones con buen éxito, es preciso reunir determinados conocimientos que expone metódicamente M. Marie en su libro. A los alumnos de nuestras Escuelas de comercio recomendamos éste, el cual se compone de cinco partes, en las que se examinan las operaciones de banca á corto plazo, las operaciones de bolsa, las de cambio, las financieras á largo plazo y los principales valores mobiliarios. Trabajo de índole didáctica, en el que aparecen tan simplificados todos los asuntos que bastan para comprender cuantas teorías en él se exponen unas ligerísimas nociones de matemáticas elementales.

\*  
\* \*

### Otras publicaciones.

*La tierra de María Santísima.* Perspectivas y costumbres andaluzas descritas por Benito Más y Prat. Obra de lujo ilustrada con cuadros y viñetas por J. García Ramos.—Los editores Sres. Henrich han repartido los cuadernos 30 y 31 de esta notable publicación, tan digna de aplauso por el texto como por los artísticos grabados que la adornan.

*Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano.* Montaner y Simón, editores. Cuadernos 154 á 158.—Abrazan desde la voz *determinante* á la voz *derrame* y contienen multitud de artículos perfectamente escritos. Producción utilísima que ilustran primorosos dibujos y grandes mapas y láminas de colores.

A.